

EN ESTE NÚMERO SE INCLUYE:

I. ACTIVIDADES DE COMITÉS

- 1.01. Calendario programado para julio-agosto de 2019
- 1.02. Últimas actividades del Club, desde Internet
- 1.03. Reseñas del Comité de Montañismo
- 1.04. Fin de curso en la Escuela de Escalada de Montañeros de Aragón
- 1.05. Montañeros en WIKILOC
- 1.06. Anuario de 2018
- 1.07. Exposiciones y conferencias en la sede: 28 de mayo
- 1.08. Exposiciones y conferencias en la sede: 25 de junio
- 1.09. Donaciones para la Biblioteca
- 1.10. Concurso de Fotografía de Montañeros de Aragón

II. NOTICIAS DEL CLUB

- 2.01. Notas socioculturales
- 2.02. Socios de Montañeros de Aragón en diversas cimas
- 2.03. Nuestra presencia en medios de televisión y radio
- 2.04. Repaso de la prensa escrita
- 2.05. El 90 Aniversario en los Blogs de Desnivel.com
- 2.06. Dos presentaciones en nuestra Sede
- 2.07. Obituario: Cuca Tomás Aznar
- 2.08. El Anexo del BD69

III. SECCIONES CULTURALES

- 3.01. El Monumento de Aragón
- 3.02. Slow Mountain
- 3.03. Nuestros autores y sus libros: *Gastronomie pyrénéiste*
- 3.04. Un texto para el cierre: *Entronización de la Pilarica en el Aneto*

I. ACTIVIDADES DE COMITÉS

1.01. Calendario programado para julio-agosto de 2019

- 7 de julio: Le Chemin de la Mâtüre (senderismo).
20 al 28 de julio: Montañas del Mundo (montañismo).
21 de julio: Pico de la Vela desde San Bartolomé de Gavín (montañismo).

- 14 al 18 de agosto: Tres Circos (senderismo).

Proyecciones de montaña en el Club: una vez al mes se realizará una proyección sobre temas relacionados con la montaña y el pirineísmo en la sede social.

1.02. Últimas actividades del Club, desde Internet

SENDERISMO

Mañanas del Domingo con Mochila

La actividad de senderismo prevista para el 26 de mayo de 2019, debido a que es jornada electoral, se sustituye por una salida de senderismo en horario de mañana de las Mañanas del Domingo con Mochila.

ALTA MONTAÑA

Ascensión al Aneto (3.404 metros) – 90 Aniversario.

Fecha: 11 de mayo de 2019.

El martes 9 de abril de 2019, a las 19:30 h, se celebrará una reunión informativa en el Club.

Precio socios: 65 euros.

Precio no socios: 120 euros.

El precio incluye alojamiento el sábado en el refugio de la Renclusa en régimen de media pensión y la actividad.

(El precio no incluye el desplazamiento).

Es obligatorio estar federado en B o C.

Plazas limitadas.

SENDERISMO

Bentué de Nocito–Tozal de Guara–Santa Cilia

Fecha: 19 de mayo de 2019.

Hora de salida: 7:00 h.

Lugar de salida: Paseo María Agustín, 33, Zaragoza.

Dificultad: exigente, por el desnivel.

Desnivel positivo: + 1.000 m.

Desnivel negativo: – 1.300 m.

Tiempo: 8 horas aprox.

Distancia: 18 km.

Material: botas de montaña, impermeable, bastones, gafas de sol, gorro, agua, comida (está prohibido acudir en zapatillas tipo tenis).

Precio socios y federados: 16 euros.

Precio socios y no federados: 17 euros.

Precio no socios y federados: 21 euros.

Precio no socios y no federados: 22 euros.

SENDERISMO

Mañanas del Domingo con Mochila

Arista del Sillón–María de Huerva

Fecha: 26 de mayo de 2019.

Hora de salida: 8:10 h.

Punto de salida: Intercambiador Carlos V, línea 411 (plaza del Emperador Carlos V).

Dificultad: fácil.

Desnivel acumulado: 400 m.

Distancia: 7 km.

Tiempo total: 4 horas aprox.

Material: botas de montaña, impermeable, bastones, gafas de sol, gorro, agua, comida (está prohibido acudir en zapatillas tipo tenis). Aconsejable llevar bastones.

Precio socios, federados: 6 euros.

Precio socios, no federados: 7 euros.

Precio no socios, federados: 9 euros.

Precio no socios, no federados: 10 euros.

(El precio incluye transporte en la línea de autobús 411).

MONTAÑISMO

Travesía de los Tres Circos

Número de plazas limitado a 18 personas.

Es imprescindible estar Federado.

Se realizará una reunión informativa para los participantes, el día 25 de julio, a las 19:30 h, en la sede social.

Precio socios: 295 euros.

Precio no socios: 355 euros.

En el precio está incluido el desplazamiento en autobús.

La reserva se formalizará mediante pago hasta el 15 de junio de una señal de 60 euros. Y el resto del precio antes del 15 de julio.

Las personas que se inscriban y no puedan asistir, no les será reembolsados 60 euros, por cancelación de la reserva en los alojamientos.

ALTA MONTAÑA

Llena de la Garganta

Fecha: 1 de junio de 2019.

Es obligatorio estar federado.

Precio socio y federado: 20 euros.

Precio no socio y federado: 26 euros.

(El precio no incluye desplazamiento).

Reunión, el jueves 30 de mayo, en la sede social a las 20:00 h.

SENDERISMO

Aguarón-Alpartir

Fecha: 2 de junio de 2019.

Hora de salida: 8:00 h.

Lugar de salida: Paseo María Agustín, 33, Zaragoza.

Desnivel: 330 m.

Duración: 4 horas y 45 min.

Distancia: 18'47 km.

Dificultad: moderada.

Material: botas de montaña, impermeable, bastones, gafas de sol, gorro, agua, comida (está prohibido acudir en zapatillas tipo tenis).

Precio socios y federados: 16 euros.

Precio socios y no federados: 17 euros.

Precio no socios y federados: 21 euros.

Precio no socios y no federados: 22 euros.

El precio para los infantiles y juveniles (hasta los 20 años inclusive), está bonificado al 50%.

MONTAÑISMO

Vuelta al Verde, o Faceras (2287 m)

Fecha: 9 de junio de 2019

Salida: 7:00 h, Paseo María Agustín, 33. Zaragoza.

Partida: Panticosa (1185 m).

Recogida: Panticosa (1185 m).

Dificultad: escasa, pero recorrido largo y desnivel exigente por pistas y sendas bien acondicionadas en general. Opcionalmente, ascenderemos al pico Faceras.

Material: botas o zapatillas de montaña, ropa de abrigo, impermeable, bastones, comida y agua (sin fuentes en todo el recorrido, pero si ríos de montaña).

Distancia: 20 km aprox. Desnivel +: 1.160 m.

Tiempo total de marcha: 6 horas aprox. Altura Máxima: 2287 m.

MONTAÑISMO

Ascensión Institucional a la cima del Moncayo

Fecha: 23 de junio de 2019.

Hora de salida: 7:00 h.

Lugar de salida: Paseo María Agustín, 33, Zaragoza.

Desnivel: 1.000 metros aprox.

Duración: 6 horas.

Distancia: 12'00 km.

Dificultad: moderada.

Material: botas de montaña, impermeable, bastones, gafas de sol, gorro, agua, comida (está prohibido acudir en zapatillas tipo tenis).

Precio socios y federados: 16 euros.

Precio socios y no federados: 17 euros.

Precio no socios y federados: 21 euros.

Precio no socios y no federados: 22 euros.

Comida en el Hotel Gomar: 15 euros. Elegir menú al realizar la inscripción.

Primer plato a elegir: Migas a la Pastora; revuelto de setas; judías blancas con pata de cerdo; ensalada ilustrada; ensalada de verano; melón con jamón; espárragos con jamón; pimientos rellenos de setas sepia y gambas.

Segundo plato a elegir: lomo de cerdo a la brasa; codillo en salsa de setas; jarrete de cordera en salsa; bacalao con fritada; carrillera en salsa de setas; pollo al horno con patatas; churrasco a la brasa con patatas.
Tarta con helado.

MONTAÑISMO

Tour de los Ecrins

Trekking del Tour de los Écrins, que se realizará del 21 al 28 de julio de 2019.

Es obligatorio estar federado en la modalidad C.

Se amplía el plazo de inscripción hasta el 30 de mayo (mediante el pago de una señal de 150 euros).

Precio total socios: 1.310 euros.

SENDERISMO

Pasarelas de Aliaga. Estrechos del Guadalope y Hoz Mala

Fecha: 30 de junio de 2019.

Hora de salida: 7:00 h.

Lugar de salida: Paseo María Agustín, 33, Zaragoza.

Desnivel: 350 m.

Duración: 4 horas y 30 minutos aprox.

Dificultad: fácil.

Material: botas de montaña, impermeable, bastones, gafas de sol, gorra, agua, comida (está prohibido acudir en zapatillas tipo tenis).

Precio socios y federados: 16 euros.

Precio socios y no federados: 17 euros.

Precio no socios y federados: 21 euros.

Precio no socios y no federados: 22 euros.

SENDERISMO

Puente de Cebers–Chemin de la Mâtüre–Etsaut

Fecha: 7 de julio de 2019.

Hora de salida: 7:00 h.

Lugar de salida: Paseo María Agustín, 33, Zaragoza.

Desnivel de subida 660 m y de bajada – 700 m.

Duración: 5 horas y 45 minutos aprox.

Dificultad: moderada, resbaladiza por la bajada por hojas caducas.

Material: botas de montaña, impermeable, bastones, gafas de sol, gorra, agua, comida (está prohibido acudir en zapatillas tipo tenis).

Precio socios y federados: 16 euros.

Precio socios y no federados: 17 euros.

Precio no socios y federados: 21 euros.

Precio no socios y no federados: 22 euros.

ALTA MONTAÑA

Posets (3.375 m)

La ascensión al pico de Posets, programada para los días 13 y 14 de julio, se retrasa a los días 5 y 6 de octubre de 2019.

Nuria Moya

1.03. Reseñas del Comité de Montañismo

Vuelta al Verde

La ruta coincide con la carrera 2K que se hace en verano en el Trail Valle de Tena, la "corta". Se sale del aparcamiento de la telecabina, al pie de las pistas, entrando por la pista Estrimal, luego por la senda que se adentra hacia el barranco de la Travenosa en dirección sur. Se sale del bosque a la zona de pastos de Selva Verde para girar hacia el ibón de Sabocos (1896 m) donde ya disfrutaremos de grandes vistas. Tomaremos rumbo sin senda que hacia el este sube hasta el collado del Verde o de Sabocos (2088 m) y desde él, opcionalmente, ganaremos la cima del Verde (2287 m), tres horas. Uno de los grandes miradores del valle de Tena. Volvemos al collado y por prados, bajamos hacia el este por el valle de la Ripera, en busca de la pista que nos permitirá bajar suavemente y con comodidad pasando por el Rincón del Verde y sus numerosas cabañas. Poco antes del valle de Yenefrito, dejar la pista para cruzar por el puente de Aulot y tomar la senda que baja hacia el puente de Lazoche y el barranco de Bolática, para volver a Panticosa en unas seis horas en total.

Alberto Hernández y Rubén Gutiérrez

Bentué de Nocito–Tozal de Guara–Santa Cilia

El Tozal de Guara es la cima más alta de la sierra de Guara con 2073 m. Desde su cima podemos observar todo el Pirineo Aragonés. Saldremos desde Bentué, a los 50 m encontraremos un cruce e iremos por nuestra izquierda. Un poco más adelante cruzaremos el Barranco de Abellada, que por sendero y un tramo de pista nos llevara al Refugio de Fenales en aproximadamente 1 hora y 30 min. Durante este tramo, habremos encontrado algunos ejemplares de robles grandes. Saldremos del refugio y por senda y un bosque de abetos nos llevara al collado en unas 2 horas aproximadamente desde el refugio. Y en 30 min más llegaremos a la cima, que entra dentro del programa del 90 Aniversario del Club. Luego retrocederemos hasta el collado, para dirigirnos hasta Santa Cilia. Pasaremos por el puerto de Ballemona y un poco después llegaremos a un cruce que viene de Used. Nosotros continuaremos descendiendo hasta llegar a Santa Cilia en unas 4 horas desde la cima.

Andrés Aznar y Manuel Calvo

Travesía de los Tres Circos

Durante el siglo XIX el circo de Troumouse se sumó a los de Estaubé y Gavarnie para aportar al turismo los célebres *Trois Cirques*. Menos favorecido

por las masas, contó con selectos protagonistas como el geógrafo Franz Schrader, un enamorado de ese cordal de la Munia, que conformaba su cúpula vertiginosa. Desde el epicentro de su efigie monumental de Nuestra Señora de Troumouze se puede otear tanto pequeñas colinas herbosas como lagos recoletos.

Día 15 salida de Piau-Engaly - Salida 7:00 h. Distancia: 21'00 km Cota +: 2.599 m Desnivel +: 1.458'00 m Cota -: 1.829'00 m desnivel -: 1.491'00 m Tiempo estimado: 8 horas y 30 min.

Llegada a Alberge de Maillet: hora aproximada de llegada al refugio de Maillet 17:00 h - 1/2 pensión.

Ya habremos subido al pic de la Gela, pasando por el col de la Géla, y rodearemos el pico de Gerbats, y por la cresta nos dirigiremos al col de la Sède. Si hemos podido llegar hasta aquí, bajaremos hasta los lagos de Aires. Una vereda, desdeñando la carretera, nos llevara al albergue del Maillet.

Día 16 salida de Maillet - Salida 7:00 h. Distancia: 17'00 Km Cota +: 1.962 m Desnivel +: 860'00 m Cota -: 1.280'00 m Desnivel -: 1.1688'00 m Tiempo estimado: 7:00 horas.

Un despliegue de hemiciclos naturales se añade a la colección: Estaubé y Gavarnie. Entramos en regiones de cultura pastoril.

Llegada a Chalet la Grange de Holle: hora aproximada de llegada al refugio de La Grange de Holle 17:00 h - 1/2 pensión.

Día 17 salida del Chalet de Grange de Holle - Salida 7:00 h. Distancia: 15'90 km Cota +: 2.649 m Desnivel +: 1.445'00 m Cota -: 1.510'00 m Desnivel -: 1.317'00 m Tiempo estimado: 6 horas y 30 min.

Casi a la vista del circo de Gavarnie, avanzamos hacia unas montañas salvajes. Bajo la sombra del Ardiden, visitaremos prados, canchales recónditos y misteriosas terrazas lacustres.

Antes de llegar al Col d'Arrouy, habremos de sortear varios flanqueos por el lado sur (Iº), recorriendo el cresterío que se dirige al oeste, hasta el vecino Coth de l'Oule (2.572 m). Los hitos insinúan una senda que se dibuja con sutileza en la pedriza: habremos de cruzarla en diagonal hasta que consigamos salvar el talud, lo que nos permitirá abrirnos paso hasta el desolado Coth det Malh Arrouy (2.745 m).

Llegada a Bayscellance: hora aproximada de llegada al refugio de Bayscellance 16:00 h - 1/2 pensión.

La distancia desde Estom a Bayscellance no es muy larga: habremos de pasar por los pequeños lagos d'Arraille, y cuando lleguemos al collado de la Hourquette d'Ossoue, nos desviaremos a la derecha para subir al Petit Vignemale (3032 m), bajaremos por la misma ruta y desde el collado seguiremos el sendero a la derecha camino del refugio de Bayscellance.

Día 18 salida de Bayscellance - Salida 7:00 h. Distancia: 15'20 km Cota +: 2.640 m Desnivel +: 661'00 m Cota -: 1.340'00 m Desnivel -: 1.961'00 m Tiempo estimado: 6 horas.

La salida de Bayscellance hacia Bujaruelo prácticamente todo es de bajada. Seguiremos el barranco de Ossoue, una zona herbosa, cómoda y bonita de caminar, hasta la cabaña de Ossoue; para nosotros, el final del valle, un giro

con suave pendiente hacia la derecha que nos conduce al collado de Bernatuara, (2235 m).

Llegada a Bujaruelo: hora aproximada de llegada al refugio de Bujaruelo 16:00 h.

Llegamos al ibón de Bernatuara y, por su derecha, lo flanqueamos; al principio, una fuerte nos acerca por el barranco de Sandaruelo a su cauce y ya en suave bajada por valle nos acercamos a la cabaña de la plana de Sandaruelo, para llegar al barranco de Lapazosa. No nos queda ya nada para terminal nuestro fantástico viaje.

Petit Vignemale Distancia: 1'860 km Cota +: 3.010 m Desnivel +: 325'00 m Cota -: 2.720'00 m Desnivel -: 325'00 m Tiempo estimado: 2 horas.

Andrés Aznar y Manuel Calvo

Llena de la Garganta

Tras atravesar una puerta de hierro (1490 m), la Cleta, seguir el camino en ascenso entre estrecho de rocas hasta llegar a la vista de un amplio circo herboso constituido por los puertos de Igüer y el Rigüelo, cerrándolo por el Norte los tres picos: la Llana del Bozo, la Llana de la Garganta y el Aspe. Llegamos al barranco de Igüer, habiendo dejado antes a nuestra izquierda el refugio de las Saleras. Pasado este barranco seguimos el camino en fuerte ascenso por el cerro de Peñarruaba. Continuamos cerro arriba y transcurridos 30 min más llegamos a la fuente abrevadero de Peñarruaba (1825 m). Seguimos el ascenso y, 100 m más adelante, teniendo por referencia un enorme bloque errático de roca, el camino se bifurca. Seguimos por el camino de la izquierda, que asciende en principio por un collado herboso (indicado con hitos de piedra), por el que ganamos altura para luego pasar de llano por la izquierda de la ladera hasta alcanzar una primera pedrera que separa las rocas del Bozo y de la Garganta (1965 m), pedrera de gruesos cantos rodados que con cuidado se pasa bien. A esta pedrera llegamos después de 15 min. Continuamos el camino ascendiendo por una ladera para llegar tras otros 15 min al inicio de otra pedrera muy larga, dura y pendiente por la que ascendemos hasta el collado. El ascenso por la entalladura de esta brecha pedregosa se puede hacer por cualquiera de los dos lados del estrecho que la configura, tomamos el ascenso por la derecha, ganando altura llegando en 25 min más al collado de Napazal o brecha de Wallon (2330 m). Sin llegar al collado a la altura de 2250 m en un pequeño descansillo en la pedrera ascendemos por la derecha, también por pedrera que parte del pie de la roca hasta alcanzar una cueva, a partir de aquí seguimos un sendero que pasando por un estrecho bancal herboso va rodeando todo el macizo de oeste a este por la vertiente del Rigüelo, pasando por un primer paso dificultoso y estrecho que una vez superado seguimos el camino. Cruzar a continuación por otro paso más dificultoso en el que nos tenemos que colgar en una pequeña altura para descender a pie firme y a partir de aquí continuar sin dificultad hasta alcanzar la arista este en la divisoria con la amplia zona cárstica de Aspe. Desde esta arista ascendemos sin demasiada dificultad para llegar en 60 min más al pico

de la Llana de la Garganta, también llamada Llana de la Garganta o Llana Cantal.

Mario Orleans y Manuel Calvo

Aguarón–Alpartir

Almuerzo en restaurante Marzo de Cariñena hacia las 8:45 h. La excursión comienza aproximadamente a las 9:35 h en El Santo de Aguarón y termina en el pueblo de Alpartir. En el Santo (820 m) se toma una pista que desciende 3'3 km hasta la zona de recreo El Raso de la Cruz (730 m), hasta donde también se puede llegar desde el pueblo de Cosuenda. Del Raso parten diferentes rutas. Tomaremos la que sube al collado de Tío Francisco Luquete (1045 m) que sirve de separación natural entre la comarca de Calatayud y la de Cariñena. Desde el collado salen varias rutas. La nuestra será la de Alpartir. Se comienza por ir descendiendo hacia el fondo del valle del Mosomero, por un sendero entre bosque, donde discurre el río Alpartir que en su comienzo, una especie de arroyo, se llama Tiernas. En el descenso iremos viendo la Fuente de la Jordana, la Fuente de la Teja, el Cortijo de la Viuda de Pablo Gil y por la caseta de Benedí en donde nace la leyenda del Valle del Amor. A Alpartir (497 m) se espera llegar a las 14:30 h por la senda de la Reguera. Desde Alpartir nos trasladaremos en autobús a Almonacid de la Sierra donde llegaremos a eso de las 15:00 h, donde los que deseen, podrán comer en el restaurante El Mesón, el de los 20 platos, el menú de tres primeros y tres segundos más postre y bebidas ofertado a 12'50 euros, café incluido. Hay que reserva plaza en secretaría club. Al final de la comida visita al pueblo y vuelta a Zaragoza.

José Luis Molina y María José Borrueal

Ascensión Institucional al Moncayo

Llegados al pueblo de La Cueva de Ágredda vamos hasta el final y giramos a la derecha siguiendo el indicador de Beratón. Nada más salir del pueblo hay un indicador de parking con unas señales con las rutas a realizar por la zona. Dejamos el coche en el parking y desde allí el camino (GR-86) es evidente, con marcas e hitos de piedras hasta la cumbre. El camino comienza entre un bosque joven de rebollar que pronto desaparece para dar paso al matorral, y asciende todo el rato paralelo al barranco del Colludillo, cuyas fuentes podemos ver en la ascensión. Desde la cima y por un paraje casi desértico iremos por el sendero que rodea el circo, una bajada fuerte en continuos zigzags y de piso pedregoso endurecen la bajada. La bajada tradicional nos acerca al circo de San Miguel, sendero estrecho que a medida que vamos bajando nos adentramos en el bosque. Seguiremos el sendero y nos encontramos un desvío a la derecha que continua al collado Bellido. Un poco más abajo ya estamos en el Santuario. Desde aquí y siguiendo el sendero casi por la loma, que cruzaremos un par de veces la carretera nos dejara en el aparcamiento de la fuente de los frailes, donde terminará nuestra excursión.

Andrés Aznar y Manuel Calvo

Pasarelas de Aliaga, estrechos del Guadalope y Hoz Mala

Ruta senderista discurre por las riberas de los ríos La Val y Guadalope, contando con tramos de pasarelas colgadas que nos permiten adentrarnos en los estrechos de Aldehuela y de la Hoz Mala. Se inicia en el barrio minero de Santa Bárbara, pasando por Aliaga y el santuario de la Virgen de la Zarza, para terminar en el embalse de La Aldehuela, frente a la antigua y monumental central térmica. La ruta se acomoda en las galerías de chopos cabeceros que acompañan primero al río La Val y luego al Guadalope durante buena parte del trayecto. La llegada a Aliaga permite conocer el santuario de la Virgen de la Zarza. El sendero señalizado abandona la población y, al llegar a los estrechos de La Aldehuela, el Parque Geológico de Aliaga se manifiesta de forma contundente y la ruta se ciñe a las paredes de las hoces. Finalmente, y tras superar un collado, se abre al caminante el paisaje postindustrial del embalse y la vieja central térmica de La Aldehuela. La senda bordea el embalse y, tras cruzar el puente de la presa subiremos a los fantásticos miradores de la Hoz Mala y del Guadalope. Luego volveremos bajo el embalse de la central, a la altura del puente de la presa y nos dirigiremos al interior de la Hoz Mala. Tomaremos una senda rampante, que discurre cercana al escarpe rocoso, salva el congosto y llega a las inmediaciones de la entalladura del barranco Villarrosario. Las vistas sobre el cañón de la Hoz Mala son impresionantes. La senda desciende de forma serpenteante por la orilla entre un caos de bloques, pasos entre rocas, badinas y saltos de agua y algunos bosquetes de acebos, arces, etcétera. Salva varios de estos obstáculos mediante tramos de pasarelas colgadas y abandona la Hoz Mala de forma espectacular en la masía y molino de La Tosca. Luego nos trasladaremos con el autobús a comer al Albergue de Aliaga.

José Luis Molina y Enrique Gisbert

Puente de Cebers-Chemin de la Mâtüre-Etsaut

Comenzaremos en el aparcamiento del puente de Cebers, por pista asfaltada, hasta llegar a un segundo aparcamiento en 15 min. Dejamos la carretera, continuando por senda, llegaremos a una casa. Un poco más adelante, llegaremos al Chemin de la Mâtüre. En la parte de enfrente y abajo, veremos el Fort du Pourtalet, construcción defensiva del siglo XIX. El último inquilino que tuvo fue el Mariscal Pétain, al final de la II Guerra Mundial. La senda está excavada en la pared de roca caliza. Hay que prestar mucha atención: el piso está resbaladizo. Seguimos subiendo por el barranco de Sescoué, saliendo del barranco, empiezan aparecer los primeros helechos quemados por el frío. Llegaremos a la granja de Perry en 1 hora y 30 min desde el puente. Continuamos entre hayedo y llegaremos al primer desvío, en 1 hora y 45 min desde el puente. Nosotros vamos hacia el Col d'Arras. Cogemos el de nuestra izquierda que, por pendiente pronunciada, nos lleva a otro desvío, en 2 h desde el puente. Cogemos el de nuestra izquierda, que nos

lleva a col d'Arras-Etsaut. Seguimos entre un bosque de hayas. En las inmediaciones del col d'Arras, aparecen las primeras praderas y unas vistas impresionantes del valle de Aspe. Continuaremos hacia col d'Arras: 3 h desde el puente. Aquí tomaremos un tentempié largo, pues la bajada es bastante fría. Continuaremos y llegaremos a un cruce, 15 min desde el collado. Cogemos el de nuestra derecha, el que va a Etsaut por el parking de Seberry. Continuaremos por el bosque de Biens hasta llegar al parking, andaremos por pista sin asfaltar durante 500 m. A nuestra izquierda ahí un sendero que nos llevara a un bar, que está cerrado, en 1 h desde el collado. Continuamos, descendiendo por bosque, llegaremos a un barranco con agua, que cruzamos. Durante toda la bajada, desde el collado, hay que tener mucho cuidado está muy resbaladizo por las hojas. Es mejor bajar con bastones. Seguimos, hasta llegar a una pista asfaltada, 2 h desde el collado. Seguimos por ella durante 500 m, hasta un cruce que cogemos a nuestra derecha, que por senda en 30 min nos llevara, a la carretera que va a Etsaut. 500 m más adelante llegaremos a nuestro destino: Etsaut, 2 horas y 45 min desde el collado.

Andrés Aznar y Manuel Calvo

1.04. Fin de curso en la Escuela de Escalada de Montañeros de Aragón

La *Escuela de Escalada de Montañeros de Aragón* celebró, el jueves 30 de mayo a las 18:00 h, una merienda y sorteo de regalos por el fin de curso de la *EEMA*.

A finales del mes de junio se enviará el programa de entrenamientos previsto para la próxima temporada 2019-2020.

1.05. Montañeros en WIKILOC

Montañeros de Aragón está desde hace pocos días en WIKILOC. Así, podrás consultar y descargar las rutas y los *tracks* de las actividades realizadas en el Club, en el siguiente enlace:

<https://es.wikiloc.com/wikiloc/user.do?id=2520761>

1.06. Anuario de 2018

Se acaba de editar el último *Anuario de Montañeros de Aragón*, que puede descargarse en libre desde aquí:

<https://www.montanerosdearagon.org/anuario-2018/>

Es este el primero de los Anuarios que será exclusivamente digital, un uso perfectamente acorde con el Tercer Milenio. Entre otras ventajas, este cambio ha podido ampliar de forma notable el número de artículos que han editado sus responsables, Quique Gracia y Nuria Moya.

1.07. Exposiciones y conferencias en la sede: 28 de mayo

El quinto evento doble por el 90 Aniversario del nacimiento de *Montañeros de Aragón* se celebró el pasado martes, 28 de mayo. Por un lado, la inauguración de una muestra de veintitrés fotografías de Lorenzo Almarza gracias a la autorización de la familia Almarza y las gestiones de nuestro consocio, Fernando Lozano. Por otro, la exposición ha contado con el patrocinio de la *Fototeca* de la *Diputación Provincial de Huesca*. Con una sala muy abarrotada, se iniciaba el evento tras unas entrevistas y una sesión de fotos para el *Heraldo de Aragón*. Abrió las intervenciones una presentación de nuestro presidente, Ramón Tejedor. Seguido, Pilar Almarza realizó una vibrante glosa de su abuelo. Fernando Almarza presentó después un audiovisual donde se explicaba el destino de los Fondos Almarza, hoy depositados en la *Fototeca* de la *Diputación Provincial de Huesca*.

Así se explicaba dicho acto en la tarjeta promocional del Club:

"Lorenzo Almarza Mallaina (1887-1975) es considerado como uno de los *padres* del montañismo aragonés. Sobre 1914 este riojano de nacimiento ya recorría las cumbres del Alto Cinqueta, dado que su familia política era originaria del valle de Chistau. En los años veinte, aprovechando que estaba destinado en la Comandancia de Ingenieros de Jaca, frecuentó el valle alto de Canfranc, tanto en verano para subir a sus cumbres como en invierno para esquiar entre Los Arañones y Candanchú.

"La faceta cultural de nuestro protagonista brilla de un modo especial. En 1925 Lorenzo Almarza figuraba entre los reactivadores del *Sindicato de Iniciativa y Propaganda* zaragozano, donde fue vocal en su revista *Aragón*. Desde entonces aparecería con frecuencia entre sus páginas, tanto con escritos como con imágenes, cantando las posibilidades turísticas y deportivas del Pirineo. No es de extrañar que los textos sobre historia de la fotografía lo cuenten entre nuestros pioneros del celuloide, destacando sus colecciones de clichés pirenaicos y africanos. Fue fundador de la *Sociedad Fotográfica Aragonesa*.

"Por lo demás, Almarza logró que cuajaran las primeras excursiones colectivas en esta tierra, organizadas a través de unas tertulias donde iría enrolando a los futuros *Montañeros*: Armisén, Cativiela, Escudero, Hidalgo, Gil Marraco, Gómez, Grasa, López de Gera o Rábanos, amén de los hermanos Lozano, Morláns, Serrano y De Yarza. Esta actividad en favor del deporte del piolet conduciría a la fundación de la sociedad decana en esta Comunidad: *Montañeros de Aragón*, en la que ejerció como su primer presidente entre el 15 de abril de 1929 y el 10 de noviembre de 1931.

"La muestra fotográfica que aquí presentamos llega merced al patrocinio de la *Diputación Provincial de Huesca*, en cuya *Fototeca* se conservan hoy los originales. Se trata de unos clichés que la amabilidad de la familia Almarza, a través de Fernando Lozano, va a permitir que en muchos casos se vean por vez primera. Son fotografías de 1930-1935 que reflejan diversos decorados del valle de Canfranc: las pistas entonces sin preparar de Candanchú, los refugios de Santa Cristina y del Ruso, la Ciudad de Piedra, el Bosque de las Hayas, los accesos al pico del Aspe, el Tobazo...

“La muestra quedará expuesta en el salón de la sede de *Montañeros de Aragón* desde el 28 de mayo hasta el 21 de junio de 2019: de lunes a viernes, de 18:00 a 21:00 h, con entrada libre. Una gran ocasión para conocer mejor, desde detrás del objetivo de su cámara, las *perspectivas pirenaicas* de Lorenzo Almarza Mallaina. Un meritorio pionero del montañismo y de la fotografía en Aragón”.

La segunda parte de la velada fue por cuenta de un audiovisual de Alberto Martínez sobre “El nacimiento de Montañeros de Aragón en 1929”. Tras sus explicaciones sobre cómo fueron los dos primeros años de vida de la Asociación con sede en Zaragoza, se proyectaron unas imágenes del Archivo de *Montañeros de Aragón*. De este modo se redactó la nota de presentación del acto:

“En mayo de 1929 iniciaba su andadura el club decano del montañismo aragonés. Con un brío inusual, los fundadores de Montañeros de Aragón se lanzaron de inmediato a ascender las grandes cimas del Pirineo oscense, a marchar por las campas y pinares cercanos a Zaragoza, a explorar las sierras turolenses... Esquí de montaña en Candanchú y Formigal, raquetas de nieve por el Marcadau, escalada en Riglos y la cresta del Diablo, visitas a toda clase de tresmiles y dosmiles pirenaicos, ascensiones en los Alpes, travesías por el Alto Pirineo francés, alzamiento o adecuación de cuatro refugios, envío de artículos a la prensa nacional, asistencia a congresos internacionales, organización de competiciones de esquí y de montañismo: nada escapó al entusiasmo de estos grandes deportistas. También nos legaron una serie de imágenes que deseamos compartir, merced al esfuerzo recopilatorio durante los últimos años de nuestro bibliotecario, recientemente desaparecido: Ricardo Arantegui. A él le dedicamos este audiovisual con imágenes del Club entre 1929 y 1935”.

1.08. Exposiciones y conferencias en la sede: 25 de junio

El sexto evento en la sede de Montañeros se llevó a cabo el último 25 de junio. De nuevo con un salón muy ocupado, Ramón Tejedor realizó la presentación de los intervinientes. En primer lugar, de Javier del Valle Melendo, quien iba a presentar una muestra de fotografías. Nuestro consocio es doctor en Geografía, máster en educación ambiental, diplomado en Altos Estudios Internacionales y profesor de Ingeniería del medio ambiente/Relaciones Internacionales del Centro Universitario de la Defensa de Zaragoza-AGM. Su exposición, que colgará en la sala hasta finales de septiembre, versaba sobre las “Montañas en lugares extremos del mundo”. Así se difundía en nuestros medios:

“El ser humano se reparte por casi toda la Tierra buscando lugares amables en los que vivir de forma confortable. Sin embargo, algunos territorios del planeta ofrecen unas condiciones muy difíciles o incluso imposibles para el asentamiento humano. En ellos el clima duro, los largos inviernos, la falta de luz o la escasez de recursos se convierten en algo tan contundente que pocos

son los grupos humanos capaces de sobrevivir, en ocasiones con sorprendentes estrategias de adaptación.

"En estos territorios las leyes naturales imperan. La naturaleza manda y con frecuencia se muestra con una inusitada fuerza y un esplendor que sorprende. Todavía son muchos los espacios terrestres que mantienen estas características. En esta exposición presentamos imágenes de tres de ellos que tienen en común sus altas latitudes. Tres territorios cuya sola mención hace volar la imaginación a lugares indómitos, escasamente conocidos en los que el turismo apenas ha arañado su contundente realidad:

"Península de Kamchatka, en el extremo oriental de Siberia, la del frío extremo y las deportaciones, la de las interminables extensiones y los ríos largamente congelados. Kamchatka es tierra donde el fuego, la lava de los volcanes y los glaciares se dan la mano en una extraña convivencia.

"Groenlandia. La isla más grande del mundo con más de dos millones de Kilómetros cuadrados, casi completamente cubierta por una potentísima capa de hielo tan pesada que hunde el centro de la isla bajo el nivel del mar. Tierra de inuits de cultura perfectamente adaptada a las condiciones que el hielo, las largas noches y las ventiscas imponen.

"Islas Shetland del Sur (Antártida). El inmenso continente de 14 millones de kilómetros cuadrados cubierto por una inmensa capa de hielo cuenta en su borde externo con este archipiélago. Antaño asentamiento de balleneros implacables, y hoy sólo pobladas temporalmente en forma de bases militares o científicas. Aquí los glaciares desembocan directamente en el mar y pueblan las aguas de icebergs que vagan por sus aguas, lugar de descanso de pingüinos, focas y lobos marinos. Sin duda, el verdadero congelador del planeta".

La segunda parte del acto consistió en una charla sobre "Escalada de siempre", impartida por Ángel López *Cintero*. Su conferencia fue complementada con unas imágenes antiguas y con una película de Miguel Vidal: "Primera ascensión del Torreón Fire" (1962). De nuevo reproduciremos aquí su texto promocional:

"Nuestro carismático socio, Ángel López *Cintero*, todavía activo en el mundo de la escalada, nos hablará de una serie de desafíos verticales que arrancaron en los años cuarenta en Mezalocha y, sobre todo, en los cincuenta en Riglos. Una serie de recuerdos bien ambientados con anécdotas que nos llevarán a las más célebres *primeras* en Riglos, vinculándolas con otras escaladas más modernas. En este recuento de grandes nombres de nuestro Club, irán desfilando los recuerdos sobre Serón, Millán, Carilla, Arantegui, Gracia... Para, seguidamente, continuar con los hermanos Bescós, Rabadá, Díaz, Navarro, Villarig, Ligorred... No en vano, toda España estuvo diez años pendiente de las escaladas que se promovían desde Zaragoza. Cuando se trazaron las mejores y más arriesgadas vías del momento".

1.09. Donaciones para la Biblioteca

El par de meses que dejamos atrás ha servido un buen saldo en los regalos de libros para nuestra Biblioteca. Por un lado, Conchita Silva entregó un magnífico volumen sobre Albarracín. Por otro, Fernando Lozano llevó al Club una colección de revistas "Ski" de los años sesenta, encuadrada con cuidado en cinco volúmenes. Para completar estas donaciones, Teresa Grasa nos ha obsequiado con tres obras dedicadas a diversas facetas de su padre, Aurelio Grasa, uno de los fundadores de *Montañeros*.

Finalmente, Fernando Lozano ha engrosado la Filmoteca que está acondicionando Francisco Izuzquiza con varios CD-ROM con filmaciones entre las que destacan las de los años veinte del siglo pasado:

"Lorenzo Almarza. Entrevista de Fernando Lozano", Diputación de Huesca (2018).

"Película de 1920 a 1923. Primeros pasos del ski (1904-1965). Caza en Benasque en 1920" (2019).

"Entrevista a Narciso de Dios Melero sobre el cambio de nombre de los tresmiles del Pirineo aragonés. Ángel Gayubar, periodista de COPE-Pirineos" (2017).

1.10. Concurso de Fotografía de Montañeros de Aragón

Montañeros de Aragón convoca el Concurso de Fotografía de Montaña "Miguel Vidal" en su VII edición de 2019, que se regirá con las siguientes Bases:

Primera.- La finalidad de este concurso es promover la afición a la montaña y sus deportes a través de la fotografía, y en consecuencia el tema objeto del mismo es la fotografía de montaña, tanto de paisaje, naturaleza, como cualquiera de sus modalidades deportivas.

Segunda.- Podrán participar en el presente concurso:

- a) Los socios de *Montañeros de Aragón*.
- b) Los deportistas federados en la Federación Española de Deportes de Montaña y Escalada.
- c) Cualquier persona residente en la Comunidad Autónoma de Aragón.

Dadas las características del concurso se excluye expresamente a los profesionales de la fotografía y de la filmación, que no obstante podrán si lo desean presentar obras fuera de concurso para su exposición pública.

Tercera.- La presentación se realizará de forma digital, de la siguiente forma:

Cada participante podrá presentar hasta un máximo de CUATRO fotografías.

Tamaño de foto mínimo (2835 x 2160 pixeles).

Las imágenes se enviarán en formato JPG, por correo electrónico a Montañeros de Aragón, administracion@montanerosdearagon.org

El nombre del fichero enviado será:
APELLIDOS_NOMBRE_NÚMERODEFOTOGRAFÍA.JPG

El número de la fotografía será por orden de 1 a 4, y en el envío de las fotos se deberá detallar los datos de las fotos (nombre de fichero, título de la foto,

descripción del motivo y la fecha de la toma y autor), previamente numeradas de 1 a 4.

Cuarta.- Las fotografías serán originales, en el sentido de no haberse presentado a ningún otro concurso, ni haber sido reproducidas en publicaciones o exposiciones públicas. La infracción de esta regla implicará la imposibilidad de concursar, incluso con otros originales, y en su caso la devolución del premio obtenido.

Quinta.- El Jurado del concurso estará formado por un número impar de miembros expertos en la materia, que pertenezcan a *Montañeros de Aragón*, o tengan un reconocido prestigio en fotografía deportiva o de naturaleza. Serán nombrados por el Presidente de *Montañeros de Aragón* atendiendo a criterios de imparcialidad y pluralidad.

Sexta.- En función de los originales presentados, el Jurado podrá realizar una selección previa. Las obras seleccionadas serán expuestas en Fundación Ibercaja-Biblioteca José Sinués (Zaragoza) del 4 al 30 de noviembre de 2019 y posteriormente en la sede social de *Montañeros de Aragón*. Las no seleccionadas podrán ser retiradas por sus autores.

Séptima.- Se otorgarán tres premios, que en ningún caso podrán recaer en la misma persona, a las tres mejores fotografías, a juicio del Jurado:

1er Premio: Placa y 400 €.

2º Premio: Placa y 300 €.

3er Premio: Placa y 150 €.

Premio especial para socios de *Montañeros de Aragón*: 100 €.

Octava.- El plazo de presentación de originales será del 1 de julio de 2019 al 5 de septiembre de 2019, ambos inclusive, se enviará correo de justificación de la recepción de las fotografías.

Novena.- El fallo del Jurado, que será inapelable, se hará público el día 20 de septiembre de 2019. Los premios se entregarán en Fundación Ibercaja-Patio de la Infanta el día 8 de octubre de 2019, a las 19:00 h.

Décima.- Las obras premiadas quedarán a disposición de *Montañeros de Aragón*, que podrá utilizarlas para reproducirlas en sus publicaciones o exponerlas en sus locales, sin que ello implique transmisión de titularidad y sin fines comerciales.

Undécima.- La participación en el concurso implica la completa aceptación de estas bases.

Para más datos: <https://www.montanerosdearagon.org/concurso-de-fotografia-de-montaneros-de-aragon/>

II. NOTICIAS DEL CLUB

2.01. Notas socioculturales

Por unos instantes, seguiremos la actividad de nuestros socios..., fuera de los eventos del 90 Aniversario.

Comenzaremos con Eduardo Martínez de Pisón, quien acaba de sacar a la calle su nueva obra: *Dibujos de campo. Excursiones con una caja de lápices*

(Desnivel, 2019). Aunque abordaremos más adelante dicho libro, tras felicitar a nuestro prolífico consocio, añadiremos esta reseña que publicita la editorial madrileña:

"Dibujos de campo es un nuevo libro que recopila los dibujos más risueños de sus numerosos viajes por las montañas del mundo [...].

"Los numerosos viajes por montañas de Eduardo Martínez de Pisón han quedado compilados en relatos literarios, en estudios y en dibujos realizados en el terreno. Algunos de éstos, que fueron resueltos con risueño sentido del humor, quedaron años encerrados en sus cuadernos de campo originales.

*"Rescatados del cajón donde dormían, pasan ahora, al publicarse, a traspasar el terreno de lo íntimo a lo público pero desde un lugar íntimo/popular en el que todos podemos reconocernos: *Con amigos y compañeros, o en caminatas solitarias, he dado muchas vueltas por los paisajes conocidos o escondidos de la Península. Desde las costas lluviosas del norte o por sus bosques y campos o por sus montañas, con frecuencia estudiando y otras simplemente paseando.**

"Eduardo Martínez de Pisón ha sido profesor de geografía en Madrid y en La Laguna y actualmente es Catedrático Emérito en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha estudiado los paisajes de muchas de las cordilleras del mundo, del Ártico a la Antártida, ha escrito sobre la cultura de las montañas y ha abogado siempre por la protección de su naturaleza, razón por lo cual se le otorgó el Premio Nacional al Medio Ambiente.

"Los dibujos aquí recopilados proceden sobre todo de cuadernos dibujados entre el comienzo de los años setenta y el fin de los noventa del pasado siglo, que fue mi época dorada de ilustrador de excursiones sobre la marcha. Un día se me ocurrió empezarlos y continuarlos, aunque ya había hecho dibujos similares desde 1954 (que no conservo), duraron un tiempo casi como actividad obligada, y otro día se fueron extinguiendo porque empezaron a dominar mis viajes condiciones que no los facilitaban. Pero, aunque no tuviera tiempo entonces para plasmar los sucesos en los cuadernos, siempre he visto las cosas en mi cabeza como aquí se muestran. Otros dibujos similares, algunos en mayor formato, los he regalado o los he perdido. En todo caso, lo que intento decir es que, si queremos, las cosas, la vida, la gente, las montañas pueden tener esta cara.

"En este nuevo libro reúne una colección de sus bocetos rápidos de viaje, recogidos en cuadernos de campo que se fueron rellenando de dibujos al compás de diferentes excursiones. Son, en este caso, las peripecias del camino y los personajes que las gozaron, reflejos gráficos espontáneos y sobre todo festivos de los sucesos de cada día del viajero, siempre filtrados por el sentido del humor.

"No hay aquí retratos realistas, salvo unos pocos dibujos que lo requerían, por lo que casi todo lo recogido son caricaturas, incluso de los panoramas, solo rasgos expresivos de lo que tal vez fueron aventuras o trabajos y ahora únicamente pertenecen al recuerdo. A la memoria de un geógrafo caminante o a la de un montañero (y a la de sus compañeros) que hace preguntas a las piedras.

"Los textos y dibujos de *Dibujos de campo*, nos envuelven desde el inicio en un halo entrañable que nos resulta familiar. ¿Quién no tiene una vida de momentos en la montaña, amistades y paisajes que han alimentado nuestra alma? Quizá uno de los aspectos más afortunados de este libro sea la facilidad con la que Eduardo teje ese hilo invisible y tenso que une intimidad, humor y realidad; un material casi transparente con el que se cosen los viajes de toda una vida.

"El lector se adentrará en lugares que permanecen. Ahí siguen en sus sitios y en sus mapas: como El Guadarrama que para el autor es como un aroma, y hay que haber olfateado mucho sus rincones para dibujarlo como lo dibuja o hacer una descripción como esta: *El Guadarrama huele alternadamente o a la vez a cielo despejado y a tormenta de verano, a pedriza desnuda y a monte castellano, a encina y abedul al mismo tiempo. Por lo común, sierra adentro, a melojar y a pino silvestre o, según las estaciones, por ejemplo, a piorno y a jara. A piedra seca y a tierra mojada.*

"Pasadizos y recovecos de muchos de los caminos y montañas que ha recorrido -desde los más pequeños a los más grandes- y por supuesto el retrato de quienes le han acompañado en ese caminar.

"Entre los grandes el Everest cobra fuerza: *Buena parte de este viaje caminé por montes y valles soberbios solo acompañado por un porteador que únicamente hablaba su lengua local. Dormíamos en tienda de campaña o en cabañas sherpas de la montaña, y comíamos de lo que encontrábamos entre ganaderos, sobre todo patatas y arroz. Supusieron para mí, aquella soledad y aquellos recorridos insólitos por sitios perdidos en busca de morrenas, una compenetración muy intensa con la naturaleza de la cordillera, que iba descifrando valle a valle.*

"El resultado es un sugestivo conjunto de dibujos y textos que serpentea a través de imágenes divertidas, cariñosas, expresivas y textos precisos, delicados, hermosos.

"Guardados durante años en un cajón, los cuadernos de campo de Eduardo Martínez de Pisón (y sus amigos) salen al mundo de los libros para compartir un modo de mirar gozoso con quien quiera acompañar al autor y a sus personajes por las cuestas -aquí de papel y lápiz- de este mundo. Un signo de la feliz alegría que transmite la montaña".

Con estos antecedentes, extraña poco que Eduardo haya estado muy atareado durante la pasada Feria del Libro. Así, firmó ejemplares de su "nuevo niño" con Desnivel en la caseta 242-243, el viernes 7 de junio de 18:00 a 20:00 h.

Pero nuestro apreciado profesor estuvo igualmente en el puesto de Fórcola: la caseta 308, el domingo día 2 de 12:00 a 14:00 h. Varios de sus libros; entre ellos, el último texto *forcoliano*, los *Viajes al centro de la Tierra*.

Cambiamos de tercio. Nuestro consocio Carlos Mur de Viu tuvo una importante participación dentro de la primera sesión del Foro del Centenario, el pasado 1 de junio. Fue uno de los participantes en la mesa redonda sobre *Salud y Montaña* cuyo resumen de prensa aquí reseñamos:

“El Centenario del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido organiza el próximo día 6 de junio a las 19:00 h, la mesa redonda Salud y Montaña, la primera de una serie de jornadas del Foro del Centenario, que se celebrarán a lo largo de 2019. Estas sesiones están organizadas por Henneo y tendrán lugar en la Sede de Bantierra, en Zaragoza (calle del Coso, 29), ambas empresas patrocinadoras del Centenario.

“Los desafíos y retos que plantean las cumbres, los beneficios de la práctica deportiva en la naturaleza y algunos consejos para abordar la montaña de una manera saludable serán los ejes de esta primera mesa redonda, moderada por el doctor Carlos Mur de Viu, natural de Jaca, director gerente del Hospital Universitario de Fuenlabrada (Madrid).

“La sesión contará con la presencia del oscense José Ángel Satué Bartolomé, responsable de la Unidad de Insuficiencia Cardíaca del Servicio de Medicina Interna del Hospital Universitario de Fuenlabrada (Madrid); la doctora Dolores Bédmar Cruz, facultativo especialista en el Servicio de Anestesiología y Reanimación del Hospital Universitario de Fuenlabrada (HUF) y coordinadora de la Unidad del dolor del HU, y con el naturalista, fotógrafo y escritor Eduardo Viñuales Cobos.

“La mesa *Salud y Montaña* es la primera de las sesiones del Foro del Centenario, una de las actividades que dan continuidad a lo largo de 2019 a la celebración de los 100 años de la declaración del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido, que arrancó el año pasado.

“Desde entonces, se han celebrado más de 200 actividades, entre excursiones, conferencias, exposiciones y conmemoraciones de todo tipo, y más de 70 empresas e instituciones se han sumado a esta celebración, muchas de las cuales han renovado su apoyo en el ejercicio fiscal de 2019”.

Enhorabuena, pues, a Eduardo Martínez de Pisón y a Carlos Mur de Viu...

2.02. Socios de Montañeros en diversas cimas

Recientemente han llegado noticias de que varios consocios nuestros han logrado subir durante esta primavera a dos importantes montañas...

Por un lado, los *Montañeros* Alejandro Cortés, Joaquín Navarro y Ramón Córdor han ganado la cima del MGoun (4.071 metros), en el Atlas, en Marruecos.

Además, los socios de *Montañeros de Aragón* Ángel Martín Sonseca, Fernando Orús, Gonzalo Prado y Javier Garrido han alcanzado la cumbre del Kazbek (5.047 metros), en Georgia.

Esperamos que en el próximo Anuario nos expliquen sus peripecias en estas importantes montañas extraeuropeas.

Nuria Moya

2.03. Nuestra presencia en medios de televisión y radio

Montañeros de Aragón tuvo, en estos dos meses que dejamos atrás, presencia en diversos medios de radio y televisión de nuestra Comunidad. Dentro de la primera categoría, hay que destacar:

13 de mayo: entrevista del presidente de la Comisión del 90 Aniversario para *Radio 4G. Onda Aragonesa*. Enlace:

<https://www.radio4g.com>

En lo que respecta al medio televisivo, reseñaremos la participación de diferentes consocios en dos espacios muy destacados de *Aragón Televisión*:

9 de mayo: entrevista de Miguel Checa para el programa "Buenos días, Aragón" a Ramón Tejedor y Alberto Martínez. Se puede visionar en este enlace:

<http://alacarta.aragontelevision.es/informativos/buenos-dias-aragon-09052019-0800>

10 de junio: entrevista de María Fernández para "Objetivo Aragón" a Ramón Tejedor, Alberto Martínez, Pepe Díaz, Carlos Pauner, Marta Alejandre, Manu Córdova y Manuel Calvo. Este es su enlace:

<http://alacarta.aragontelevision.es/programas/objetivo/cap-397-10062019-2139?fbclid=IwAR3aSj-LJyV0tkKIe4T2sv8Hx-yPiESFEjwvLw31Hnmw4kUgszp3U9J-7d0>

Finalmente, en medios digitales hay que subrayar la entrevista a nuestro presidente, Ramón Tejedor, realizada por la periodista Bárbara Ramírez para *Desnivel.com*, colgada en la Red el día 10 de abril:

https://www.desnivel.com/excursionismo/el-club-montaneros-de-aragon-cumple-90-anos/?fbclid=IwAR208wts-4oQH3_xcMwUCKnrIFi1GD0LRJg04SFuipkCL--7fEJ50HDsUHQ

Además, se subió a la Nube este otro evento celebrado en nuestra sede de Gran Vía 11:

20 de marzo: "Continúa la celebración del Centenario de Ordesa con la presentación del libro 365 días en el Parque Nacional", por Marta Gracia Huerta (aragondigital.es). Enlaces:

<https://youtu.be/TB3oE4TvdLs>

<https://www.facebook.com/aragondigital/videos/2004662209839813/>

2.04. Repaso de la prensa escrita

Los 90 años de *Montañeros de Aragón* han quedado reflejados en diversos medios a lo largo de estos meses de celebraciones y de difusión:

Heraldo de Aragón, 3 de marzo de 2019: "Montaña. 90 cimas, 90 años de Montañeros de Aragón".

Heraldo de Aragón, 24 de marzo de 2019: "Efeméride del club decano de Aragón. 90 años de montañismo. Un grupo formado por unos cuantos amigos entusiastas de la montaña decidió crear el 11 de mayo de 1929 Montañeros de Aragón. La señera institución celebra este año el redondo cumpleaños fiel al legado de sus fundadores", por Arantza Cortés. Edición digital:

<https://www.heraldo.es/noticias/deportes/2019/03/24/montaneros-aragon-90-anos-aniversario-cimas-1304922.html>

El Mundo de los Pirineos, número 129 (mayo-junio de 2019): "Montañeros de Aragón cumple noventa años".

El Periódico de Aragón, 11 de mayo de 2019: "El monumento de Montañeros", por Ricardo Martí. Versión digital:

https://www.elperiodicodearagon.com/noticias/deportes/monumento-montaneros_1361413.html

Heraldo de Aragón, 29 de mayo de 2019: "Montañeros de Aragón celebra su 90 aniversario. El club inauguró una exposición de su primer presidente, Lorenzo Almarza", de Alejandro Toquero. Edición digital:

<https://www.heraldo.es/noticias/ocio-y-cultura/2019/05/29/montaneros-de-aragon-celebra-su-90-aniversario-1317449.html>

Heraldo de Aragón, 18 de junio de 2019: "Subida al Moncayo de Montañeros de Aragón", de María José Montesinos. Enlace digital:

<https://www.heraldo.es/noticias/aragon/2019/06/18/subida-moncayo-montaneros-aragon-rutas-turismo-1320838.html>

Sobre el texto con la entrevista a Pepe Díaz en concreto, volveremos dentro del apartado 3.1. del presente BD69.

2.05. El 90 Aniversario en los Blogs de Desnivel.com

Otro de los escenarios donde nuestra efeméride ha obtenido amplia difusión ha sido a través de los blogs de la conocida editorial madrileña. Uno de nuestros más prolíficos escritores ha servido (hasta ahora) los siguientes trabajos sobre nuestros 90 años de historia:

<https://blogs.desnivel.com/albertomartinez/2019/02/20/recordando-a-raymond-despouy/>

<https://blogs.desnivel.com/albertomartinez/2019/03/04/la-muerte-de-pape/>

<https://blogs.desnivel.com/albertomartinez/2019/03/11/una-carta-para-espouy/>

<https://blogs.desnivel.com/albertomartinez/2019/03/25/dos-visitas-al-monarca-en-1954/>

<https://blogs.desnivel.com/albertomartinez/2019/04/01/un-primer-puro-en-riglos/>

<https://blogs.desnivel.com/albertomartinez/2019/04/10/al-asalto-de-la-torre/>

<https://blogs.desnivel.com/albertomartinez/2019/04/29/donde-suenan-los-novatos/>

<https://blogs.desnivel.com/albertomartinez/2019/06/13/un-mallo-fire-de-cine/>

<https://blogs.desnivel.com/albertomartinez/2019/06/26/el-moncayo-de-los-forestales/>

2.06. Dos presentaciones en nuestra Sede

El primero de los textos que fue presentado (por primera vez en Zaragoza) en nuestra sede fue el libro *Después del viento. 51 relatos y reflexiones* (2019), de Gerardo Bielsa. El acto tuvo lugar el jueves 6 de junio de 2019, a las 19:00 h, ante un público muy entregado. Intervinieron en él el presidente de *Montañeros de Aragón*, Ramón Tejedor, y el conocido guía de montaña, de esquí y de parapente. En la reseña de su obra, se indicaba que "este libro nos sumerge en un mundo increíble de montañas, vuelo, escalada, nieve, sufrimiento, conquistas, juventud y sobre todo, de una gran pasión: la montaña vivida desde los bosques, glaciares y rocas; disfrutado también desde el cielo". Quienes deseen hacerse con algún ejemplar, pueden hacerlo a través de estos contactos: 696 300 774 y editorial@perfiles.info.

El mes aún daría para otra presentación. Esta vez, del texto de Roberto Del Val y Eduardo Viñuales: *El Moncayo. Paraíso de los naturalistas* (Institución Fernando el Católico de la DPZ, 2019). Un trabajo en el que, entre otros muchos colaboradores, destaca la presencia de socios de *Montañeros* como Eduardo Martínez de Pisón, Javier Camacho, Julio Viñuales, Marta Iturralde... El acto tuvo lugar a las 19:30 h del viernes 28 de junio y en nuestra sede. Inició la presentación del mismo Ramón Tejedor, para darles la palabra a dos de los colaboradores de la obra: Alberto Martínez y María Victoria Trigo. A continuación, los autores revelaron varios detalles interesantes de su trabajo al público que llenó la sala, tanto a través de unas imágenes como de un corto.

2.06. Obituario: Cuca Tomás Aznar

El 30 de mayo pasado fallecía la mujer de Juan Antolín, Cuca Tomás Aznar (q.e.p.d.). Su velatorio tuvo lugar el 31 de mayo a partir de las 17:00 h en el Tanatorio de Torrero, velatorio número 6. El funeral fue el día 1 de junio, a las 11:00 h en la capilla número 1.

Desde aquí nos sumamos al duelo de nuestro consocio Juan.

2.07. El Anexo del BD69

En 2019 conmemoraremos las noventa añadas de *Montañeros de Aragón*, entre otras iniciativas, a través de los *Anexos* de sus *Boletines Digitales*. En esta tercera entrega de textos de nuestra Asociación, Marta Iturralde ha preparado un *Anexo* dedicado a los casi desconocidos "Socios de Honor de Montañeros"..., nacidos fuera de España. A través de 16 artículos, nos va a proponer un *trekk* hasta los considerados como, acaso, los más reputados de los nuestros; sobre todo, en los libros sobre pirineísmo. Así, ha hilvanado estas 55 páginas que hoy nos brinda mediante unos textos publicados previamente por Alberto Martínez (se indican en la Bibliografía que cierra dicho trabajo), que han sido retocados, pulidos y adaptados para la ocasión. Y revisados finalmente por el, digamos, autor en origen. Es decir: son unos artículos remozados y reescritos a cuatro manos. No son unos anales cronológicos de *Montañeros* propiamente dichos, sino un complemento con

historias poco o nada abordadas hasta ahora... Al que seguirá una entrega más de cierre.

Que este viaje por la historia de *Montañeros* resulte grato...

III. SECCIONES CULTURALES

3.01. El Monumento de Montañeros

Como ya hemos adelantado, Ricardo Martí realizó una magnífica entrevista a Pepe Díaz para *El Periódico de Aragón* del 11 de mayo que merece la mayor difusión. Puede verse al completo en el siguiente enlace:

https://www.elperiodicodearagon.com/noticias/deportes/monumento-montaneros_1361413.html

Sin embargo, nosotros hemos preferido trasladar hasta este BD69, para que quede constancia, el texto completo de Ricardo Martí: "El Monumento de Montañeros":

"Pepe Díaz es, a sus noventa años, la leyenda viva de la entidad zaragozana, que cumple hoy su noventa aniversario. Se hizo socio en 1954 y encabezó una irrepetible generación de escaladores que conquistaron todas las grandes paredes del Pirineo.

"Pepe Díaz es el decano del montañismo aragonés. Sus ojos han visto pasar a grandes escaladores en sus noventa años de vida. Su cabeza es una enciclopedia y pese a su edad recuerda el más mínimo detalle de sus grandes gestas alpinísticas. Montañeros de Aragón cumple hoy el 90 aniversario de su fundación con Lorenzo Almarza como primer presidente. Y Pepe Díaz tiene tanto orgullo de ser más viejo que el club como lleva a gala cualquiera de sus grandes conquistas en los sesenta en Riglos, Ordesa, Agüero, el Balaitús o el Vignemale. *Soy más viejo y tengo seis meses más que el club*, indica Díaz.

"En los últimos años se ha desligado paulatinamente del club de sus amores. Díaz se volcó con su esposa, María Pilar, que falleció de Parkinson en noviembre. *Era de las más veteranas del club y una de las primeras mujeres que hizo escalada en Aragón. Fue muy dura su enfermedad. Los dos últimos años he estado con mi mujer sentado en un sillón y no me movía. Ahora Pepe Díaz ha dejado su casa de la calle del Carmen de Zaragoza y se ha ido a vivir a Formigal. Tengo allí una casa y mi hijo mayor se ha hecho una pegada a la mía. Nos vemos todos los días y comemos juntos. Allí haré alguna excursión porque soy incapaz de quedarme quieto. En invierno me iré dos meses a vivir a la casa de mi hija que tiene en San Sebastián*, explica.

"Ya ni se acuerda de cuándo fue la última vez que acudió a la sede del club aragonés. "Ahora casi no voy por el club. Pero no es una piña como cuando estábamos nosotros. Estábamos todos los días por la tarde. Los jueves los jóvenes nos tomábamos nuestras cositas, charlábamos y hacíamos nuestros proyectos". En la actualidad, la entidad montañera la dirige Ramón Tejedor, que ha renovado el club. *A él le va esta responsabilidad. Es como un blasón. Por su profesión tiene todo el tiempo del mundo, lo ha hecho muy bien y es un excelente presidente*, asevera.

"Ahora el gran continuador de la generación de Pepe Díaz en la que destacaban Fernando Vicente, Rafael Montaner, Manuel Bescós o Alberto Rabadá es Manu Córdova. *Es el escalador que más me gusta, es un fuera de serie. Es mejor que los de nuestra cuadrilla. Es un tío completo, escala en roca, en hielo y hace grandes ascensiones*, indica.

"Díaz se remonta a los años cuarenta del siglo pasado cuando comenzó su romance con la montaña. *Fue en un campamento en Cercedilla del Frente de Juventudes. Esos años posteriores a la Guerra Civil había mucha hambre en España. Unos amigos nos dijeron que se comía de miedo y nos fuimos a apuntar. Por aquellos años sus padres ya habían muerto y Díaz vivía con su abuela. En 1945 se trasladó a Zaragoza con su hermana. Lo primero que pregunté era donde estaba el Frente de Juventudes. Quería ser guía de montaña y nos fuimos a apuntar a la plaza de Sas Rafael Montaner, Manuel Bescós y Alberto Rabadá. En esa quinta también estaban Ángel López Cintero y Fernando Vicente. Fue este núcleo el que se hizo socio de Montañeros de Aragón en 1953. Ya han pasado 66 intensos años.*

"Díaz recuerda perfectamente su primera escalada. No podía ser en otro sitio que en Riglos. Subió la Aguja Roja. Es aquí donde tuvo el único accidente en su trayectoria. *Bajando con Rafael Montaner me golpeó una piedra en la mano y me deshizo el dedo meñique. He de reconocer que era un montañero bien preparado y por aquel entonces hacíamos mucha actividad*, indica.

"En los años sesenta, Díaz subió y escaló a las montañas más significativas del Pirineo. *En aquella época estaban sin hacer las grandes paredes del Pirineo. De lo más significativo fue la cara oeste del Mallo Pisón. Lo llamamos la vía Serón-Millán. También ascendí la vía de las Brujas en el Tozal del Mallo con Rabadá y Navarro. Además, hicimos una variante a la cara norte de la Aguja de Ansabere con Manuel Bescós. Para acercarse a los montes los escaladores zaragozanos tenían que recurrir al Canfranero. Pero con el tiempo se compraron un Chevrolet de segunda mano. Lo adquirimos a un jefe de la fábrica donde trabajaba. Era una preciosidad de 1929. Nos permitió ir a muchos sitios, pero se estropeó el coche*, lamenta.

Díaz no ha conocido a un escalador similar a Alberto Rabadá. *Como escalador de roca era de lo mejor que había. Nos llevaba a todos ventaja y tenía unas ideas estrambóticas. Pero no tenía la misma técnica en nieve y hielo y por eso se murió con Navarro en el Eiger en 1963.*

En sus últimos años como montañero conoció cumbres de otros continentes. *En 1977 estuve en el Huandoy, en los Andes, junto a Vicente, Ursi y Frechin. Me encantó. El remate fue el Baruntse en 1980. Era la primera vez que una expedición española acudía al Himalaya. Y Pepe Díaz era el jefe de la expedición nacional. Después llegó su etapa como directivo. Fue presidente de Montañeros de Aragón de 1981 al 87 y el primer presidente de la Federación Aragonesa desde 1963".*

Ricardo Martí

3.02. Slow Mountain

Pacino (cima 45)

1 de mayo de 2019

Pacino (1965 m) es un monte situado en el centro del valle de Tena. Lugar cada vez más cercano por la mejora de las comunicaciones y ahora más con el nuevo túnel de Monrepós. Su magnífica vista del Pirineo desde lo alto queda ya en nuestro recuerdo. Un signo más del paso del tiempo. Aun así, involucrar a ver de nuevo Lanuza con los aires dolomíticos de Foratata al fondo sigue siendo un recibimiento espléndido!

Hoy la ascensión desde Sallent ha sido subir sin prisas por un bosque de hayas sobre un manto de hojas que tapaban el sendero, sorteando árboles de mismo porte y riachuelos que desorientaban el camino, espacio equívoco donde perdemos nuestra brújula, nuestra identidad. Pero esta vez Alfredo nos guía con su GPS y nos lleva con seguridad. Salir del bosque de columnas ya cerca del collado es salir de un espacio cerrado y oscuro a otro abierto y luminoso. Contraste de culturas. Y ver lentamente asomarse las cumbres nevadas en nuestro horizonte es como despertar de un sueño, hasta alcanzar la cima en donde la visión resulta espectacular. Centro de un círculo horizontal donde Blanca nos va indicando los principales montes que nos rodean, las puntas de Anayet al oeste y Foratata al norte con el Balaitús dominando el circo de Piedrafita, Bachimaña, Infierno, Tebarray y el batolito de Panticosa-Cauterets a la derecha, y Telera y Tendenera al sur. Impresionante! Por un momento me parece estar en el cráter de un gran volcán rodeado de enormes paredones bajo la bóveda celeste y darme cuenta una vez más de lo que realmente somos. Una foto más, esta vez familiar, los siete con perra, para ir completando las 90 y plasmar este momento eterno. El tiempo acompaña y es momento de sentarnos a comer y continuar disfrutando, mirando y pensando tranquilamente. *Slow mountain*. Cuando la montaña habla, hay que guardar silencio. Silencio para escuchar, silencio para rezar. Templo cósmico. Comunicación personal, íntima y de paz espiritual. Paz de Pazino.

Regresar en círculo por el lado sur frente al hermoso paredón de la sierra Partacúa con la huella artificial del embalse del Escarra, ha sido llegar a un círculo megalítico, como puntas de una corona circular a escala humana, reposo espiritual de nuestro pasado y poder abrazarnos con fuerza a un árbol majestuoso para sentir su energía cósmica el resto de nuestras vidas.

Línea de cumbres de la sierra del Moncayo: Lobera (2226 m-cima 63), cerro del Corralejo (2280 m-cima 62), cabezo Bellido (1838 m-cima 64).

12 de mayo de 2019

Un domingo ventoso del mes de mayo subimos a la Sierra del Moncayo. Volver tantos años después que lo hiciera con mi hermano mellizo, me ha hecho rebobinar de nuevo el tiempo pasado, tiempo rápido y fugaz.

Entonces lo subimos directamente, pero esta vez el recorrido ha sido la línea de cumbres de norte a sur. Subir en coche hasta cerca del Santuario, a través de un bosque de robles y hayas envueltos en una luminosa luz amarilla

era ya un buen presagio del día que ya comenzábamos a disfrutar. Andar hasta el collado de Castilla por un hayedo de troncos lisos es como perderse en un laberinto de hermosas columnas lisas y que hoy Andrés con su GPS es quien nos guía con seguridad. Desde allí y como el tiempo lo permite, algunos nos desviamos a Peña Negrilla, escalón norte de la Sierra, cruzándonos con algunos corredores atléticos que sus prisas les impiden ver desde su cima una vista infinita de Castilla. Es otra manera de ver la vida.

El fuerte viento nos empuja rápido a volver nuestros pasos al collado para ascender a lo más alto de la Sierra, la cima de San Miguel (2315 m) por una empinada cuesta de pedriza y apenas sin vegetación. Oír el silencio, las voces del viento como palabras ausentes, son las que ahora pesan en mi memoria. Y es llegar arriba cuando la mirada se levanta y vemos a la Virgen del Pilar sobre el azul del cielo anunciándonos la llegada a la cumbre, y verla aquí, al menos yo, como símbolo de nuestra Madre Tierra es poder contemplar esa vista colosal, si lo permite el fuerte viento de hoy, y ver con claridad la Depresión del Ebro y la cordillera Pirenaica, al norte; los picos de Urbión y Sierra Cebollera, hacia el noroeste; las sierras de Vicor, la Virgen y Cucalón, al sureste; el sector nororiental de la Meseta castellana y las estribaciones más orientales del sistema Central. Fantástico mirador! Contemplar desde lo alto semejante belleza donde transcurren nuestras vidas es ser conscientes por mantener el equilibrio de nuestro entorno y de nosotros mismos.

Descender rápidamente hacia la cima próxima llamada Lobera (2226m, cima 63) y al siguiente Cerro del Corralejo (2274 m, cima 62) con rápidas fotos que el buen ojo de Mariluz añadirá a las 90 y en donde nos protegemos en un ventisquero a comer.

Descansar la mirada y conversar juntos los nueve, adivinando sitios y lugares, y que Primitivo buen conocedor nos aclara, es acercarnos a nosotros mismos. Ver continuamente la quebradiza cinta nevada del Pirineo, hoy más brillante que nunca, recordando que en ese momento otro grupo guiado por Manuel está junto a la Virgen en el Aneto, me hace creer las dos imágenes como antenas de transmisión unificadora de nuestros pensamientos positivos, bonito recuerdo como el que me escribió: "Me acordé..., una imagen de esta ya cansada retina te la dediqué, aunque hacía mucho frío, el calor de la amistad hace posible casi todo. Un abrazo". ¡Otro abrazo, Super Manuel!

Bajar al collado Bellido y subir al Cabezo Bellido (1838 m, cima 64) donde vemos Morrón, la Muela y las peñas de Herrera junto al barranco del Huecha es tocar visualmente el otro extremo de la Sierra, que ya conocemos y que a punto estuvimos con ganas de alcanzar. Volver lo andado por una línea de nivel horizontal ha sido volver a admirar el Valle bajo la eterna mirada de las cimas y sus tres circos, Morca, San Gaudioso y San Miguel, que pisamos protegidos del viento entre torcidos pinos empujados por las nieves invernales y los latigazos del viento, hasta divisar de repente el Santuario pegado como una lapa a un precioso paredón osamental de la Sierra como punto final de esta jornada de enorme riqueza y que a partir de ahora me acompañará para siempre como aliento de este viento que llamamos Cierzo.

A Andrés y a los siete más que me acompañaron.

Sierra de Gúdar: alto del Hornillo (2002 m, cima 77); pico de Peñarroya (2029 m, cima 76)

26 de mayo de 2019

Ir a Valdelinares es ir al municipio más alto de España (1692 m). Subir a Peñarroya es ascender al monte más alto de Teruel en la comarca conocida como Gúdar-Javalambre. Subir el puerto en coche desde Cedrillas ha sido ir distinguiendo la diversidad de pinos y sabinas existentes y que Enrique, Alfredo y Miguel, los tres turolenses, me iban identificando orgullosos. Valdelinares, valle de pinares, por algo será.

Hacer el circuito circular ha sido subir antes al Alto del Hornillo por la cuesta del cementerio hasta llegar a un altiplano horizontal extenso y pelado en donde las cimas emergen como suaves lomas, como modestos dioses imperiales alzándose entre la Depresión del Ebro y la meseta castellana. Es mayo y ver las masías dispersas, su atractiva arquitectura tosca de piedra seca, abandonadas, o derruidas, los prados sin ganado y los montes secos y sin nieve, me transmiten una imagen vacía de enorme soledad, como cuando entro en casa y nadie está. Es sentir el frío de la ausencia. Y su visión desde una imaginativa pirámide escalonada en el Alto del Hornillo (2002 m cima 77) en medio de este paisaje hostil, azotado y atormentado por el frío y el viento, es ir comprendiendo la geografía del lugar, su historia y la dura vida de sus gentes por sobrevivir.

Pirámide rural, altar suplicante y de plegaria, tumba de esperanzas perdidas. Una cima más, una foto más, cinco esta vez. Ir al monte Peñarroya, a lo más alto, es subir un poco más, pero son los barrancos que no vemos en un principio lo que nos distancia de verdad.

¡Tan cerca y tan lejos a la vez! ¡Cuántas veces nos sucede lo mismo en nuestras vidas! Y así ha sido bajando y subiendo un barranco entre sabinas rastreras como piel de pantera, hasta llegar al pico Morrón en donde se divisa ya cerca la loma verde del pico de Peñarroya (2029 m).

Llegar al collado de la gitana es acceder al interior silencioso y único de un bosque de "pino moro" con plantas endémicas que combatiendo al duro clima y a la altitud supieron millones de años resistir, hasta alcanzar la torre geodésica más alta de Teruel y tocar el cielo. ¡Fantástico! Otra foto desde la torre altiva suma la cima 76.

Divisar desde su mirador con un mapa explicativo que tanto echo en falta en muchas cumbres, ha sido contemplar un mar horizontal de sierras y vaguadas verticales, con Javalambre al fondo, tras la depresión fluvial del río Mijares. Corredor horizontal de Aragón hacia la costa levantina y gradiente vertical bioclimático oceánico y mediterráneo. Horizontalidad, verticalidad, fusión de contrastes que hacen esta zona tan especial. Feliz con esta grandiosa visión es cuando respiro hondo para poder aspirar al máximo toda esta riqueza forestal y ambiental.

Y es volviendo bordeando las pistas de esquí por un declive próximo a la fuente del Villarejo donde cruzamos un prado de flores primaverales con abundante hierba de flores viváceas y setas, con el tronar de grillos y el adiós

de un cuco, hasta llegar a la interesante ermita de Loreto, en la entrada a Valdelinares, límite separador y unión de dos mundos, el urbano y el rural, punto final de nuestro camino.

A Enrique y al resto que me acompañaron.

Vuelta al Verde

9 de junio de 2019

Volver a Panticosa años después, ha sido regresar a un hermoso paisaje escondido en mi memoria. Hoy ha sido hacer la ruta circular en torno al monte Faceras, llamado también monte Verde, hoy más verde que nunca, verde intenso primaveral que ya solo bajar del autobús nos ha alegrado a todos el día, a pesar de las amenazantes nubes. Y ha sido comenzar ascendiendo, desde el aparcamiento del telecabina que sube a las pistas de esquí, a través de un bosque sombrío y fresco que va encendiendo nuestros pensamientos positivos, para continuar más adelante en fuerte desnivel hacia al sur y al descubierto por el barranco Traberosa de pedriza y canto rodado hasta llegar al ibón de Sabocos (1896 m) donde unos caballos salvajes pacían tranquilamente a las orillas del agua. Agua, que sin ser las termas del balneario de Panticosa, también sanan viendo en su descansada lámina horizontal el aire detenido que va dibujando nuestros pensamientos. El recogimiento desde este arrinconado mirador, vértice hexagonal y último reducto glaciar del sur del valle de Tena, es descansar una vez más y soñar siempre en positivo con uno mismo y con los demás.

Slow mountain. Contemplar los picos es preguntar a Alberto, trasnochador de cimas, quien nos va descifrando cada uno. Y es que hoy, aunque no subamos a la cima del Verde y no sea una de las 90 cimas, parecen verse desde aquí todas a la vez. Es el factor sorpresa de una cima anticipada, disfrutar del camino sin llegar a la meta, como la vida misma. ¡Bien elegido Alberto!

Volver por el valle de la Ripera ha sido descender antes por el Paúl de Verde, hasta el refugio de Ripera donde hemos comido contemplando el impresionante paredón vertical con bandas horizontales de estratos incurvados de Tendeñera y el Forau de Diaples, agujero que forada la muralla rocosa de Tendeñera entre Forato y Mallo de las Peñas y que Alberto nos iba señalando. Y ha sido continuar bajando hacia el norte entre el paredón y el monte Escuelas por un sendero verde y florido, donde María Ángeles, Piedad y Silvia unidas también por la botánica iban fotografiando y explicándome. ¡Maravillosas! Es ir comprendiendo la adaptación lógica de las plantas a la naturaleza, así como cuando vemos los asentamientos de viejos pueblos rurales. Sentido común.

Y terminar la jornada por el barranco de la Bolática ha sido andar por donde bajaron abundantes hielos de su cabecera (Catieras), norte (Piniecho) y meridional (Tendeñera), auténtico museo de la evolución glaciar. Y ver caer con fuerza entre el plegamiento de sus paredes rocosas el agua de sus entrañas, oír su sonido incansable surgiendo entre el verdor de la vegetación, oler las flores de colores deslumbrantes, y ver al fondo la silueta del macizo de

Telera recortada por la luz cálida vespertina, es lo que me hace gozar este momento eterno y que llevaré como una estampa tirolesa con el dedo pétreo de Yenefrito apuntando siempre a mi corazón.

A María Ángeles, Piedad y Silvia, y al resto que me acompañaron.

Pueyo Ballarín

16 de junio de 2019

Sobre Fanlo, atractivo y abandonado pueblo de mi bisabuelo Latre, se alza el Pueyo Ballarín o Punta Trallata (2027 m). Ascender desde Broto por el valle del río Chate ha sido ascender prácticamente durante toda la ascensión en un denso bosque hasta el collado de Pueyo, próximo a la cumbre. Andar a la sombra en un día soleado y caluroso como el de hoy es de agradecer, y más contemplando la diversidad de arbolado, su tamaño, su altura. Y es que nos encontramos en el bosque conocido como de la Pardina del Señor o de Ballarín, hoy hermosamente verde donde la luz y la misma sombra incrementan la gama y sus diferentes tonalidades.

Y venir en otoño es donde la paleta de colores se amplía y se transforma surgiendo los amarillos de los abedules, chopos y quejigos; el dorado de las hayas, el rojizo de los arces, y el siempre verde de los pinos y abetos, conjunto que nos regala la naturaleza por unos pocos días y que es necesario conocer. Necesidad, no obligación, que nos hará transformar también a nosotros en el otoño de nuestras vidas.

Y ya en lo alto, Luis Aliaga hoy nuestro guía, ha sido quien ha ido poniendo nombre a los montes y picos que nos rodeaban. Peña Montañesa al este, Tozal de Guara al sur, Tendeñera al oeste y Monte Perdido al norte. ¡Maravilloso! Seguir conociendo identificando nuestra geografía es continuar en el conocimiento de los demás y de nosotros mismos. Sentarnos a comer ante semejante visión, todo un gran restaurante, ha sido recordar a mis doce años cuando mi padre me llevó desde Fanlo a las Cutas, sorprendente mirador del Valle de Ordesa y primer despertar inmenso, recuerdo como si fuera ayer, y es que a veces el tiempo se detiene y también se transforma en aquellos momentos que han sido importantes en nuestras vidas. Eso siento.

A José Luis Martínez y a Luis Aliaga.

Ascensión Institucional al Moncayo (2315 m, cima 61)

23 de junio de 2019

Ascender al Moncayo desde Soria ha sido, para muchos de los Montañeros que hemos ido a celebrar el día institucional del club, una novedad. Ha sido conocer y ver de cerca lo que siempre hemos visto desde lejos, la ladera sur árida y seca de Castilla, en contraste con la húmeda ladera norte, más conocida por la mayoría. Curiosa modalidad de clima mediterráneo.

Comenzar a andar desde el pueblo soriano de La Cueva de Ágreda (1313 m) a la sombra de un bosque y acompañado con el sonido refrescante de un riachuelo es tomar el paso, la respiración, cargando lentamente la mochila de pensamientos positivos. Es ir aclimatándonos esta vez a las condiciones

ambientales intermedias, como lo ha hecho durante años este bosque rebollar, ni tan seco como los encinares ni tan húmedo como las hayas. Por algo será.

Salir más adelante de la sombra, ha sido descubrir con claridad la silueta de la cima sobre las tonalidades verdes blancas y amarillas de los arbustos y matorrales invasivos de este precioso pastizal del entorno llamado la Dehesa de la Cueva. Y es cuando Manuel Calvo, hoy nuestro guía, se detiene para reagruparnos, mientras nos va indicando el camino empinado por el barranco del Colludillo y descansar la mirada hacia la hermosa perspectiva del valle soriano.

Llegar a la cumbre (2315 m) techo del Sistema Ibérico, ha sido contemplar de nuevo las dos vertientes, eje norte-sur, y la cimera este-oeste que recorrí hace un mes, pero ahora con otra mirada. Ver cada vez más la diversidad y riqueza ecológica es conocer con mayor intensidad el sentido común de los elementos y su perfecta simbiosis, tan alejada y distante muchas veces de la sinrazón humana.

Y ya recuperados del esfuerzo, nos reagrupamos todos junto a la Virgen o el pilar geodésico, qué más da, bajo el sol radiante de la víspera de San Juan y el agradecido viento ligero, para la foto oficial del 90 aniversario, celebrando con champagne el feliz acontecimiento y que el pirineísta Alberto Martínez Embid, recordando tiempos pasados, exclamaba: *¡Por la montaña, por Aragón, por Montañeros de Aragón!*

Bajar por el circo de San Miguel ha sido desviarnos unos pocos hasta la próxima cima de Cerro de Corralejo, otra cima más, para seguir en continuo descenso por piso pedregoso hasta el Santuario, adosado a un altar de rocas silíceas de bellas formas esculpidas por la erosión, frente al arbolado del Cabezo de la Mata vértice de una pirámide espiritual, con su cara norte de hayedos, sur de encinas y rebollar, y al nordeste el interesante robledal de roble albar. Todo un catálogo de tonalidades verdes que en otoño se transforma en un hermoso colorido, expresión viva capaz de hacernos meditar y transformar también al otoño de nuestras vidas.

Comer esta vez en un restaurante, ha sido estar con todos celebrando un momento histórico, compartiendo alegrías, sonrisas y la misma ilusión por conocer Aragón, sus montañas y a nosotros mismos. Así ha sido ahora y siempre, y oír con acierto al presidente actual, Ramón Tejedor, señalar al mayor Primitivo y al jovencito David, simbolizando el pasado y el futuro, ha sido terminar con Manuel, siempre *SuperManuel*, como presente e impulsor básico de *Montañeros de Aragón*. Que siempre sea así, *¡por la montaña, por Aragón, por Montañeros de Aragón!*

A todo Montañeros de Aragón.

3.03. Nuestros autores y sus libros: *Gastronomie pyrénéiste*

LE BONDIDIER, Louis, *Gastronomie pyrénéiste. La cuisine à 2000 m*, Monhélios, Pau, 2012 (texto c.1940). 14 x 22 cm, 112 páginas, en francés. 18 euros.

Dado que el Anexo de este BD69 está dedicado a los Socios de Honor no hisanos de nuestro Club, nada más apropiado que seleccionar este "manual de gastronomía de altos vuelos". En francés, puesto que fue escrito por uno de nuestros más célebres consocios: Louis Le Bondidier.

Nos encontramos ante un texto inédito que dispone de su pequeña historia: procede de un manuscrito aparecido de forma casual en 2011. Estaba fechado, sin firma, en 1940. Hace ocho años, el investigador Florian Jacqueminet lo encontró en una carpeta del tiempo de Entreguerras donde ponía "Jean Escudier". Inicialmente se asoció esta *Gastronomie pyrénéiste* a dicho autor, si bien Denis Escudier comentó que no era el estilo de su padre. Florian acudió entonces al Museo Pirenaico de Lourdes, donde su conservadora, Agnès Mengelle, recordó haber visto otro muy similar: existían, pues, dos manuscritos; el segundo, con unas correcciones con la característica letra de Louis Le Bondidier, lo cual confirmó su autoría de forma indiscutible. Por desgracia, se halló también una carta que hablaba de los dibujitos que hubieran tenido que acompañar a esta obra que, de momento, aún no han aparecido.

En resumidas cuentas: estamos ante una edición lógica en la que se han combinado ambos manuscritos para confeccionar una especie de biblia del montañero-gourmet. Con una dedicatoria de nuestro Le Bondidier más que significativa: "A ti, joven pirineísta, que tienes tanto un alma y músculos, como un estómago".

Antes de entrar en materia, será preciso aludir a esa Introducción del ahora desaparecido Jean-Victor Parant sobre la gastronomía de los campamentos del *GDJ* de Jean Arlaud (y de nuestro Raymond d'Espouy). Habla, por ejemplo, de esas multas que se imponían a quienes dejaban sus escudillas sin ordenar, lo cual indujo a que Jean Prunet hiciera grabar en la suya: "Robada a Prunet". Así, también sabemos por Parant que, durante las grandes escaladas de los años treinta, sus artífices comían pan, sardinas, queso, salchichón y cacahuètes. Y nada de alcohol (como decían algunas leyendas), por supuesto. También conoceremos los menús *arlaudianos* durante su expedición al Himalaya en 1936. ¡Y su encuentro en España con la paella!

Pero centrémonos ya en el trabajo de Le Bondidier. Su índice es de lo más claro y explícito: bebidas, sopas y potajes; huevos; quesos; legumbres; frutas; pescados; carnes... Con un epílogo dedicado a la caza de alta montaña, los perros pirenaicos, los cuentos de osos y las batidas de sarrios. Enseguida se descubre esa visión gastronómica de nuestro consocio, adscrito al llamado *Club de los Cien*: quienes pesaban más de cien kilos y compartían una visión de que los alimentos, en la montaña, "no solo debían de quitar el hambre, sino también recuperar de pleno a los deportistas". ¡Y tanto! El libro se presenta con una portada de lo más reveladora: esa postal de Louis Le Bondidier con el célebre "almuerzo de los guías" en el viejo refugio-balma de la Renclusa, en Benasque.

Veamos, para enmarcar mejor esta obra sin par, el arranque que sirve nuestro consocio: "Mis amigos pretenden que soy un gourmet"... un hecho que reconoce e incluso justifica con tono divertido. A la vez, echa pestes de los

productos artificiales de la época como la Ovomaltina. Y propone decantarse por los platos más sabrosos, bien regados con un buen tinto español.

Siguiendo esa misma tónica, en el capítulo uno, Le Bondidier no tiene empacho en favorecer uno de nuestros caldos: "Montañero, bebe productos franceses. Pero, si eres pirineísta, no olvides que los Pirineos son también españoles. Así, dispones de vinos españoles, ique los hay, y bien reputados!". Gustará esa anécdota sobre los albergues del Pirineo hispano, donde ofrecían siempre vinos de primera o de segunda... ¿Su consejo?: pedir, impertérritos, evitando "hacerse el rico", el de segunda, pues las más de las veces ambos procedían de la misma barrica. No será esta la única vez que alabe al morapio español: "Nunca dejo el valle sin comprar una botella de rancio, el verdadero, el único, el vino ideal para las acampadas". Junto con su recomendación de pedir consejo a sus guías del sur para saber cuál es el mejor, y al precio más asequible, evitando (de nuevo) viajar en plan "gran señor". Según Le Bondidier, el vino español "corre por las venas como un río de color que llega al mismo corazón". Buena descripción.

Resulta igualmente interesante el apartado destinado al agua de la montaña, de cualidades muy variadas. De ese "aqua simplex" que, en ocasiones, surgía de fuentes que lograban que, más que beberse, se degustase con delectación.

Hay también un capítulo dedicado al anís, cuya predilección en España oscilaba entre el *del Mono* y el *del Oso*. Afirmaba de ellos nuestro consocio que "daban valor y fuerza durante las escaladas más arduas". Además de ser ideales para añadir a las aguas dudosas. En el anecdotario sobre los hurtos del alcohol en los campamentos, el galo practicaba algo nada recomendable (e incluso censurable): a veces le daba el cambiazo a la botella, poniendo en la de anís uno de quemar, por ver "cómo le ardía la garganta y chillaba el ladrón". Desde luego, menos abrasivos serían los capítulos de las leches o los tés...

Pasa Le Bondidier con presteza sobre los productos con mayor densidad como los huevos, ingresando en el "a-b-c del arte culinario montaraz". Cuenta que, en Benasque, se reavituallaba siempre en la tienda de cierta "Nenette" que le vendía huevos muy frescos, si bien a peso de oro. Se transportaban de inmediato a las alturas mediante cuidados inverosímiles. Eran ideales para las tortillas, a las que dedicaría otro comentario laudatorio: "Es un plato de cocina sabia en alta montaña, aunque de gran rareza".

En el terreno de las mantequillas y aceites, nuestro consocio advierte sobre las mantecas de España, entre las que destacó las de Eriste, de Fanlo, de Benasque y de Torla. Mas dice no gustará a la mayoría de sus compatriotas esta manteca de cerdo, que se probarán solo una vez y por curiosidad, y que raramente repetirán. Por el contrario: "¡Qué aceite el de las aceitunas españolas!", proclamó a los cuatro vientos.

En cuanto a los quesos aragoneses, los juzgó hechos por lo general con la ley del mínimo esfuerzo, como una especie de atavismo pastoril de otros siglos... Con mucha mejor nota calificaría a las legumbres locales, entre las que

se decantaba por los garbanzos, de los cuales estaban muy bien surtidos los ultramarinos del norte de Huesca.

Sobre las aves de montaña, como plato de mesa, Le Bondidier censuraría a quien era capaz de abatir a estas "gentiles compañeras aladas". Más criminal por parte de un escalador, pues constituían "su único consuelo en los murallones". Vería como una traición a esos pajarillos que picoteaban cerca de las tiendas con descuido: "¿Quién osaría manchar de sangre la blanca librea del lagópodo alpino?". He aquí una defensa de las perdices nivales muy adelantada para proceder del año 1940.

Por entonces, la trucha era la verdadera fuente de calorías del acampado: el "pescado de montaña". Mas no parecía lícito pescarlas cuando iban a poner las huevas. Aconsejó preparar la trucha a la mantequilla. Y avisó de que era posible acabar ante el juez por emplear los procedimientos de "pesca a la dinamita".

Vamos ya con las carnes. Para nuestro gastrónomo era importante comprar los corderos a los pastores pirenaicos: sobre todo a los españoles, ipues no eran suyos, sino de algún amo...! Con el consejo de preparar las magníficas las costillas asadas al estilo *GPHM*. Nuestro Socio de Honor tampoco dejaría de alabar al *porcus montanus*...

Así y todo, entre las carnes, mejor la del sarrio, rey de las comidas de entonces si se iba para varios días a las zonas altas. Esta caza lograba que se llevara siempre una escopeta lista. Y, para el final: proclamó que nada como una buena digestión ante un fuego de campamento escuchando las historias siempre truculentas sobre los osos. Era el gran protagonista de las veladas nocturnas. Pero dejaremos aquí este trabajo culinario del gran escritor pirineísta con su despedida gourmet: "¡A tu salud! ¡Buen apetito! ¡La vida es bella!".

En fin: tal es, *grosso modo*, el interior del libro de este Socio de Honor de *Montañeros de Aragón*. Pleno de anécdotas, buen humor e incluso controversia. Amigos de la gastronomía de altura: no os descuidéis, si os interesa esta obra con tirada de 700 ejemplares. Os revelará, más que las recetas adecuadas para el deporte actual, toda una colección de historias culinarias de los años iniciales del siglo pasado.

Alberto Martínez Embid

3.04. Un texto para el cierre: *Entronización de la Pilarica en el Aneto*

Durante los meses de abril y mayo, las paredes de nuestra Sede han lucido una interesante colección de fotografías tomadas por Miguel Vidal durante la entronización de la Virgen del Pilar en el Aneto en 1956. Dicha muestra constituyó una buena excusa para refrescar la memoria a partir de algún recorte de la prensa del momento que dormía en los archivos de *Montañeros*...

Así, todo se originó en 1955, cuando los deportistas catalanes subieron hasta la Pica d'Estats una imagen de la Virgen de Montserrat. Un aragonés que

participó en dicho ascenso escribió una carta describiendo el acto al director del periódico de Barbastro *El Cruzado Aragonés*. Como consecuencia, el número del 4 de febrero de 1956 de esta publicación semanal se abría con un llamamiento para hacer otro tanto con Nuestra Señora del Pilar y la Cúspide pirenaica, titulado "Aneto, a 3.404 metros de altura, techo de Aragón". Un trabajo firmado por el doctor Francisco Izquierdo que finalizaba con la frase: "Brindamos la sugerencia a *Montañeros de Aragón*".

Dicho y hecho. En el mes de abril, nuestra sede acogía al grupo de montañeros que había hecho suya esta empresa. De esta reunión inicial, saldría ese Comité Ejecutivo donde destacaban nuestros consocios Andrés Izuzquiza y Francisco Ramón, a quienes se sumaron miembros de la entonces Delegación de Barbastro como Luis Paúl o Ramiro Brufau.

El objetivo no era otro que alzar una imagen de la Virgen del Pilar en la cima del Aneto..., como *reivindicación* del papel del montañismo regional en los Montes Malditos. Los barbastrenses siempre se habían sentido muy cerca de esta cúspide pirenaica, por lo que el entusiasmo ante el proyecto de la entonces delegación de Montañeros de Aragón fue impresionante: Miguel Lacoma, Luis Paúl, Manolo Samitier y José María Fábregas serían sus mejores valedores. Desde las orillas del Ebro, la idea también fue impulsada con arrebatos por Andrés Izuzquiza, Luis Escanilla, Vicente Dueso y tantos otros: la gran familia del montañismo aragonés dio lo mejor de sí misma, uniendo a *Peña Guara*, al *Stadium Casablanca* y a la *Peña Javalambre*, con la *Escuela Militar de Montaña* de Jaca y el *Batallón de Cazadores* de Barbastro.

Una suscripción popular y los donativos de diversas instituciones de la región (como los ayuntamientos de Zaragoza, Barbastro o Benasque), permitieron costear la bella reproducción de la Virgen del Pilar en mármol blanco de Zaragoza, tras haberse estudiado uno de bronce. A los socios de *Montañeros* que dieron su consentimiento se les cargaría el recibo con cuatro pesetas para sufragarla. Esta imagen –se cree que obra de un anónimo tallador de lápidas de Torrero– sería bendecida durante una ceremonia multitudinaria en la Basílica cesaraugustana.

La Entronización requeriría de un importante esfuerzo logístico, realizado por socios de diversas entidades de Zaragoza, Huesca, Barbastro y Fonz; en la Renclusa, se añadirían otros *espontáneos*: dos catalanes y tres vascos. Las obras para alzar la columna de la Virgen, con un presupuesto inicial de 125.000 pesetas, deberían iniciarse a comienzos del mes de agosto. Los cuarenta y cuatro pirineístas que se ocuparon de esta tarea tuvieron que transportar cerca de seiscientos kilos de materiales diversos, en bultos de quince kilos.

Mas el tiempo caprichoso durante varias jornadas –lluvias en el valle, nevadas en las alturas– no pareció favorecerles. El 7 de agosto de 1956, se acarrearía la mayor parte del equipo hasta el glaciar del Aneto, a través del Portillón Inferior; al día siguiente, se portearía hasta las inmediaciones del Rey del Pirineo. En el collado de Coronas, se instaló una tienda para que sirviese como refugio ante un imprevisto cambio del clima. En cuanto al Puente de Mahoma, "se situó una cadena de hombres a caballo sobre él, que se iban

pasando del uno al otro toda la impedimenta". Por último, se montaron otras dos tiendas en la misma cumbre, así como un mástil donde lució la bandera de Montañeros de Aragón..., junto a cuatrocientos cincuenta kilos de grava arenada, cincuenta de cemento y una verdadera montaña de elementos de construcción: paletas, plomadas, macetas, cortafríos, maza, picos, palas, cubos de hierro y de cinc, o diversos tubos de aluminio. Treinta y ocho hombres regresaron a la Renclusa, en tanto que otros cinco se quedaban en un Aneto, transformado en *tajo*: Agraz, Brufau, Dueso, Escanilla y Ortiz. A la mañana siguiente, estos *albañiles de altura* iniciaron sus labores:

"Contemplamos el grandioso espectáculo del amanecer desde esta altura e inmediatamente empezamos los trabajos. Son las 7:00 h. Dos acampadores aquejan molestias; uno de oftalmia producida por la reflexión de la nieve y el otro de estómago y excitación nerviosa. Llegamos a obtener unos ochenta litros de agua para el amasado del hormigón, fundiendo nieve. Trabajamos afanosamente y los trabajos progresan rápidamente, pero faltará arena por haberse perdido parte mezclada entre la nieve. Por ganar tiempo y por la excitación producida por los esfuerzos para desplazar grandes bloques de piedra y preparar el asentamiento del pilar no comemos en todo el día. A las diecisiete horas, decidimos regresar a la Renclusa en vista de que el cielo se ha encapotado, amenazando tormenta, y con el fin de subir la arena que nos falta".

El día 11 debieron volver de nuevo al *Remate* de la cadena con cuatro mochilas llenas de arena. Terminarían los trabajos –incluida la limpieza de la cumbre– sobre las 17:00 h, volviendo a descender al valle. Dos jornadas más tarde, y ayudados por un grupo de Peña Guara, esta avanzada se dedicaría a jalonar el recorrido con cincuenta banderines rojos de un metro cuadrado. Finalmente, fue preciso que, el 14 de agosto, dos oficiales de la Escuela Militar de Montaña de Jaca, preparasen el Puente de Mahoma "con clavijas, cuerdas de pasamanos y de seguridad". Todo quedó dispuesto para la gran celebración sobre el Aneto... Entre tanto, la imagen llegó al Congosto de Ventamillo –donde aguardaban las autoridades locales–, el 13 de agosto de 1956, acompañada por el arzobispo de Zaragoza y una escolta de motoristas. En la engalanada plaza Mayor de Benasque, esperaba su regidor, José Gistaín Mora, casi todo el pueblo y los montañeros. También se distinguía a los alcaldes de Zaragoza, Luis Gómez Laguna; de Huesca, José Gil; y de Barbastro, José María Nerín. Acto seguido, se celebró una misa en la iglesia parroquial, oficiada por el arzobispo Morcillo, para, a continuación, bendecir a la imagen que iba a ser entronizada en el *Techo* del Pirineo.

En principio, estaba previsto que *la Pilarica* viajase a lomos de una yegua enjaezada con cintas de colores. Pero el escultor Fernando Lizalde convenció a su presidente, Izuzquiza, para que le dejase construir un bastidor –en un par de horas– con el que subirla a la espalda de voluntarios. La crónica de *El Cruzado Aragonés* destacaría al primero de sus porteadores:

"Hubo un momento lleno de emoción y fue cuando el Arzobispo después de besar fervorosamente la imagen la depositó en hombros del veterano fundador, primer presidente de Montañeros de Aragón, Lorenzo Almarza, que

la recibió de rodillas y con ella a la espalda inició el camino del Aneto. El Arzobispo despidió a la imagen con un emotivo grito de ¡Viva la Virgen del Pilar!, contestado por todas las gargantas y con lágrimas en muchos ojos. Lorenzo Almarza entregó la Imagen a los jóvenes montañeros, se secó una lágrima, dio un fuerte abrazo a la imagen y esta continuó su marcha en sucesivos relevos, iniciados por Luis Paúl, presidente de la comisión organizadora y de la delegación de Montañeros de Aragón de Barbastro”.

En el refugio del CEC, aguardaba una verdadera muchedumbre a la *Pilarica*: un centenar de tiendas de campaña –más de cuatrocientos pirineístas– había surgido en el plan de Turmo. Por desgracia, mosén Oliveras no pudo acudir ni a la capilla ni a Benasque, pues la salud del antaño *hombre de hierro* estaba muy requebrada. Nuevas autoridades acogieron en la Renclusa a la imagen; entre ellos, los presidentes de *Montañeros de Aragón* (Izuzquiza), *Club Alpino de Madrid* (Alcántara), *Peña Guara* (Abad) o *Peña Jabalambre* (Budría). Como es natural, los actos centrales estaban previstos para el día siguiente, tal y como recogió el rotativo de Barbastro *El Cruzado Aragonés*:

“En la madrugada del 14, vigilia de la Asunción, el señor Abadías, gerente del refugio, despertó a la gente al grito de *al Aneto*. Inmediatamente, se fueron formando los grupos montañeros que con las primeras luces del amanecer emprendieron la ascensión al Portillón Superior, y de allí, atravesando el glaciar, al Aneto. El entusiasmo por transportar la imagen no tenía límite. Curtidas *Montañeras*, Adriana Viescas y Charo Górriz, cargaron también a sus espaldas con la preciada carga. La Virgen del Pilar tiene un altar más. El altar del Aneto. A las 12:30 h en punto de la víspera de la Asunción quedaba colocada la imagen entre el entusiasmo de las trescientas personas que subieron al pico”.

Otro testimonio, el de Fernando Lizalde, completaría estas noticias, afirmando que “la ascensión transcurrió en un día muy bueno, con la nieve de primavera y una huella ya pisada por los que subieron los materiales. Fue el glaciar sencillo y fácil, y no hizo falta ni encordarse ni sacar los crampones. El glaciar me causó una fuerte impresión, al ser tan grande y monumental: costó bastante tiempo atravesarlo. En el Paso [*sic*] de Mahoma se quedaron varios sin pasar, los que no eran montañeros. Uno de los que cruzó el paso con la Virgen fue Vicente Gracia Casaús, pero no resultó difícil, porque la Virgen iba bien sujeta”. En la cima, se celebraron tres misas en un altar compuesto sobre los piolets de los asistentes, y oficiadas por un sacerdote por cada provincia aragonesa: Faci (Zaragoza), Román (Huesca) y Rabaneque (Teruel). Asimismo, se soltaron unas palomas mensajeras que, dos horas más tarde, transmitían las nuevas a Jaca.

Sin embargo, una tormenta imprevista, tan típica en el macizo, dejó a solas a *la Pilarica* en su emplazamiento. Por ende, no todos los que salieron de la Renclusa, alcanzaron su meta; cierto turolense que se quedó en el Portillón, compuso en honor de la Virgen del Pilar unos versos que mostrarían el ambiente de aquella jornada:

“En la cumbre más altiva

del Pirineo Central,
unos bravos montañeros
te han colocado un Pilar.
"Te llevan a sus espaldas
blanca Virgen del Pilar,
gustando el hondo secreto
de este continuo escalar.
"Yo, quise subir contigo,
para verte entronizar,
y..., en el *Bajo Portillón*
cuando veía el glaciar
y la cumbre del Aneto,
tuve que volver atrás;
idolor de ilusiones rotas!
¡Dolor de no poder llegar
cuando casi con mis manos
lo había logrado ya!
¡Dolor del que derrotado
vuelve su frente hacia atrás!
"Quise rezarte una Salve,
quise una jota cantar,
pero... no tuve palabras
isolo podía llorar!"

Así se vivió una de las jornadas más recordadas en nuestro Club, y que pudo recuperarse durante casi un mes merced a las instantáneas de uno de nuestros fotógrafos más emblemáticos: Miguel Vidal. El 90 Aniversario de *Montañeros de Aragón* ha favorecido esta suerte de encuentros con nuestro pasado...

Alberto Martínez Embid

EN ESTE NÚMERO SE INCLUYE:

I. INTRODUCCIÓN

- 1.01. Prólogo, *por Ramón Tejedor Sanz*
- 1.02. Presentación, *por Marta Iturralde Navarro y Alberto Martínez Embid*

II. ALGUNOS SOCIOS DE HONOR DE MONTAÑEROS DE ARAGÓN

- 2.01. Los tres picos de Saint-Saud
- 2.02. Un dosmil para Raymond d'Espouy
- 2.03. El Conde y su porrón
- 2.04. Conquista del último tresmil pirenaico
- 2.05. Soldadesca y saqueos
- 2.06. Mimi d'Espouy en Els Encantats
- 2.07. Le Bondidier y la cartografía de la sierra de Montardo
- 2.08. Cierta rimaya del Besiberri Sur
- 2.09. Acrobacias leridanas al modo de 1905
- 2.10. Primitivo esquí de montaña en la Ribagorza
- 2.11. Niños en el Balaitús y el Aneto
- 2.12. La exploración de Los Alanos en 1926
- 2.13. El caso Palomera
- 2.14. Adiós a Raymond d'Espouy
- 2.15. La desaparición de Papé
- 2.16. Obituario con retraso para el Quijote Francés

III. BIBLIOGRAFÍA CORRELATIVA

I. INTRODUCCIÓN

1.01. Prólogo

Desde sus orígenes *Montañeros de Aragón* ha querido apostar fuertemente por una visión abierta y solidaria del mundo de la montaña. Tenemos la fortuna de tener en nuestra Comunidad Autónoma dos magníficas cordilleras, la pirenaica y la ibérica. Hemos protagonizado en ellas grandes gestas alpinas y hemos contribuido a su estudio y difusión y, en los tiempos actuales, trabajamos activamente por su conservación. Somos conscientes de que este patrimonio natural abarca un magnífico conjunto de ecosistemas cuya biodiversidad exige un esfuerzo de conservación tal como plantea la Organización de Naciones Unidas en los Objetivos de Desarrollo Sostenible que conforman la llamada Agenda 2030. Contamos con una Red de Espacios Naturales Protegidos excepcional, con un Parque Nacional, cuatro Parques

Naturales y varios Paisajes Protegidos y Monumentos Naturales que explican por sí solos ese lema sociológicamente aceptado de *Aragón, un país de montañas*.

Pero como decía anteriormente no queremos patrimonializar este regalo que el devenir geológico y natural nos ha legado. Las montañas no conocen de fronteras. Por el contrario, sirven para unirnos en un abrazo fraternal a quienes las recorreremos con pasión y entusiasmo. Y lo hacen por encima de nacionalidades y creencias políticas, ideológicas y religiosas. Por eso en nuestro Club hemos detestado siempre a quienes han querido utilizar la demarcación geográfica de una cumbre para generar crispación y enfrentamientos inútiles, como sucedió recientemente con la pintada de color amarillo de la cruz del Aneto para reivindicaciones extemporáneas del nacionalismo catalán.

Por todo ello es para nosotros motivo de satisfacción, repasando la historia de nuestro Club, contar con un elenco de primer nivel de pirineístas franceses que entendieron a lo largo de muchas décadas este concepto de fraternidad montañera recorriendo el Pirineo y que ostentaron con orgullo el título de Socios de Honor de *Montañeros de Aragón*. Bienvenida pues la iniciativa de Marta Iturralde y Alberto Martínez para investigar y rescatar las contribuciones deportivas y culturales de ese grupo de Socios de Honor que dejó una huella significativa en el devenir de nuestra Entidad.

Ramón Tejedor Sanz

1.02. Presentación

Nos hallamos ante la tercera entrega de esa suerte de *Libro del 90 Aniversario* que, acorde con las tendencias en el arranque del Tercer Milenio, se recoge en formato digital como "crónica inédita" de *Montañeros de Aragón*. Un complemento de esos artículos previos, editados en libros y revistas, que ahora aborda temas poco o nada difundidos hasta tiempos recientes. Es el modo de festejar, desde nuestro *Boletín Digital*, los noventa años de andadura del Club.

Los textos aquí servidos se centran ahora en algunos de los más prolíficos escritores de nuestros primeros Socios de Honor. Entre ellos aparecen destacados representantes del pirineísmo galo. Por desgracia, no todos estos asociados han podido desfilar por las páginas recopiladas: será cuestión de que, más adelante, se vayan promocionando los escritos de otros miembros *externos* de nuestra gran familia montañera.

Los dieciséis trabajos seleccionados no constituyen sino la punta de un *iceberg literario* que aguarda a futuros compiladores de nuestra Casa. Nuestras propuestas sobre "Algunos Socios de Honor de Montañeros de Aragón", del mismo modo que las ya ofrecidas desde los Anexos del BD67 y del BD68, fueron publicadas en su versión original dentro de los *Blogs de Desnivel*, según indica la Bibliografía que clausura este *Anexo del BD69*. Una vez más, se ha optado por respetar el orden de edición primitivo. Dichas entradas han

constituido una base de partida cuyo autor en origen fue Alberto Martínez, y, para esta variante más trabajada, Marta Iturralde. Finalmente, ambos han repasado conjuntamente el resultado final que ahora se presenta.

Vamos ya con nuestro particular compendio, que llega sin otra pretensión que la de servir como suplemento a otras historias ya publicadas. Sin más cometido que el de difundir aspectos poco aireados de ciertos socios excepcionales de *Montañeros de Aragón*.

Marta Iturralde Navarro y Alberto Martínez Embid

II. ALGUNOS SOCIOS DE HONOR DE MONTAÑEROS DE ARAGÓN

2.01. Los tres picos de Saint-Saud

Son serias las dificultades que acechan en el camino de los toponimistas pirenaicos, un escenario complejo como pocos. A modo de ejemplo, puede mostrarse el caso de ciertas denominaciones sobre suelo galo relacionadas con un célebre socio de honor de *Montañeros de Aragón*...

Comenzaremos con unas pinceladas rápidas sobre el protagonista de nuestra historia: el bordelés Jean-Marie-Hippolyte-Aymar d'Arlot (1853-1951), primero barón y luego conde de Saint-Saud. Él mismo facilitó dicha tarea a través de una autobiografía que tituló como: *Cinquante ans d'excursions et d'études dans les Pyrénées espagnoles et françaises* (1924). Quien se asome por sus páginas comprenderá lo complicado que resulta el resumen de las actividades montañeras de quien fuera conocido como el *Comte-Courant*, o el *Conde-Corredor*.

Saint-Saud estableció excelentes relaciones con los pioneros del montañismo del sur de la cordillera. Ello supuso que, además de ser socio de honor nuestro Club desde 1933, lo fuera igualmente del *Centre Excursionista de Catalunya*, de la *Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara*, del *Club Alpino Español* y de la *Sociedad Picos de Europa*. Sin olvidarse de esa sección bordelesa del *Club Alpin Français* donde presidía su *Comisión de Toponimia*.

Vamos a situar nuestra historia sobre un marco geográfico específico: cierto *tresmil* un tanto secundario del macizo de Perdiguero-Oô que, por el decir de los geógrafos del siglo XIX, no disponía de nombre. Observemos cómo nuestro *Comte-Courant* y sus compañeros resolvieron algunos bautizos de cumbres del Luchonnais. Por delante, el testimonio del propio Saint-Saud:

"En la parte oriental de los Hautes-Pyrénées, llamada Cailhauas y Clarabide, había entonces, desde el punto de vista topográfico y toponímico, algunas lagunas que colmar, así como errores que rectificar. Resolví colaborar en el estudio que habían emprendido mis colegas, Denis Eydoux, ingeniero de *Ponts et Chaussées* de Tarbes, y el teniente Léon Maury, de guarnición en dicha villa. Del 24 al 31 de julio de 1905, me cité con ellos en la caseta del lago de Cailhauas, junto con mi hija Cécile, quien aprovechó un día de niebla para hacer la primera ascensión al pico de la Belle-Sayette. Por mi parte, instalé el trípode de mi instrumental sobre el Couartaouy, así como sobre el

pico llamado Noir por Russell a falta de otro nombre, y que preferí bautizar en honor de un destacado pirineísta, Maurice Gourdon, quien firmó su primera ascensión. Me planté asimismo sobre la punta Occidental (3.108 metros) del macizo fronterizo de los Gourgs-Blancs, en mitad de la soberbia región de los lagos (*gourgs*, en la lengua de Oc) del mismo nombre, que tendría que recorrer en todos los sentidos [...].

“En 1906, acudí con mis hijas para acampar durante una semana en el lago de Pouchergues. Realicé mediciones en torno a esta hermosa extensión de agua dominada por el circo de Clarabide, sobre el verdadero pic Pétard en Aygues Tortes, sobre el pic de Legnes, sobre el Occidental de los Gourgs-Blancs, sobre la punta denominada Camboué (3.044 metros), en el extremo de la cresta que se suelda a la de los Gourgs-Blancs y que se alza hacia el norte. En tanto que yo trabajaba allí durante cerca de tres horas, animé a mis hijas a entrar en España para ir a plantar nuestras botas sobre un pico *inédito* que sobrepasaba los 3.000 metros, alzándose al suroeste de ese collado no utilizado de Pouchergues (2.935 metros). Así se hizo: el pico de la Zeta (3.026 metros; no tenía nombre) se hallaba entre los últimos que aún no habían sido hollados y que sobrepasaban esa cota, tan crítica en los Pirineos, de los 3.000 metros. Aquel día sobre la cresta, cuando descendíamos de la punta Central del pico de los Gourgs-Blancs, pisamos la nieve sobre cimas sin ascender hasta aquella jornada, que sobrepasaban los 3.000 metros. Muy amablemente, los señores Prudent y Maury le dieron mi nombre sin saberlo yo. Además, Prudent me sorprendió regalándome un dibujo suyo realizado a partir de una de mis fotografías. Bajando hacia el campamento, el tiempo se mantenía tan bueno que decidimos servirnos otra *primera*: la de la punta más alta de la Fourche de Clarabide (2.858 metros), compuesta por bloques enormes amontonados de una forma bastante inestable. Dos días después, me instalaba en el puerto de Oô, el cual, de golpe, *perdió* cerca de 100 metros de altitud, pues se le había adjudicado por error 3.002 metros cuando en realidad no tenía sino 2.910 metros aproximadamente”.

Hasta aquí, el catálogo de esos bautizos y *rebautizos* de 1905-1906 planteados en una región tan remota como poco frecuentada. Es de suponer que los guías de Saint-Saud fueron sinceros y le confirmaron que aquellas puntas carecían de nombre previo entre los nativos. Para una nueva recolecta de detalles sobre esta campaña de reconocimiento cartográfico es posible acudir a un trabajo doble de Saint-Saud, referido a “Une semaine au lac de Caillaouas”, que se publicó en los números 57 y 58 del *Bulletin Pyrénéen* de 1906. Sin embargo, resultará más rápida la versión de Léon Maury, servida desde su artículo *obituario* sobre “Le comte de Saint-Saud” (1951):

“En 1902, el conde de Saint-Saud [...] realizó con sus hijas, y conmigo mismo, la primera ascensión del Grand Pic de la Combe de l’Ours (2.870 metros, el 21 de agosto), denominado hoy, gracias a una propuesta de Henri Beraldi, como el pico de Saint-Saud [...]. En 1906 se situó sobre la cresta emplazada entre las montañas de Gourgs-Blancs y de Pouchergues, en una cima alcanzada por primera vez, el año anterior, por Camboué (que es hoy la punta Camboué), de 3.043 metros. Volviendo de allí, pasó por una cima de

3.079 metros en la que era su primera ascensión, y que hoy es la punta de Saint-Saud (8 de agosto)".

Estas declaraciones revelaban la existencia de un segundo vértice *otorgado* (o, mejor dicho, "punta") a nuestro socio de honor. En efecto: de este modo terminó surgiendo otra montaña más que lo iba a recordar, ahora en las proximidades del Pic Long, donde nuestro *Conde-Corredor* pudo firmar en 1902 su *primera* junto a sus hijas y Léon Maury.

Sin embargo, sobre los mapas actuales del *Institut Géographique National*, alguna de estas denominaciones ha desaparecido: se ha recuperado la de "pic de la Coume de l'Ours (2.855 metros)", sin que se aluda en modo alguno a su posible pionero. Dicha montaña, situada justo al este del refugio Packe, ya disponía de nombre. Curiosamente, el vecino del pico que nos ocupa es el hoy designado como "pic Prudent (2.787 metros)", pues los cartógrafos franceses eliminaron el nombre de Aymar de Saint-Saud, pero conservaron el de su amigo, el topógrafo militar Ferdinand Prudent.

Ahora recurriremos a una visión española de esta crónica enrevesada. Para ello, nada como repescar la opinión de José Antonio Odriozola, quien fuera vicepresidente de la UIAA y presidente de la *Federación Española de Montañismo*. En su prólogo para la reedición hispana de la obra maestra de Saint-Saud, titulada *Por los picos de Europa* (1985), aportaba nuevos datos de interés:

"Hacia 1902, [el historiador Henri] Beraldi propuso, y se aceptó, que el Grand Pic de la Combe de l'Ours (2.870 metros) se llamase pico de Saint-Saud. Posteriormente, en 1906, el *Servicio Geográfico del Ejército* francés dio también el nombre de Saint-Saud a la cresta de Cuartaou, entre Cailhaouas y Pouchergues, formada por tres cimas de 3.055, 3.060 y 3.075 metros. Finalmente en España, en 1967 y a propuesta de la *Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara*, se denominó Risco de Saint-Saud a la aguda punta que se destaca al noreste de la Torre de Cerredo, en Picos de Europa, entre ella y la cima que el propio Saint-Saud había bautizado como Torre Labrousche".

Así pues, resulta que también existe un resalte dedicado a Saint-Saud en *Picos*. Por lo que revela el mapa de *Alpina* de 1991, se trata de un topónimo aún en activo, junto con el de otros colegas pioneros como Labrousche, Pidal, Del Prado, Coello o Delgado Úbeda. Aunque solo permanezcan sobre las cartas cuatro de ellos.

Con sus actuales tres picos pirenaicos y el risco de Saint-Saud en los Picos de Europa, este socio de honor resulta el más popular de los nuestros. Al menos, sobre los mapas. Desde luego que celebramos que se respeten las tradiciones de nuestro colectivo. Otra asunto muy distinto es el confusionismo que puede ocasionar un baile de nombres sobre los mapas montañeros.

2.02. Un dosmil para Raymond d'Espouy

En nuestro gremio, pocas veces se respetan los deseos de quienes no siguen entre los vivos. Son decisiones que se toman con la mejor voluntad del mundo, pues en la mente de los *homenajeadores* prima su intención de recordar al desaparecido. Por no hablar de la verdadera opinión de esa persona

a la que, pongamos el caso, se quiere dedicar un peñasco: el clásico interrogante para el que jamás se dispondrá de respuesta.

Sin ánimo de polemizar a costa de nadie, se podría incluir en este mismo listado los nombres de dos reputados pirineístas como Jean Arlaud o Raymond d'Espouy. Ambos, amigos pertenecientes a la más que destacada sección del *Club Alpin Français* de Toulouse conocida como *Groupe des Jeunes*. Ambos, con un historial escalador envidiable, trayectoria cultural potente y personalidad de primer orden que los hacen ingresar de pleno derecho entre las eminencias de leyenda de nuestra cordillera. Ambos, poco o nada partidarios de dar el nombre de pirineístas a los accidentes importantes, terreno este en el que sostenían criterios estrictamente geográficos; máxime, si las montañas disponían de designación con anterioridad. Al menos, es lo que sostenían en su fase de madurez, que algún *pecadillo de juventud* que cometieron...

Por desgracia para la comunidad pirineísta, tanto Jean Arlaud como Raymond d'Espouy fallecieron de forma prematura en sendos accidentes de montaña. Veamos qué aconteció a partir de sus desafortunados finales... En lo que se refiere a Arlaud, la pérdida se produjo un 24 de julio de 1938, mientras se entrenaba para la Segunda Expedición Francesa al Himalaya que iba a tener lugar al año siguiente. Así, cuando escalaba desencordado junto a Georges Camps y René Prada sobre las fáciles paredes suroccidentales de los Gourgs-Blancs, al galo se le desprendió la roca a la que se aferraba, arrastrándolo en una caída en dos tiempos de cuatro y ochenta metros. El lugar del accidente quedó marcado con exactitud por Prada: a ciento cincuenta metros de recorrido por la cresta Oeste. Recuperar el cuerpo planteó algún problema, pues España se hallaba envuelta por entonces en una Guerra Civil: al día siguiente del suceso, se trajo de vuelta a Francia para que pudiese ser velado en el salón de su domicilio en Toulouse, el célebre *Vallon Blue* de Salenques, y, seguidamente, enterrado con toda pompa en el Cementerio Pirineísta de Gavarnie.

La desaparición de Arlaud fue muy llorada por toda la familia montañera, incluyendo a su rama hispana. No en vano, este médico había establecido sólidos vínculos con los habitantes de la vertiente sur de la cordillera. Sobre todo, con los escaladores barceloneses..., sin olvidarnos de los Sayó de Benasque ni de los Fanlo de Sallent. ¿Qué se hizo, pues, para perpetuar su recuerdo? Entre otras iniciativas, el 10 de septiembre de 1938, cinco amigos suyos trataron de llevar hasta el lugar exacto de su caída una cruz de hierro, pero el mal tiempo hizo que tuvieran que dejarla sobre la cima de los Gourgs-Blancs, donde al día siguiente se celebraría una misa multitudinaria. Y lo que iba a ser una ubicación provisional, quedó como definitiva. Al menos, hasta su destrucción por los elementos, ya en los años noventa.

La polémica saltó enseguida... Así, en la Asamblea del *Groupe des Jeunes* del 30 de mayo de 1948, se decidió darle el nombre de Arlaud a cierta cumbre de 3.065 metros que, por cuenta de un *bautizo geográfico* de Russell, ya se denominaba en los planos y guías montañeros como *pico del puerto de Oô*. El tono del manifiesto consiguiente llamaría hoy mucho la atención:

“Considerando por un lado que el nombre de Jean Arlaud, cuya vida entera ha sido consagrada a la montaña y más particularmente a los Pirineos, debe ser otorgado a un pico de 3.000 metros como lo fue con sus vencedores; considerando por otra parte que el pico del puerto de Oô tiene un nombre cuya determinación no parece necesario para la toponimia pirenaica; considerando, finalmente, que el pico del puerto de Oô, a menudo visitado por Arlaud, está situado cerca del lugar de su accidente mortal en una región donde ejerció especialmente sus actividades y donde sus amigos tendrán ocasión de encontrarse con frecuencia”.

En aquella decisiva jornada, no se hallaba presente en Toulouse Raymond d'Espouy, uno de los mejores camaradas de Jean Arlaud, quien consideró como “poco acertado” el referido *rebautizo*. Tanto él como otras destacadas figuras del *GDJ*, hubieran preferido dar su nombre a un vértice cercano de 3.108 metros, entonces anónimo, que algunos años después terminó siendo designado como punta de Lourde-Rocheblave. Todo menos despojar de su designación a una cima para *colgarle* otra con nombre y apellidos. Es más: desde el *Institut Géographique National*, un *peso pesado* de la cartografía como Maurice Heïd se mostró contrario a la iniciativa de los fieles de Arlaud. También resultó negativo el informe del jefe de servicio, el general Marcel Barrère. Parecía que tal nominación iba a quedar en agua de borrajas, pero...

En 1953 una guía del Luchonnais de André Armengaud y François Comet, de forma unilateral, insertó entre sus páginas el novedoso “*Pic Jean Arlaud*”. Desde allí pasaría al pliego a 1:50.000 del *Institut Géographique National* de 1955 como “*Pic du Port d'Oô ou Pic Jean Arlaud*”. En 1980, era el *Mapa Militar de España* en su hoja de *Bosost*, quien introducía la doble designación... Esta cadena de acontecimientos generó ríos de tinta, recogiendo voces a favor y en contra. Sobre 1988, un compañero de Jean Arlaud como Jean-Victor Parant, proclamaba que “aunque no hubo ceremonias oficiales ni declaraciones de las autoridades competentes, esta causa parece que fue bien entendida y que, con todos los derechos, el pico del puerto de Oô se llama pico Jean Arlaud”. Se equivocaba: hacia 1996, este prestigioso pirineísta todavía buscaba amparo de las críticas alegando que, con el homenaje toponímico, “no hemos cometido ningún sacrilegio”, mientras aseguraba que su nombre anterior “no estaba del todo asentado”. Esto último, a pesar de que ya lo habían empleado desde Henry Russell hasta Pierre Soubiron, y desde Georges Ledormeur hasta Ramón de Semir. Nombres importantes dentro del pirineísmo.

En estos momentos, nuestra montaña se ha conservado como tal en estos pliegos recientes:

Institut Géographique National, en la hoja “*Bagnères-de-Luchon*” a 1:25.000 de escala: “*Pic du Port d'Oô, Pic Jean Arlaud*” (1991).

Randonées Pyrénéennes, en la hoja “*Luchon*” a 1:50.000 de escala: “*Pic du Port d'Oô ou Pic Jean Arlaud*” (1991).

Editorial Pirineo, en la hoja “*Benasque-Ball de Benás*” a 1:40.000 de escala: “*Jean Arlaud*” (1997).

Sua Edizioak, en la hoja "Benasque" a 1:35.000 de escala: "Arlaud" (2000).

Ediciones Alpina, en la hoja "Parque Natural Posets-Maladeta Valle de Benasque" a 1:40.000 de escala: "Pico Jean Arlaud" (2000).

Rando Éditions e Institut Cartogràfic de Catalunya, en la hoja "Aneto-Posets" a 1:50.000 de escala: "Tuca de Ol (pic Jean Arlaud)" (2001).

Prames, en la hoja "Pirineo aragonés: Benasque-Chistau-Perdiguero-Posets-Bachimala-Eristes" a 1:25.000: "Pico de Oô (Jean Arlaud)" (2001).

Se puede completar esta entrada sobre Jean Arlaud con un simple apunte: su camarada Raymond d'Espouy, muerto el 20 de febrero de 1955 por una avalancha en el valle de la Fraïche, terminó disponiendo de una cima en su honor al norte del Cotiella. Esta vez, a través de una iniciativa que se originó en Cataluña, gestionada desde la *Federación Española de Montañismo* con el beneplácito de las entidades y clubs deportivos locales. Muy en especial, de la entonces Delegación de Barbastro de *Montañeros de Aragón*. Dicho pico, al parecer, ya disponía de nombre: "pico de las Brujas", "de las Bruixas" o "de Armeña".

En fin: quien desee hacerse una opinión sobre estas cuestiones, aquí tiene un esbozo con los datos significativos. En toponimia, cuando uno cree que conoce mejor de un asunto, es cuando le suelen asaltar mayores dudas.

2.03. El Conde y su porrón

Es posible que no exista un oficio más apasionante que el de alzar mapas de regiones misteriosas. Acaso no haya un trabajo más bonito que el de llenar con trazos de tinta los espacios en blanco para representar montañas, torrentes y glaciares... Entre todas las aventuras cartográficas del Pirineo de ayer, acaso una de las más apasionantes sea la exploración de los confines de Lleida y Andorra en el siglo XIX. Para muchos, una cuestión con un interés añadido: esta dura tarea la remató cierto bordelés que fue considerado como el representante oficioso del montañismo hispano. Me refiero a Aymar d'Arlot, primero barón y después conde de Saint-Saud. A quien se le reserva un aprecio especial al sur de la divisoria, pues ingresó en diversas entidades deportivas de Barcelona, Madrid, Zaragoza..., e incluso de *Picos*. En cierto modo, fue uno de los nuestros.

Las cartas del *País del Pirineo* le deben mucho a quien fuera apodado como *Comte-Courant*. Un aristócrata muy alejado de las orillas de ese Atlántico donde moraba. Para aclarar sus objetivos habrá que recurrir al Tomo IV (1901) de los *Cent ans aux Pyrénées* del historiador Henri Beraldi:

"Quiere [Saint-Saud] entrar en la *Pléyade* [de exploradores pirenaicos] y que su nombre pase a la historia del descubrimiento de los Pirineos españoles... Flemático, mete la mano en las Sierras. Una determinación geográficamente necesaria: es preciso que los Pirineos sean conocidos y cartografiados desde la llanura francesa hasta la española [...]. Partirá con un barómetro y una aliada, su voluntad tenaz, potentes recomendaciones obtenidas en Madrid desde el *Ministerio de Gobernación* e incluso un talismán:

cierto documento supremo, la Orden Real, cuya simple visión petrificaba a los guardias civiles más desconfiados y a los aduaneros más duros”.

Es una curiosa declaración de intenciones que el propio Saint-Saud fue confirmando a retazos. Así, desde los autobiográficos *Cinquante ans d'excursions et d'études dans les Pyrénées espagnoles et françaises* (1924), esto comentaba nuestro “petrificador de Guardias Civiles” en lo referente a su incursión por Huesca de 1881:

“Uno de mis amigos de Madrid estaba aquel año en los Baños de Panticosa. El Presidente del Consejo de Ministros, el señor Sagasta, también se hallaba allí. Como me hizo el honor de interesarse por mis estudios, terminé siéndole presentado”.

Gracias a estos inmejorables contactos, este futuro socio de honor de *Montañeros* podría recurrir a fuentes hispanas para buscar rastros de sus predecesores en las campañas cartográficas de finales del siglo XVIII:

“Deberían existir documentos en España... La región a la que estos estudios conciernen todavía es poco conocida. En junio de 1911, comencé estas búsquedas en Madrid y, gracias a un amigo mío que era general, pude encontrar allí algunos detalles útiles y curiosos de la Comisión de Delimitación de 1784-1792”.

No nos desviaremos más de los decorados del Pirineo Oriental. Regresemos a 1883 para observar el ingreso de Saint-Saud en las operaciones cartográficas galas emprendidas por Aragón, Cataluña y Andorra:

“¡Me sentía tan feliz por poder contribuir al estudio de los Pirineos españoles! El comandante Prudent no me imponía nada, ipero sabía insinuar muy bien sus deseos! En ocasiones venía a trabajar conmigo a La Valouze. Una o dos veces al año, yo acudía a París, y allí, en el despacho de este amable oficial, trabajaba desde la mañana hasta la noche [...]. Sus superiores, los generales Perrier, Bertaut, Derrécagaix y De la Noé, recogían y animaban mis estudios. En Madrid eran vistos con buenos ojos, especialmente por el coronel Coello, presidente de la *Sociedad Geográfica*. Por ello me vi forzado a olvidarme de los Pirineos franceses”.

Las dos campañas de Saint-Saud en torno a Andorra pueden rastrearse a la perfección desde sus *Cinquante ans* (1924), donde serviría un resumen del trascendental verano de 1886:

“Ciertas tomas de ángulos del año anterior hacían sospechar al comandante Prudent que en la frontera del Ariège existía un pico acotado hasta entonces con 2.762 metros que podía superar los 2.900 metros. No necesitó más para picar mi curiosidad y que acudiera allí a finales de julio. Utilizando las cabañas de pastores del fondo del valle de la Socarana, algunas muy poco confortables, pude comenzar el estudio de la frontera occidental de Andorra: los picos de Arcalís (2.777 metros), donde hice una *primera ascensión*, y del Comapedrosa (2.939 metros), la Cúspide de Andorra. Aporté datos precisos del punto de unión de las fronteras de Francia, España y Andorra en la zona de los picos de Recofred, de Medacorba y de Roca Entravessada, el verdadero punto de soldadura (una zona de alta montaña que no figuraba en el *Mapa del Estado Mayor* a 1:80.000), que luego sería

escrutado a fondo por el vizconde de Ussel, muerto por Francia lo mismo que el señor Huot, quien se me añadiría en aquella ocasión. Mi trabajo sobre el terreno dio algunas hectáreas más a Francia, colocando la frontera un poco más al sudoeste de lo que indicaban los mapas y determinando el lugar real de esa Pica Roja de Socarana de la que hablaba al principio [...].

“El 28 de julio, el señor Huot y yo ingresamos en Andorra por el Comapedrosa y después volvimos a España para dormir en Tor. No solamente estudiamos esta región poco conocida, él desde esos picos de Saloria y de Alins, y yo desde el de Setúria (2.517 metros), sino que también determinamos sobre el terreno el lugar por donde pasaba la frontera hispano-andorrana. Según se nos dijo constantemente, desde allí hasta la Seu d’Urgell: *Nosotros, los del país, conocemos dónde quedan los límites, pero los ignoran los delegados oficiales y también los carabineros...* Desde la villa episcopal de la Seu d’Urgell, acudiríamos de nuevo a la frontera andorrana del Puig de Monturull (2.759 metros). Tras dormir en Bescaran, tomamos como guía al viejo Joan Albos. En su casa, había respondido con seguridad a mis preguntas. Además, su avanzada edad me hizo creer que dominaba la geografía de su parroquia. Pero, al cabo de una hora de marcha, me di cuenta de que no conocía los senderos. ¡Cuántas veces más me iba a suceder algo igual de desagradable! Estas encuestas toponímicas eran siempre delicadas y difíciles. Solían comenzar por la tarde, una vez se ha finalizado el trabajo y tras terminar la sopa: en torno a la mesa y con el inevitable porrón para humedecer las gargantas reseca por esas discusiones corteses, concernientes a las montañas y ríos vecinos, en las que a menudo tomaban parte todos los vecinos. Con frecuencia, uno debía de coger al vuelo un nombre, adivinando, en el curso de la discusión, dónde radicaba la verdad”.

La sinopsis de Saint-Saud sabe a poco. Sobre todo en lo referente a las excelencias del vino para obtener informes fidedignos... Por fortuna, existe un relato más extenso y redactado *en caliente*: su artículo sobre “Ariège, Andorre et Catalogne” para el *Annuaire du CAF* de 1886 (1887), donde acudiremos para conocer los pormenores concernientes a su incursión rumbo al *País del Pirineo*. Dicha campaña arrancararía el 22 de julio de 1886 desde Vicdessos. El grupo del bordelés lo completaba su amigo Vidal, un tal Rogalle y cierto guía de Marc llamado Dandine-Sépou. Este último, contratado por dominar los recovecos de la frontera entre Andorra y Cataluña. Nuestro cuarteto se dirigiría hacia las cimas del Montcalm y de la Pica d’Estats, para seguidamente estudiar las montañas que rodeaban las vegas de los Valiras. A la par, sus más discretos colegas, Franz Schrader y Victor Huot, recorrían la raya norte andorrana..., un tanto estorbados por el mal tiempo. No iba a ser éste el único impedimento de nuestros *creadores de mapas*. Saint-Saud insinuó el rebrote de ciertos problemas políticos: “Por razones que no voy a indicar, me recomendaron que no bajara a los valles andorranos”. Más adelante, el *Conde Corredor* expresaba su “temor ante la introducción de armas por los Carlistas, que aquel año obligó a medidas de precaución extraordinarias”.

Desde el *Butlletí de la Associació d’Excursións Catalana* de octubre de 1886, valoró los percances de su “Excursió a la frontera occidental d’Andorra”

de un modo más gracioso, pues "hicimos votos de no bajar a los valles de Andorra siguiendo ese dicho francés que dice que no hay que despertar sin motivo a un gato cuando duerme; y subir hasta una cima fronteriza no ofrecía peligro alguno".

Nuestros prudentes eruditos venían con los deberes hechos. Tras atisbar desde la Pica d'Estats los vértices limítrofes con Lleida adecuados para analizar la orografía de Andorra, emprendieron su tanda de ascensiones un 25 de julio de 1886. La parte más dura de este reconocimiento cartográfico se iniciaría a partir del port de Rat (2.537 metros):

"A la derecha del collado, en el extremo de una cresta afilada, se alzaba ese pic d'Arcalís cuya escalada queríamos tentar. No presentó verdaderas dificultades. Desde la Coma del Furat, fue preciso abordar dicho pico virando algo hacia el sur, sin tomar la cresta que lo conectaba con la frontera. Sobre el Puig d'Arcalís (2.777 metros), estuve desde las 8:00 hasta las 13:00 h, descansando solo una hora, pues sus extensas vistas me dieron mucho trabajo. Una gran porción de Andorra quedaba a nuestros pies: al norte, la frontera entre Francia y esta República minúscula se alzaba imponente y muy elevada, con los picos de Tristanya o Tristaina, del port de Siguer, el de Serrera y la cresta de la cuenca lacustre que lo separa de Arcalís. La Valira del Nord corría por la base del pico, entre roquedos tan sombríos como sus bosques de abetos que bañaban los torrentes. El silencio de estas soledades no se veía interrumpido sino por la monótona queja de la gaita de un cabrero. Bajamos por otro lugar, pasando por el valle alto de l'Angonella o Nangonella, que separaba el cañón de Arcalís del de Pla. Se veían algunos lagos. Después, a través de una brecha elevada a 2.753 metros [¿el port de l'Angonella?], abierta entre los picos de l'Angonella y de Cataperdís, desembocamos en Francia a través de unas laderas de guijarros y nieve".

Con bastante probabilidad se trataba de una *primera documentada* a otro gran resalte del Pirineo Oriental. Por parte de quien, no se olvide, sería un socio de honor de *Montañeros de Aragón*.

Tras completar algunas ascensiones por la Vall Ferrera, Saint-Saud volvía la vista hacia la muga andorrana. El 27 de julio espía su orografía desde el pic d'Escorbes para situar sus próximos objetivos. De forma muy especial le interesaba el pic de Comapedrosa. Lo visitó al día siguiente junto a Victor Huot, deseoso por desvelar sus penúltimos enigmas:

"Desde lo alto de esos picos que había ascendido durante las jornadas previas, traté de descubrir los accesos de una montaña misteriosa a la que dábamos una cierta importancia para el conjunto de nuestros trabajos cartográficos. Lequeutre fracasó en su ascensión de 1877 por una extraña fatalidad: aunque creyó y sostuvo lo contrario, arribando por los pastos de Boet no se iba por el buen camino. El Puig de la Comapedrosa se hallaba al final del valle de Vall-Ayguá o Baiá: abordarlo por el de Tor conduciría a una pérdida. Pero como este pico enteramente en Andorra no era visible desde el sendero de Àreu al port de Boet, y no se distinguía sino con dificultad desde las crestas españolas o francesas que sobrepasaban los 2.900 metros, hasta aquel día no había sido reseñada su presencia. Nuestra ascensión resultó penosa. El

terreno consistía en una pedriza muy inclinada donde se bajaban dos pasos por cada tres que se ascendían. Las rocas oscilantes a lo largo de sus paredes amenazaban con caer en cualquier momento. Nunca olvidaré lo cerca que estuve de resultar aplastado por una de ellas: cuando pretendía buscar un punto de apoyo, mi mano desgajó una roca y apenas tuve sino el reflejo de sujetarla mientras lanzaba un grito angustiado, pensando en que sería imposible impulsarme de costado. Rogalle retrocedió, se suspendió y sostuvo la roca desde arriba. De haber estado solo, el bloque me hubiera machacado. Durante el resto del día, estuve bajo los efectos del susto. Finalmente, alcanzamos por un corredor estrecho la frontera que separaba España de Andorra. Llamamos a esta brecha Portella de Baiau (2.757 metros), dado que, presumiblemente, nadie la había atravesado antes. A la izquierda y enfrente, se alzaba la masa imponente del Comapedrosa. Alcanzamos su cima superior (2.939 metros): eran ya cerca de las 12:00 h, y habíamos salido de la cabaña de Socalma antes de las 6:00 h [...]. El panorama se mostró espléndido, con vistas que se extendían por la lejanía. Ni una cima de Andorra se escapaba a nuestros ojos: todos los *Valles y Soberanías* [de Andorra] se ocultaban en gargantas oscuras, tan salvajes como sus habitantes”.

La gran montaña había estado cerca de ganar una tétrica celebridad como tumba de un pirineísta notable. Saint-Saud se había encaramado al pic de Comapedrosa con intención de aclarar alguna de las confusiones que hasta entonces habían envuelto entre brumas sus laderas poco frecuentadas:

“Hacía tiempo que conocía por el nombre a dicho pico. El señor Lequeutre fracasó en 1877 durante su ascensión, y nuestros consocios [de la *Associació d'Excursions Catalana*], los señores De Monts y Gourdon, lo subieron el 18 de septiembre de 1878 el primero, y en 1882 el segundo. Puede decirse que eso era todo cuanto sabía. Su altitud oscilaba entre los 2.800 y los 3.000 metros. Gourdon afirmaba que se hallaba enteramente en Andorra (hablando geográficamente, estaba en lo cierto), mientras que el Tratado oficial de límites entre Andorra y España hacía pasar por él la frontera (políticamente hablando, también el Tratado podía tener razón). Efectivamente; en este Tratado de límites había anomalías verdaderamente inexplicables y errores de bulto [...]. En una palabra: el pic de Comapedrosa existía, pero ¿dónde estaba?”.

Desde aquel 28 de julio de 1886, dicha cúspide iba a quedar perfectamente situada. Sin embargo, lo más descollante en la campaña del cartógrafo de Burdeos acaso se desarrollara a partir del 30 de julio y por las sinuosidades en torno al Puig de Setúria (2.517 metros). En Tor, los franceses habían podido reforzarse con el guía andorrano Luis Morante. Todo un acierto, pues éste les iba a mostrar “bastantes cosas interesantes” relativas a la frontera entre Andorra y Lleida. Aun con todo, no fue un *camino de rosas*: cuando el ahora quinteto regresaba a tierras leridanas por la Coma de Setúria, tendrían que airear la famosa Orden Real ante unos celosos carabineros...

Desde el pueblecito hispano de Os de Civís, la caravana abordó un estrecho desfiladero por donde discurría la sendita hasta Sant Julià de Lòria, siguiendo el costado de la Serra d'Enclar, para atravesar el coll de Laquell

(2.162 metros) antes de irrumpir en Civís. El 31 de julio, el mal tiempo limitó sus actividades a cobrar la cresta divisoria con la nación pirenaica por el Bony de la Caubera (2.051 metros). Las nubes no fueron tan permisivas como los carabineros: "Nos hallábamnos en el extremo suroeste de Andorra, sobre su misma frontera, y no pudimos avistar sino algún punto próximo de esta porción de la pequeña República". Se impuso así el descenso a Civís por la collada de Canòlic (1.901 metros).

Con el arranque del mes de agosto de 1886, Aymar de Saint-Saud se estacionaba en el pueblecito de Bescaran, indagando entre los nativos "la situación de los puntos culminantes de la cadena vecina". Es de suponer que tirando de porrón... Ante el fracaso de estos *métodos indirectos*, solo restaba el recurso de contratar a un guía nativo y dirigirse hacia la divisoria de la Serra del Port Negre. A pesar de los despistes, ganaron en cinco horas el collado del mismo nombre, antes de asaltar una montaña próxima:

"Trepamos hasta un resalte vecino hacia el este desde donde hubiésemos tenido que disfrutar de vistas sobre toda Andorra. Pero, más al este todavía, nos dominaba un elevado pitón que pronto ascendimos, para ganar, más al este aún, otra punta que nos sobrepasaba. Sobre esta amplia cima con forma de colina redondeada, a la que el guía Joan [Albos] nunca había subido, que supuso el Turó o la Gargantilla del Reco aunque más adelante supe que se llamaba el Puig de Monturrull (2.759 metros), instalamos con rapidez nuestros instrumentos. Eran las 12:00 h y no había tiempo que perder. ¡Qué vistas tan inmensas! Ni una sola de las puntas de Andorra quedaba oculta: todas las montañas se apreciaban [...]. El Puig de Monturrull era, sin embargo, el punto más elevado de la porción occidental de esa masa enorme que separaba España del sur de Andorra. Sus tres torretas de piedras indicaban que conformaba la frontera. Al nordeste y muy próximo, aunque menos elevado que el Monturrull, se veía el pico de la Truita (2.752 metros), entre dos collados, uno de ellos el de Perafita (2.573 metros), que como su nombre indicaba, discurría entre dos rocas abruptas".

El Puig de Monturrull era el punto de confluencia donde Schrader y Saint-Saud finalizaron las respectivas exploraciones. El verano de 1886 no iba a dar para más. Las montañas del flanco occidental y meridional de la muga andorrano-leridana iban a surgir de su anonimato para la gente del llano. Que no para esos nativos que la recorrían con objeto de cazar o cruzar mercancías por los puertos.

Los datos recolectados por nuestro *Comte-Courant* tuvieron buen destino. Así, el *Butlletí de la Associació d'Excursións Catalana* de enero de 1887 publicó una carta suya a Ramon Arabia i Solanas donde aclaraba este particular:

"Acabo de llegar de París, donde he trabajado algunos días con los señores Prudent y Schrader, situando las estaciones de triangulación de nuestra última excursión y, como entonces no tenía calculadas las altitudes exactas, os envío la lista de las consignadas en el referido artículo: Puig d'Arcalís, 2.780 metros [hoy, 2.777 metros], port de Rat, 2.525 metros [hoy, 2.537 metros]..., Puig de la Comapedrosa, 2.946 metros [hoy, 2.939 metros]".

La orografía de estas montañas andorrano-leridanas había quedado prácticamente resuelta. No obstante, a tenor de lo afirmado en sus *Cinquante ans* (1924), nuestro voluntarioso *amateur* tendría que volver en 1887 para despejar las últimas dudas pendientes:

“Mi campaña tuvo como primera meta un estudio sumario de la frontera meridional de Andorra. He de recordar que mis excursiones no tenían otro objeto que aportar mi contribución al mapa de los Pirineos españoles. No tenía otra cosa que hacer. Mas no fue posible ascender la Tossa Plana de Lles (2.916 metros) por causa de la nieve [...]. Volví a Bescaran y allí contraté a otro guía diferente a Albos para ir al río Runer y estudiar la cuestión de aquella zona tan especial de la frontera... No creo que, desde entonces, los puntos en litigio hayan sido objeto de exámenes oficiales. Pero que nadie diga que eso son *las cosas de España*, pues Francia, por cuenta de su soberanía compartida, tendría cierto *derecho de revisión*”.

Los importantes nexos del conde de Saint-Saud con el montañismo catalán permiten obtener algún dato más de esta suerte de campaña *de punto final*. El *Butlletí de la Associació d'Excursións Catalana* de octubre-noviembre de 1887 no dejó de reseñar su “Excursió topográfica en los Pyrineus catalans”. En esta ocasión, el bordelés dijo arribar con una doble meta:

“Se ha escrito tanto sobre este pequeño Estado, a menudo con tantas exageraciones como verdades, que me pregunto qué más iba a aportarme. Después de haber hecho mis buenas marchas para situar su frontera, tras haber explorado desde la mira del eclímetro sus montañas y torrentes, tenía deseos de atravesarlo para saber cómo eran sus pueblos”.

Saint-Saud se había decidido a emprender un reconocimiento turístico del *País del Pirineo*. De su rico anecdotario, extraeremos solo pequeñas muestras. Así, el 19 de junio de 1887, una tormenta lo sorprendía en Santa Coloma. Refugiado en su iglesia junto a unos nativos, nuestro cartógrafo quiso practicar idiomas con ellos:

“Pude pasar dos horas conversando con unos niños. Hace dos días, no me hubiera atrevido a decir una sola palabra en catalán, pero hoy lo hablo un poco, añadiendo palabras en castellano o en gascón cuando no las conozco. Lo más gracioso es que así me entienden”.

Estos *estíos laborales* de Saint-Saud por el Pirineo Oriental trasladaron hasta París los tesoros de sus cuadernos de notas: fotos, croquis, ángulos y altitudes. En el caso que nos ocupa, contenían las imágenes circulares y reseñas de sus *estaciones* con el orógrafo.

Por un lado, Ferdinand Prudent publicó en 1892 un mapa de la “République d'Andorre”. Por el otro, en 1900 se presentaba la carta de Andorra a 1:50.000 de escala para la Exposición Universal de París, firmada por Franz Schrader, quien no dejó de destacar el concurso de sus colaboradores Aymar de Saint-Saud y Victor Huot. Dicho pliego fue simplificado y reducido para los mapas que, en lo sucesivo, iban a emplear los *Ministerios de la Guerra y del Interior* galos. Sin embargo, el trabajo original nunca se editó.

No sería la última producción en esta encrucijada de nuestra cordillera. En 1912, Schrader tiraba una nueva versión a partir del material recogido para

Francia y Andorra por el *Dépot de la Guerre*, que daría lugar a otra adaptación a escala 1:800.000, dieciséis añadas después. Para las zonas limítrofes con la española, el erudito recurriría a sus propias mediciones, reforzadas por las de su paisano Saint-Saud. Ni que decir tiene, todos estos pliegos fueron vertidos con generosidad en las *Guides Joanne* y *Atlas* de la casa parisina *Hachette*...

El Pirineo Oriental mostraba a la luz del día sus curvas de nivel para presumir de altas cotas. Tal fue el legado de los *fabricantes de mapas* decimonónicos como Prudent, Lequeutre, Gourdon, Belloc, Schrader o Huot. También como nuestro Saint-Saud, quien a veces a golpe de porrón fue revelando los penúltimos secretos de estas montañas entre Andorra y Lleida.

2.04. Conquista del último tresmil del Pirineo

Tradicionalmente se consideraba que la cumbre pirenaica con más de 3.000 metros de altura que mayor tiempo permaneció sin ser ascendida, fue el pico de Le Bondidier. Dicho sea con pocas ganas de entrar en debates sobre si hablamos de una montaña *indiscutible* y con cierta entidad, se entiende.

El vértice que hoy nos ocupa, a pesar de su situación individualizada como atalaya sobre el ibón de Cregüeña, demostró ser un *discreto empedernido*. Durante lustros, de poco le sirvieron los 3.146 metros de su cota... Menos aún el hecho de que su silueta granítica se percibiese desde la vega del Ésera cuando se oteaba desde la entrada al valle de Cregüeña... Solo con las primeras añadas del siglo XX, algún pirineísta de enjundia se acercó hasta las inmediaciones de este picacho en apariencia olvidado. Curiosamente, un futuro socio de *Montañeros de Aragón*...

Louis Le Bondidier se dejó ver por esta parcela de los *Montes Malditos* el 6 de agosto de 1905. Aunque tal vez no fuera el primero en rozar las paredes de nuestro *tresmil*, al menos detalló sus peripecias por los flancos septentrionales del cuenco de Cregüeña desde un libro que tituló: *Un mois sous la tente dans les Pyrénées catalanes et aragonaises* (1907). Si se curioseá entre las líneas dedicadas a tan densa jornada, se descubrirá un hecho verdaderamente chocante.

Le Bondidier partiría para su *raid* desde la base de operaciones que había establecido en la cabaña de Ribereta en Ballibierna. Su grupo, que completaban Louis Camboué y Jean-Marie Sansuc, se puso en movimiento a las 5:10 h, cuando el terreno estaba todavía helado y crujía bajo sus botas claveteadas. Dejaremos los preliminares de esta marcha, para situar a nuestros galos frente a los objetivos que deseaban asaltar:

“A las 7:55 h alcanzamos el collado de Cregüeña. La helada había recubierto el lago con una capa delgada de hielo. Después de una travesía por unas pérfidas pedrizas recubiertas de nieve fresca donde no se sabía dónde se ponía el pie, pasamos bajo el glaciar de la Maladeta. A las 10:05 h llegamos al lago Cordier [o ibón de la Maladeta, de 2.960 metros]. Era un lugar salvaje. Muy pocos pirineístas habían visto dicho laguito. ¿Cuántos habrán tocado sus hielos? Lo contorneamos por la derecha, sobre unos bloques enormes. Era una gimnasia tan larga como fastidiosa: había que bajar al fondo de los hoyos para, con frecuencia, volver a subir a fuerza de brazos y caminar sobre filos de

granito. A las 10:55 h alcanzamos el collado desde el que se veían los picos de Alba: lo llamamos collado Cordier [3.121 metros] para identificarlo. Los picos de Alba se hallaban en el programa de aquella jornada, pero al final renunciamos a ellos, pues quedaban muy lejos [...]. A las 11:20 h estábamos sobre el segundo pico Occidental de la Maladeta [o pico Sayó (3.211 metros)], desde donde pasamos, tras veinticinco minutos de cresta, al primer pico Occidental [o pico Cordier (3.263 metros)]. Aquello no fue sino un juego”.

Seguro que más de uno se habrá dado cuenta: quienes conozcan bien el sector de Cregüeña o hayan seguido el itinerario con ayuda de un plano de los *Montes Malditos*, sabrán que Louis Le Bondidier se quedó justo al lado del futuro pico de Le Bondidier. Estuvo poco menos que rozándolo entre las 10:55 y las 11:20 h. Y eso que dicho peñón resultaba muy aparente desde el collado Cordier o conforme se trepaba hacia el Segundo Occidental. Pero nuestro erudito consocio, al parecer, ni lo olió... Acaso le diera mala espina esa cresta desgajada que lo conectaba con el collado Cordier. Por ello, puede resultar interesante valorar si Le Bondidier tenía capacidad para abordar la ruta norteña al *tresmil* que terminó luciendo su apellido a partir del curioso entre los párrafos donde explica cómo discurrió el resto de sus trepadas por el espinazo de los *Montes Malditos*:

“Quedaba por hacer la Maladeta [Oriental (3.308 metros)]. Para llegar allí, el itinerario fácil hubiera consistido en descender por los guijarros hasta el collado Cordier y remontar en diagonal el glaciar. Pero eso hubiera sido largo y era ya tarde. Para evitar el rodeo, decidimos tomar las chimeneas que se abrían por debajo de nuestra posición y bajar directamente al glaciar. Era una diferencia de nivel de un centenar de metros.

“La primera chimenea nos pareció buena al principio pero, ante su escasez de presas, la tuvimos que dejar para tomar una segunda, que resultó mala, y finalmente una tercera, que fue peor. Terminamos formando los tres en una columna, casi vertical. Situado en medio, podía ver entre mis pies el círculo de la boina de Sansuc y, delante de mi nariz, podía contar los clavos de las suelas de las botas de Camboué: una caída de este último nos hubiera arrastrado a los dos. Las presas eran muy sólidas, aunque tan minúsculas como escasas. Por suerte, en este granito no se movía ningún bloque. Nos brindó una última facilidad: las paredes de la canal estaban tan próximas que permitían cierta maniobra que podría describirse así:

“Primer movimiento: abrir los codos contra los rebordes pulidos y los hombros contra el roquedo, estirar el cuerpo y las piernas hasta que el pie hallase una presa que a veces no tiene más que unos milímetros. ¿Hecho?

“Entonces venía el segundo movimiento: separar las rodillas, pegarlas al roquedo, despegar los codos, replegarse y hacer un ovillo con todo el cuerpo.

“Después se volvía a repetir el primer movimiento. Que era tanto como una suerte de progresión de serpiente mediante constricciones y detenciones sucesivas. Resultaba divertido durante los diez primeros metros. Después, comenzaba a parecer pesado.

“Una vez sobre la parte superior del glaciar, seguimos la base de las paredes de la cresta. Cruzamos el foso ancho de nieve que se interponía

acordándonos de Russell, quien ya lo había señalado, así como de los [hermanos] Cadier, quienes encontraron allí un poco de sombra y frescor. Por la primera chimenea que se nos presentó trepamos hasta la cresta, siguiéndola hasta la cima de la Maladeta (3.312 metros)".

Entonces, si Louis Le Bondidier pasó al lado de *su futura montaña* con capacidad para abordarla, aunque sin siquiera intentar su ascenso, sorprende que esta terminaría recordando su memoria. Para comprender tan inusual apaño, será preciso que acudamos al encuentro de uno de los últimos coleccionistas de *primeras absolutas* de nuestra cordillera como Jean Arlaud, saltando una quincena de añadas en el tiempo...

Hacia el año 1920, el mundillo pirineísta creía completada la fase de conquista de sus cumbres principales: en adelante, los nuevos retos se deberían buscar sobre las aristas y paredes verticales. No todo el mundo se iba a conformar con este dictamen... Pero el escalador Arlaud deseaba tomar parte en los actos finales de la descubierta del Pirineo. Desde bien temprano, había acariciado la idea de ganar alguno de los *tresmiles* que todavía restaban invictos: en el año 1914, apenas ingresado en ambientes montañeros, este joven afincado en Toulouse ya elucubraba sobre si la búsqueda debería realizarse en los Posets, el más salvaje y misterioso de los macizos centrales. Sin embargo, no fue sino a partir de 1919 cuando nuestro médico pudo dedicarse a indagar sobre si quedaban cumbres de más de 3.000 metros que no hubiesen sido holladas por los humanos. Al menos, sin haber sido documentadas.

El doctor Arlaud orientó sus pesquisas iniciales hacia la cresta que unía los Posets con el collado de Chistau o de Estós. Se preguntaba si, tal vez, los Gemelos constituían los *Últimos Tresmiles*? No: aquellos picos ya habían sido ascendidos en 1903 por Georges Ledormeur y Felix Carrive... Otro decorado para sus rastreos fue el sector del collado de la Paúl y de las crestas de Bardamina. Sin embargo, ante la "escasa entidad" que adjudicó a esos picos, sería pronto desestimado... Por un tiempo, el escalador pensó que la Aiguille des Glaciers del Vignemale era ese *tresmil* inédito que tanto codiciaba. También llegó a sospechar de algún resalte en torno al Garmo Negro o al pico de Algás, en la divisoria entre Sallent y Panticosa... Inquieto por una búsqueda que se iba demorando peligrosamente, Jean Arlaud decidió pedir consejo a una de las eminencias del pirineísmo: Louis Le Bondidier, entonces flamante director del *Musée Pyrénéen* de Lourdes. En el mes de junio de 1921, recurría a él para resolver el gran enigma, estableciendo un célebre diálogo:

"-¿Todavía quedan en el Pirineo picos vírgenes de más tres mil metros?

"-Queda uno, que yo sepa: el pico en cuestión está situado al sur del collado Cordier. Es el punto culminante de la cresta perpendicular a la cresta de Maladeta que muere en el lago de Cregüeña, dándole forma de media luna".

La respuesta que le brindó Le Bondidier tendría que incrementar nuestras dudas sobre lo que verdaderamente pudo ocurrir allí en agosto de 1905... Mas no elucubraremos en esa dirección: es preferible acompañar a Arlaud en su búsqueda del *Último Tresmil* del Pirineo, dieciséis añadas después.

Temeroso de que alguien le pisase la primicia, nuestro médico se allegó al ibón de Cregüeña a finales de agosto de 1921. Lo hizo bajo una importante nevada y envuelto entre densas brumas. Como marchaba en el seno de una caravana del *Club Alpin Français*, fue precisa la escisión: Jean Arlaud abandonó la tropa junto con Auguste Alba y Raymond d'Espouy. Este último, futuro socio de honor de *Montañeros de Aragón*. Nuestro trío se dirigiría en busca de su cima misteriosa partiendo de la famosa roca-vivac en la orilla norte de Cregüeña. Poco a poco, fueron ascendiendo por donde creían que se alzaba el flanco sureste de su objetivo, tratando de orientarse a través de las moles confusas de las Maladetas Occidentales. De vez en cuando, el *Último Tresmil* dejaba ver sus defensas entre los claros de la niebla...

Los jóvenes franceses no tendrían que superar un desnivel demasiado fuerte: los mayores problemas los ofrecieron la nieve recién caída y "unas chimeneas heladas sobre bellos cortados". A pesar de aquellas condiciones semi invernales, el terceto terminó superando la arista Sur de su picacho. Hacia las 11:10 h, y tras rebasar el resalte más complicado de la serie, la cordada que formaban Alba, Arlaud y Espouy comparecía sobre una desolada cumbre de 3.146 metros. Era el 24 de agosto de 1921 y, si bien todavía restaban *sin tocar* algunas agujas y gendarmes menores del catálogo, los estudiosos de la crónica pirenaica consideraron que durante aquella jornada quedó clausurado el capítulo de la conquista de vértices de primera magnitud.

Desde sus póstumos *Carnets* (1966), Jean Arlaud nos legó unas parcas impresiones obtenidas sobre aquel puntal: "Apenas unos bloques emergían de la nieve fresca: los reunimos para alzar un *cairn*. Al norte y a nuestros pies, aparecía el collado Cordier: la escalada debe de ser más fácil desde allí".

El trío bajaría sin problemas por esa ruta septentrional tan escasamente complicada que, en 1905, no logró cautivar a Louis Le Bondidier...

Ya de regreso a Francia, Arlaud y sus compañeros anunciaron que habían hollado una *nueva cumbre* de más de 3.000 metros de altitud, amparándose en que allí arriba no descubrieron rastros de los hipotéticos humanos que les precedieran. Tal vez tuviesen razón: el pico se hallaba en una zona poco visitada de las montañas benasquesas. Además, por aquella época, los turistas se concentraban de forma obsesiva en torno al Aneto. Así, dado que la cima se encontraba un tanto oculta en el cinturón de granito y hielo del ibón de Cregüeña, supusieron que ningún cabrero o cazador local le habría dado previamente un nombre... Sin pensárselo mucho, otorgaron aquella cumbre de 3.146 metros a Louis Le Bondidier para agradecerle su teórico *descubrimiento*. Es de suponer que el doctor Arlaud, quien pasaba una de cada dos navidades en Benasque, habría indagado un poco entre sus contactos locales antes de decidirse por dicho bautizo... Sin embargo, llama la atención que hoy el *Último Tresmil* se presente en la cartografía autóctona como Morrón de Cregüeña o de las Maladetas. Acaso, algún rebautizo reciente...

En cualquier caso, el evento que aquí se relata sería festejado con cierta discreción. La reseña de esta aventura para el *Annuaire* del *Club Alpin Français* de marzo-abril de 1922 no pudo ser más modesta... Porque de este modo lacónico se aludía al *Último Tresmil* desde "Aux Pyrénées désertes":

“Al día siguiente volvimos a la Renclusa [desde el pico Soubiron] por el collado de Cregüeña, por un pico virgen y anónimo al sur del collado Cordier... Era, se decía, el último de los picos de tres mil metros todavía virgen... Nombrado ahora: pico de Le Bondidier”.

Cerraremos en este punto nuestras consideraciones, apuntando que el destino reservaba a Jean Arlaud la amarga dedicatoria de otra cima en ese grupo de los Gourgs-Blancs donde hallara la muerte en 1938...

2.05. Soldadesca y saqueos

Si alguien se interesara por la *conquista* y *bautizo* más de originales de un tresmil pirenaico, tal vez se decantara por los del pico Maldito (3.350 metros). Que, aunque hoy se sabe que es la quinta altura de esta cordillera, nunca fue un picacho convencional ni excesivamente visitado. Muy interesante, si se atiende a su relato más madrugador. Una cima minoritaria que exige trepar un poco para ganarla.

En este punto, es preciso presentar al artífice de su primera conocida, dado que desde los años treinta del siglo pasado sería socio de honor de *Montañeros de Aragón*: Louis Le Bondidier, autor de *Un mois sous la tente dans les Pyrénées catalanes et aragonaises* (1907). Entre sus páginas se registran momentos muy divertidos, mientras que hay otros que son un tanto brutos. Hoy nos fijaremos únicamente en unos extractos de esa más que larga jornada que titulara como: “Primera ascensión al pico Maldito (3.350 metros); segunda ascensión a la punta de Astorg (3.354 metros); el pico del Medio (3.345 metros), pico de Coronas (3.310 metros) y Aneto (3.404 metros); jueves, 3 de agosto de 1905”. Un título más que descriptivo con el que casi resumió una fecha histórica dentro de la crónica pirenaica. Con párrafos, en ocasiones, bastante heterodoxos...

Nuestro protagonista estaba acampado en Llosás junto a su mujer, Margalida, algún amigo y varios guías galos. Para la ocasión, se formó un grupo de ataque integrado por Louis Le Bondidier, su colega Louis Camboué y dos auxiliares, Jean-Marie Sansuc y Jean-Marie Carrère Peye. Madrugaron lo suyo y, allá las 5:10 h, se ponían en marcha. Nuestro cuarteto apuntó enseguida hacia esa arista que separaba Llosás de Coronas, trepando entre unas pedrizas molestas. Cuando estaban a la vista del segundo ibón superior de Coronas, se prepararon para iniciar las hostilidades. Su objetivo no era otro que cierto puntal del grupo de los Malditos que aún no había sido ascendido. Eran las 7:30 h cuando Le Bondidier estudiaba sus accesos antes de empezar la escalada:

“Sabía que la punta de la cresta del Medio que ascendió Russell era la más próxima al pico de Coronas. También sabía, por el último tomo de los *Cent ans* de Beraldi, que había allí una punta más elevada que fue subida por Astorg y Brulle, quienes acudieron por su vertiente norte. Pero, ¿dónde quedaba exactamente dicho vértice? Desde el pico de Ballibierna nos había parecido que era la que dominaba el collado Maldito: desde el mismo pico y mediante el catalejo pude descubrir una chimenea entre el collado de Cregüeña y la cresta del Medio que, tanto desde allí arriba como desde aquí,

parecía, si no fácil, al menos factible. Por lo demás, las murallas meridionales de dicha cresta parecían impracticables por los otros lugares.

"A las 08:35 h llegamos a la base de dicha chimenea y hallamos, por su derecha, una pared más fácil. Como más hacia arriba se fue enderezando, tomamos entonces la chimenea, cuyos bloques se mostraban poco estables: unos pasos más sobre una placa de nieve, y nos situamos sobre la cresta que separaba los valles de Cregüeña y de Coronas. Desde aquí, era preciso ver el collado Maldito: nos encontrábamos ligeramente por debajo del mismo, por lo que su muralla Sur se mostraba en toda su amplitud. Por el portillo aparecía la Maladeta. Bajo nuestros pies, como un cuerno gigantesco, aparecía el ibón de Cregüeña. *Peye*, ensimismado mientras examinaba la cresta que deberíamos seguir, refunfuñó entre dientes:

"-Qué mala parece; no podremos pasar.

"-Sin embargo, es preciso hacerlo -dijo Sansuc.

"Un gendarme -cuando son de estas dimensiones, se trata más bien de toda una gendarmería- nos obstruía la ruta. Imposible seguir hacia arriba. Por el este estaba cortado a pico; por el oeste, una mala cornisa colmada de guijarros sobre doscientos metros de vacío. Al no haber otra elección, las dudas no podían prolongarse y pasamos la cornisa. La cresta se defendió. Una laja la recubría, ascendiendo en el sentido de la arista e inclinada sobre la vertiente de Coronas en extraplomo. Nada de presas: la piedra era lisa y sin fisuras. Sansuc se empleó a fondo, pasando por encima mediante una adherencia y arrojándonos luego la cuerda.

"Había más lajas aún, en esta ocasión montadas como las espinas de pescado. Sin embargo, resultaban más cómodas. Situado en cabeza de la cordada, distinguí una pendiente de guijarros suave que subía hacia la cumbre: se diría que quedaba al alcance de la mano. La cresta, estirada, se volvió de repente amable, por lo que me puse a canturrear, fantaseando y admirando el paisaje.

"Estábamos lejos de tener la copa de la victoria entre los labios... Tras bajar la mirada, esboqué entonces un gesto de retroceso, como si hubiese estado a punto de pisar una víbora: un obstáculo imprevisto acaba de aparecer con brusquedad, más complicado que los anteriores. Imaginad, a la altura de un piso treinta, una cornisa de unos tres metros de longitud y veinte centímetros de anchura, tallada como los peldaños de una escalera en la roca misma. Un muro vertical de unos dos metros hacia arriba, coronado por un gran bloque; dicho bloque, vaciado en derredor, se extraplomaba sobre la cresta, y parecía colocado allí arriba como un champiñón sobre su tallo: alrededor suyo, había cien metros de roca lisa, cortada a pico y sin un solo resalte. No daría ni dos saltos si rodaba hacia abajo: y eso por la vertiente de Coronas. Por la de Cregüeña era un abismo de doscientos metros: nada que se pudiera tantear. Tras el bloque, la cresta se hendía en una brechita donde aquel bloque se extraplomaba, lo que impedía toda tentativa de travesía directa. Situados sobre la arista, era preciso, para ganar la cornisa, el único paso posible: descender un canalillo vertical de tres metros.

"Primer intento. Me hice atar al extremo de nuestra cuerda más larga, que sujetaba Sansuc, de pie sobre la arista. Por detrás, *Peye* se aferró al otro extremo para retenernos en caso de que mi caída arrastrase al guía. Los clavos de mis botas rechinaban, deslizándose sobre el granito sin presas. Apenas me sustentaba sino por la cuerda y por el rozamiento lateral sobre las paredes. Bajo mis pies percibí las pedrizas, cien metros más abajo: se hubiera podido creer en un descenso por el tragaluz de Gulliver. Por debajo de la canal, puesto que tenía la espalda contra la roca, fue preciso situar sólidamente el pie sobre la cornisa y darme la vuelta, pero mi tobillo lesionado, muy complaciente hasta este punto, se negó de forma rotunda a hacerme tal servicio. A mi llamada, Sansuc y *Peye* me izaron hasta sus cercanías.

"Segundo intento. Otro descenso pero, esta vez, con la nariz contra la canal. Mejor situado, pude colocarme sobre la cornisa. La punta de mis botas quedaba contra el muro con la mitad de mis talones por encima del vacío. Enfrentado a la pared, pegado contra ella, pude avanzar dos pasos más, pero me vi incapaz de proseguir ni veinte centímetros más sin una presa para las manos. En efecto: el muro se extraplomaba muy ligeramente sobre la cornisa, para rechazar la parte superior de mi cuerpo hacia atrás. El equilibrio terminó siendo inestable, por lo que tuve que rascar el granito, donde no conseguía aferrarme ni con las uñas. Además, a medida que me alejaba de mis compañeros, que no podían seguirme sobre la arista, la cuerda adquirió una posición oblicua que hizo que su aseguramiento resultara ilusorio: en caso de caída, no impediría que me precipitase hacia el fondo mientras describía un movimiento pendular que llevaría a romperme el rostro contra las rocas de la izquierda, bajo la canal. Era preciso probar otra cosa. Pero ni la postura ni el sitio resultaban propicios para las meditaciones prolongadas, por lo que regresé a la cresta.

"Tercer intento. Nuevo plan, más seductor en teoría: tomar el extremo del borde del roquedo superior, esa cúpula del tamaño de dos bueyes que formaba su champiñón gigantesco, para apoyar allí las manos. Descendí hasta la cornisa y, una vez en el punto donde hubiera debido detenerme, en cuanto noté que mi equilibrio estaba amenazado, alcancé los brazos y tanteé el bloque superior para aferrarme allí. ¡Por desgracia, en este mundo uno no puede fiarse de nada, ni siquiera de las apariencias de equilibrio de los bloques de granito más descomunales! Apenas había puesto mis dedos sobre este, noté cómo cedía ante mi peso, inclinándose hacia mí. Durante un segundo, fue como si un vientecillo frío me arrasara, y tuve la impresión de que aquello era el final: la piedra iba a caerme encima, aplastándome y arrastrándome con ella.

"En esos minutos críticos, el instinto de conservación es maravilloso. El gesto, tan intuitivo como tonto, de echarme hacia atrás para evitar el bloque, me hubiera precipitado al vacío. Entonces, ¿cómo pude, en una fracción de segundo, decidir que lo único que podía hacer era permanecer inmóvil y pegado contra la pared? ¿Cómo pude pesar los pros y los contras de ambas posibilidades? Confieso que lo ignoro. El bloque se inclinó hacia mí, se paró, volvió a recuperarse y, después, tras una serie de oscilaciones, volvió a

recuperar su equilibrio sobre la cresta, al igual que su aspecto de bloque fiable al que los siglos de intemperies sufridas garantizaban su solidez.

"Más tranquilo, y calculando ya mis movimientos, regresé hasta las inmediaciones de mis compañeros. Pero, una vez allí, pálido por la emoción y recubierto de un sudor frío, me vi presa de ese sentimiento tan conocido por los escaladores, aunque pocos lo reconozcan: el del caballero que desearía intensamente estar en cualquier otro lugar. La cuestión de una retirada se iba materializando. Pero se hubiera tratado de un fracaso y de un día perdido, ya que era demasiado tarde para pasar al collado de Coronas y retomar allí el itinerario de Brulle-Astorg. Por otra parte, detrás de nosotros había una serie de obstáculos que, en el descenso, no prometían sino unas alegrías relativas.

"Camboué, que tiene imaginación, finalmente ideó el plan definitivo: deslizar los dedos entre los dos bloques, siempre respetando el equilibrio del de arriba y, desde dicho empotramiento, hallar la presa indispensable para las manos: jamás madre alguna dispensó caricias más sutiles hacia su recién nacido dormido. El bloque tuvo el buen sentido de no reiniciar su broma, por lo que Camboué pasó y los demás le seguimos, con Sansuc en retaguardia, gracias a un rápel con la cuerda.

"Finalmente, iesta vez ya lo teníamos! Con cierta suerte de rabia, saltamos sobre la zona de gujarros para alcanzar la extremidad noroeste de la cresta.

"-*iMaldito pico!* -gruñó alguien.

"iYa estaba bautizado! Acababa de reconocer, más al este siguiendo la cresta, esa cima característica de la punta de Astorg de la que la señorita de Saint-Saud me había mostrado una fotografía tomada por Brulle. Sin saberlo, habíamos alcanzado una punta todavía virgen: el pico Maldito, de 3.350 metros. Dominaba el collado Maldito.

"¿El panorama? Sinceramente, y aun a riesgo de incurrir en esas ironías de quienes no pueden dar cuatro pasos en la montaña sin sentir que despuntan en sus cerebros unos pensamientos delicados y los adjetivos más sonoros, debo reconocer con toda humildad que apenas pensamos en admirarlo. Por la noche, tras nuestro descenso, recuperamos entre nuestros recuerdos las visiones de los precipicios sobre el glaciar norte, de una Maladeta aplastada, semejante a un montón de piedras. Mucho más preciso se conservó el recuerdo de la roca cimera: una especie de torreta granítica recubierta de verrugas extrañas. Estábamos bien lejos del idilio y de la poesía. Solo fue una suerte de alegría salvaje y animal, la de esa bestia que ha sufrido, que ha pasado miedo, que ha sentido el escalofrío del peligro. Era, un poco, el sentimiento que embriaga a la soldadesca por la noche, tras el asalto a una ciudad que se saquea, cuando las mujeres aúllan en mitad del resplandor de los incendios.

"Hay montañas con las que se flirtea entre sonrisas y que se entregan: esta otra, la habíamos asaltado. Aunque vencida, se defendía como una bestia remolona. El viento soplaba a ráfagas y el cierzo estaba congelado. Una vez alcanzamos su cima y con el cairn alzado, fue preciso escapar bajo los huecos de roquedos para recuperar el aliento. En la otra vertiente, con el vino tinto, la

mano que sostenía el vaso temblaba como la de un viejo: a pleno sol y al abrigo del viento, el termómetro marcaba -6° C [...].”

Aquí interrumpiremos las andanzas de nuestro buen Le Bondidier y de los suyos, quienes todavía iban a vivir unas cuantas emociones en su cresteo hacia la punta de Astorg, el pico del Medio, pico de Coronas y, finalmente, el Aneto. Un camino muy recomendado por sus artífices, por quedar fuera de “los itinerarios jalonados mediante latas de sardinas”. Se puede rematar este texto con una anécdota inocente de aquel recorrido del 3 de agosto de 1905. Al hollar la cima del *Monarca Pirenaico*, cierto porteador primerizo y emocionado le preguntó a su cliente:

“-¿Seguro que es el pico más alto de todos, señor?

“-Sí, Peye: en este momento, vuestra boina es la cúspide de los Pirineos.

“Encaramado sobre la torreta, [Peye] tenía aires de conquistador”.

Así se abrían rutas a tresmiles en las fases finales de la conquista pirenaica. Al menos, por parte de uno de los Socios de Honor de *Montañeros*.

2.06. Mimi d’Espouy en Els Encantats

Las mujeres escaladoras ya habían ascendido a Els Encantats en 1926, 1929 y 1931. Las siguientes presencias femeninas sobre estas peñas encantadas serán por cuenta de ciertas mujeres francesas, una de las cuales era hija de cierto socio de honor de nuestro Club...

Como no podía ser de otro modo, los pirineístas de Toulouse se aficionaron desde muy temprano a acampar en las orillas del estany de Sant Maurici. Al menos Jean Arlaud rondaba Els Encantats desde 1922, cuando fue rechazado junto a Pierre Mengaud en su intento de apertura en la cara Norte del Encantat Xic. El referido *gatillazo* no debió de dejarle mal sabor de boca, pues organizó sus siguientes visitas en 1926 y en 1933. Esta última añada permitirá que se organizara una interesante cordada con féminas cuyas peripecias quedaron recogidas en el Tomo II (1928-1938) de sus *Carnets* (1966).

La nueva acampada estival del *Groupe des Jeunes* en Els Encantats tendría lugar entre el 25 de julio y el 5 de agosto de 1933. Con una participación de chicas importante desde el primer momento. No nos entretendremos con los pormenores de este *Camp* de una veintena de escaladores, más o menos duchos en las evoluciones verticales, en las riberas del estany de Sant Maurice. A cambio, nos centraremos en la jornada del 27 de julio de 1933, la primera de las operativas. Durante la misma se abordó una de las trepadas más interesantes de estos grupos mixtos que llegaban desde septentrión.

Hubo diana a las 5:00 h para aprovechar ese buen clima que se insinuaba. El *GDJ* formó dos grupos, pero hoy nos decantaremos por el compuesto por Jean Arlaud, Albert Barrué, Roger Ladevèze, Pilat (presidente del *Club Alpino Checoslovaco*), Christian Rachou, Maurice Jeannel, Pierre Souriac, Julien Labedan, Jean Lescamela..., y la señorita Gaby Lescamela. El objetivo de esta decena de escaladores era el Encantat Xic, si bien “con un

itinerario a debatir". Arlaud quiso detallar su progresión por los muros de Els Encantats:

"Subimos a la sombra del Encantat Gran por su vía normal. Trepamos por su corredor a todo gas. Pilat llega el último, aunque sin retrasarse. Ladevèze es un buen *primero*, por detrás de mí, y va auscultando a los demás conforme llegan: Souriac, Rachou, etcétera. La chimenea. Cima del Encantat Gran (9:25 h). Bajamos a la brecha (9:45 h). En la travesía de Els Encantats, Pilat, con problemas en un mal paso, se lanza con fortuna. ¿Será esta la primera travesía hacia el Encantat Xic? Vamos hacia allí. Establecemos las cordadas: Arlaud, Gaby, Barrué en la primera [...]. Nuestra cordada sube en cincuenta minutos, para llegar a la cumbre a las 11:30 h. La siguiente aparece un cuarto de hora después. La tercera realiza una variante: desde la *Hoja Desgarrada*, sube directamente por la derecha, una idea de [Jean] Lescamela nada recomendable.

"Descenso por la cresta Norte y la vía Estasen. Durante la bajada, cambio a Barrué por Ladevèze para ir en este orden: yo, Gaby y Ladevèze. Hacemos una variante del paso de la *Roca Empotrada*, que dejaremos por la derecha. El descenso del corredor Estasen se realiza antes del gendarme mediante rápeles. Por haber querido tantear una ruta más a la derecha, mi cordada se ve obligada a regresar al citado corredor.

"Las cuatro cordadas bajan mientras se envían mutuamente lluvias de piedras. En el corredor: es como un túnel, de abajo arriba. Cuando estábamos en la zona de árboles, todavía nos caían proyectiles de gran calibre".

De esta primera aventura seleccionada, llama la atención que la única chica del grupo, Gaby Lescamela, no hubiera suscitado comentario alguno durante dicha escalada. Buena señal: los galos no consideraban extraordinaria la inclusión de mujeres en sus cordadas.

En la crónica de las actividades femeninas en Els Encantats, aparece un jalón importante que igualmente se viviría durante este campamento del *GDJ*. Arlaud dejó constancia de ello en sus *Carnets* del día 3 de agosto de 1933, reseñando la presencia que tanto nos interesa de Raymond d'Espouy y de su hija. El texto de la aventura es bastante divertido y destila ironía por todos sus poros:

"5:00 h. Nos despertamos. La señora Gaubert parece deshinchada como para acudir al Encantat Xic. Entonces, ¿qué hacemos? Incertidumbre. Al final, se forma una nueva tropa femenina: Gaby Lescamela, la pequeña Mimi d'Espouy [hija de Raymond], la señorita Véry y la señora Rachou, escoltadas por [Raymond] d'Espouy, Bourrel, Rolland y Nègrevergne [...].

"6:45 h. De nuevo contorneamos el Encantat Xic por su base con la misma comodidad que la otra vez. En la subida por el Entranseroll/estany Serull, la señorita Véry, pensando que íbamos muy deprisa, se deshinch.

"Hacemos un alto en los primeros árboles. El sol abrasa la pared del Encantat Xic. ¡Ah, [Henri] Brulle no se preocupó de trazar su itinerario por las chimeneas en sombra!

"Esta es la cara confusa del Encantat Xic: ¿dónde se halla el corredor Brulle? Nos decidimos por una canal herbosa que hay a la derecha de la

pedriza, para tomar más arriba otro corredor que aparece profundamente encajado, procedente del lado derecho. En realidad, este último debía de ser el de Brulle.

"La señora Rachou lanza miradas de envidia hacia una chimenea sombría que sube al collado del Encantat Gran. Parece que por allí habría una *primera*, sin duda bastante fácil. También habría que estudiar la subida hasta dicha *Enforcadura* por su lado derecho, posiblemente factible.

"La subida se vuelve penosa. La señora Rachou afirma que quiere llegar hasta el final, pero resopla y pide paradas largas y frecuentes. Le echa la culpa a su pantalón corto y termina quitárselo, para ponerse otro de tela que le presta [Raymond] d'Espouy, quien seguirá adelante con un pequeño calzón. Sin embargo, con este cambio no mejora demasiado el ritmo [de la señora Rachou]. ¿Tendremos que vivaquear esta tarde en la cresta de Els Encantats o, una vez ganada esta, podremos bajar por la vía Estasen antes de que caiga la noche?

"La señora Rachou decide bajarse, por lo que no puedo sino apoyar dicha resolución. Me propone que la acompañe hasta abajo. Se produce entonces un concurso de generosidad gracias a Rolland, quien al estimar que mi presencia resulta indispensable en la caravana, se ofrece a renunciar. Finalmente, se hace cargo de ella Nègrevergne, quien comenzaba a pensar que aquello se ponía complicado, por lo que se une a ellos. La solución de que bajen solos la señora Rachou y Nègrevergne es descartada con unanimidad por los dos interesados.

"Así pues, reducidos a [Raymond] d'Espouy, [su hija] Mimi, Gaby, Bourrel y yo, trepamos a todo gas. Decididamente, ¡aquello se está poniendo áspero! Sin embargo, la pequeña Mimi, de doce años, escala por aquí con una facilidad tal que casi parece que soy yo quien va con problemas. La cresta muestra una muesca en el gran pitón terminal, antes del derrumbamiento hacia el norte.

"Nos encordamos: voy en cabeza, seguido por Gaby, Mimi, Espouy y Bourrel. Los inicios son bastante verticales hasta el gendarme donde se montan los rápeles (solo había hecho una vez este tramo desde 1922). Después, venía un terreno desconocido. El conjunto producía el efecto de ser una gran ascensión.

"En la última brecha antes del gran final en el Encantat Xic se oyen ruidos de voces. Después aparece la cabeza de Ladevèze, seguido de la de Lourau.

"11:00 h. Todos juntos en la cumbre. Se escuchan voces por todas partes. Pronto llegan, trepando desde la *Enforcadura*, [Pietro] Ghiglione y Jean Lescamela, así como un joven español del campamento del torrente de Monestero; este último, encantado por su gran suerte. Después, arriban Prada, Grindberg y Guichené, mientras que Jeanne Saffore se ha quedado en la *Enforcadura* con dos españoles. Enfrente, sobre la pared del Encantat Gran, bajan mediante la cuerda, con una lentitud prudencial, Leclère, Rosy y Vedel. Les esperamos una hora y no llegan. A pesar de las protestas, doy la señal de bajada. Son cinco las cordadas que ahora se han fundido en una sola: esto nos

llevaría cinco horas si tuviésemos que esperar hasta que aquella cara de la pared fuese evacuada antes de lanzarnos por ella.

"12:00 h. Descendemos. Bourrel pasa a la cordada de Ladevèze. Seguimos en este orden: Gaby [Lescamela], [Raymond] d'Espouy, Mimi [d'Espouy] y yo. Un descenso normal, pues nadie rapela. En la Enforcadura, se hallan alojados Jeanne Saffore y los dos españoles. Con rapidez subimos al Encantat Gran para disfrutar del espectáculo de las otras tres cordadas distribuidas por la muralla, siempre llamativo...

"Y, con premura, nos precipitamos desde la cumbre mayor por la chimenea de la derecha, hacia el valle y el campamento. Es mejor bajar a la brecha misma del Encantat Gran, por lo que viramos hacia la izquierda en el remate de las Rocas Rojas. Esta vez, tomamos un sendero lo suficientemente bajo como para no fastidiarla y lo seguimos sin perderlo hasta el final... La sed de nuestra gente es tan acuciante que cuando atravesamos el torrente de Monestero, se tiran al agua.

"16:30 h. El campamento. Esa tarde hay luna llena, lo que produce un espectáculo extraordinario antes de que llegue a Sant Maurici, cuando ilumina las alturas: estas parecen nevadas y recubiertas por glaciares".

Solo unas líneas más para aclarar un poco cierta característica excepcional de Mimi d'Espouy. Nos la revelaba Jean-Victor Parant desde su estudio sobre *Jean Arlaud et le Groupe des Jeunes* (1990):

"Hubo una cierta travesía de los dos Encantats en la que se vio a la pequeña Mimi d'Espouy, de doce años de edad, seguir las trazas de su tío abuelo Henri Brulle, y después no juzgar, como hizo él, que allí hubiera grandes dificultades".

Perfectamente lógico: a Mimi, sobrina nieta de uno de sus primeros conquistadores de esta peña en 1901, la realización de equilibrios sobre Els Encantats no le producía el menor asomo de vértigo. Ya se sabe: de tal palo, tal astilla.

2.07. Le Bondidier y la cartografía de la sierra de Montardo

A comienzos del siglo pasado las cuestiones montaÑeras referentes al grupo de Besiberri aparecían envueltas entre espesas brumas. Al menos, tal fue la idea que Henry Russell quiso transmitirle a un joven recién llegado a esta cordillera con regusto por la historia: Louis Le Bondidier, el futuro conservador del *Museo Pirenaico* de Lourdes. En carta dirigida al nuevo discípulo, el *Señor del Vignemale* reconocía sus fracasos cuando trató de ordenar un poco la crónica de la Serra de Montardo:

"Aun conociendo personalmente a todos los conquistadores de sus numerosos pitones, me he tomado bastantes molestias para perseguirles con mis preguntas y tratar de desembrollar los nombres y topografía de todos esos dientes de sierra. Mas no lo he conseguido, pues la discordia y las contradicciones reinan en toda la línea: esto es la anarquía".

Le Bondidier se puso manos a la obra, tanto en el plano estudioso como en el práctico. El resultado de sus *trabajos de campo* sería una interesante odisea que plasmó dentro de un artículo para el *Bulletin de la Société Ramond*,

titulado como "La sierra de Montarto. Pyrénées catalanes" (1906), y en su libro sobre *Un mois sous la tente dans les Pyrénées catalanes et aragonaises. Campagne de 1905* (1907). Dos textos complementarios y absolutamente apasionantes por los que en nuestra tierra se debería de sentir gran afecto: entre otros motivos objetivos, porque su autor fue socio de honor de *Montañeros de Aragón* desde 1933. Pero conoczamos ya cómo discurrieron las jornadas que nuestro explorador le dedicó a ese macizo leridano que percibía como "un muro granítico de dos kilómetros de longitud".

El referido periplo se desarrolló entre el 19 de julio y el 17 de agosto de 1905. Llevaría a los esposos Le Bondidier, Louis y Margalida, desde la Val d'Aran hasta la Aigüeta de Eriste. Una empresa en la que enrolaron a su guía habitual, Jean-Marie Sansuc, así como a Carrère y Peye, porteadores del Luchonnais. Otros amigos se les iban a añadir en una fase u otra de su travesía por la vertiente sur del Pirineo, siempre a caballo entre Lleida y Huesca. En tanto se acercaba el momento de dar la señal de partida, su patrocinador dedicó tres meses a preparar el equipo, que incluía dos tiendas de campaña, víveres, algún arma de fuego...

La expedición partió por fin de Marignac y cruzó hasta Aran. Además del matrimonio Le Bondidier, el grupo inicial estaba compuesto por su camarada Dencausse y por los tres auxiliares franceses antes citados. Las primeras peripecias que nuestro consocio refiere con las fuerzas del orden en Lès no dejan de mostrar su lado divertido:

"Un escuadrón de *Carabineros* vigila en la entrada. Se diría que estamos en algún pueblo de la Lorena, cerca de un campo fortificado y con su guarnición en plenas maniobras. Con un gesto, detienen el vehículo y, tras hablar con nuestro cochero, uno de los soldados va a buscar al cabo, que está sentado en un banco delante del puesto. Éste escucha a su hombre con aire distraído, continúa seguidamente la charla, acaba su cigarro, se lía otro y, después, al cabo de media hora, garabatea en diez segundos unas palabras sobre un trozo de papel, lo cual nos permite, por fin, partir, aunque con orden de detenernos en la aduana de Bosost. Sansuc está preocupado, tanto por nuestros cartuchos [ide dinamita!] como por nuestros instrumentos de topografía. Las aduanas de Aran solo le han surtido de malos recuerdos, lo que le hace ser aprensivo. El año pasado pasó durante una tarde lluviosa de septiembre con un cargamento, y un carabinero arisco le enredó y, finalmente, le dijo con un tono seco que debía pagar no sé cuántas pesetas, con la promesa de que se las reembolsaría a la vuelta, entregándole a cambio un papel. Pero, cuando regresó, una tarde no menos lluviosa, otro carabinero no menos fastidioso le enredó más todavía, y le dijo mediante un tono igualmente seco que los papeles que le dio su colega no estaban en regla, que las *Aduanas Reales* no los reconocían, y que no había ningún dinero que restituir. Así pues, en cuanto llegamos a Bosost, bajamos todos del coche para ir a explicarnos a coro ante esos carabineros sin piedad. Ante una taza de chocolate vacía, el jefe del puesto fumaba un cigarro oloroso con gesto satisfecho. No bien abrimos la boca, nos interrumpió y, sin mirar siquiera el papel de su subordinado que le

habíamos tendido, sin mirar siquiera nuestro equipaje, nos dijo envuelto en el humo de su cigarro:

“-Buenos días, señores... Pueden seguir.

“¡Qué influencia tiene un buen almuerzo, en el pago de los impuestos, durante una mañana soleada!”.

A pesar de las propicias gestiones, el viaje de aproximación no gustó en demasía a los galos. Sobre todo por cuenta de unos caminos llenos de baches que provocaban el consiguiente traqueteo del carruaje. Cuanto menos, registraron notas tan pintorescas como las obtenidas durante su parada en los Baños de Artiès:

“En una habitación que sirve como tienda de comestibles, una chica joven, un bonito ejemplo del tipo aranés, alta, de piel oscura y ojos tan negros como sus cabellos, nos sirve por dos monedas un vaso de vino de Barcelona con la seriedad y gestos nobles de una *Rose Caron* le serviría a Van Dyck su hidromiel”.

A partir de Artiès, el sexteto foráneo tendría que seguir a pie. Antes de su partida recibieron los ánimos de un anciano, quien probablemente en plan de chufra les gritó desde la puerta de la iglesia: “¡Viva Francia! ¡Vivan los franceses!”.

Louis Le Bondidier y los suyos comenzaron a subir por una senda hacia la Restanca. Ingresaban en un territorio de alta montaña donde destacaba ese “Besiberri Nord que, iluminado a contraluz, mostraba su silueta de un modo brutal, completamente negra, contra el cielo azul”. Hacía mucho calor y los sucesivos repechos consiguieron que todos respiraran con dificultad. Agobiados por el peso que transportaban, alguno sintió cierta aprensión al percibir al otro gigante local: “El Montardo de Aran, con su enorme masa, tan fúnebre como oscura, muy cercano, congelaba nuestras risas y lastraba nuestros corazones”. Se decidió que la primera noche en campaña la pasasen en el estanh de Cap de Pòrt, sobre los 2.246 metros. Padecieron una pernocta ventosa y fría junto al lago.

A la mañana siguiente la caravana superaba el port de Caldes, donde Louis tomó ya anotaciones cartográficas. Su idea era instalar una base en el estany de Cavallers. Una vez montadas las tiendas, se produjo la dispersión según sus cometidos: Dencausse y Carrère irían a Caldes de Boí para comprar víveres; Peye, a pescar truchas al lago; Sansuc, a cortar leña; Margalida, a tomar unos esbozos para sus acuarelas... Nuestro cronista contempló estas escenas *domingueras* con cierto humor:

“Sentíamos la alegría de los colegiales en vacaciones, la de los parisinos en el Bois de Boulogne, la de los seres civilizados degustando por primera vez la vida de los salvajes: ¡un poco más y hubiéramos hecho cabriolas por el césped!”.

Mas era ya tiempo de cobrar altura. Para abrir la tanda de ascensiones, se pensó en acceder a la punta del Comaloforno (3.028 metros). Una montaña de la que en Francia solo se conocían cinco visitas previas por parte de *urbanitas*: Brulle, Bazillac y Célestin (25 de julio de 1882); Brulle, Astorg y Castagné (23 de julio de 1902); Fontan, Courrège y *Raphaël* (23 de agosto de

1902); Henry y Marcel Spont, Ferré de Pérour, Jean-Marie y Dominique Sansuc, Autesdehat (1 de agosto de 1903); Peyta y Célestin (20 de junio de 1905). Al menos ya había acogido a los geodésicos españoles que verdaderamente inauguraron dicho listado en 1857...

A pesar de una segunda *noche toledana*, el 22 de julio de 1905 parte de nuestro grupo se dispuso a emprender la que creían sería la *sexta* absoluta a este tresmil leridano. Después de tomar un café, Louis Le Bondidier y Jean-Marie Sansuc abandonaban el campamento sobre las 5:40 h. Dejemos que nuestro consocio detalle su entretenida ruta hacia el Comaloforno:

"Ante nosotros, a unos doscientos metros al norte del estany de Cavallers, se abría un corredor ancho y muy enriscado: el lecho de un torrente seco en esta época del año. Más arriba había un amplio embudo herboso. Más arriba aún, estaban las crestas. Esta sería la primera parte de nuestra ascensión [...]. Atravesando las pedrizas, llegamos a la base del corredor. El lecho del torrente era impracticable, pero estaba franqueado a derecha e izquierda por dos amplias cornisas herbosas. Tomamos la de la orilla izquierda, de pendientes muy enderezadas. La hierba larga y mojada resultaba deslizante, y algunas rocas eran lisas o se movían: a veces fue preciso pasar muy cerca de cortados a pico sobre estas lajas poco seguras. Siempre he sentido repugnancia, una especie de antipatía por la vegetación aferrada a las pendientes fuertes: sobre una pared rocosa las dificultades quedan a la vista, y uno va por ellas sabiendo aproximadamente con lo que se enfrenta. Aquí todo el peligro estaba oculto de un modo hipócrita: esa ramilla de madera seca a la que se le pedía un apoyo y se rompía en la mano, o ese césped húmedo que ocultaba una piedra inestable que rodaba en el peor momento. En resumen: uno de esos pasos donde ronda el accidente en todo momento, mucho más peligroso que otros con dificultades más aparentes.

"Ascendimos la garganta con precaución, para después atravesar el embudo herboso de derecha a izquierda, en dirección a un bello pitón con forma de cono, coronado por una roca puntiaguda, tras el cual hallamos un circo pedregoso. La cresta que se destacaba hacia el este del Comaloforno se bifurcaba en dos crestas secundarias que se dirigían, una hacia el sudeste y la otra hacia el nordeste. En esta última se abría una brecha hacia la que nos dirigimos, atravesando el circo de izquierda a derecha.

"Hasta ese momento, las vistas habían sido muy limitadas. A decir verdad, no pude ver sino las pantorrillas o la espalda de mi guía trepando por delante de mí. Desde la brecha (a unos 2.500 metros), se percibía el valle de la pleta de Riumalo y, a unos cien metros por debajo y hacia el norte, dos lagos muy pequeñitos que no salían en los mapas. Media hora más de subida por guijarros y pudimos dominar el lago helado del Comaloforno (2.670 metros): oculto bajo los hielos y los icebergs se abría en una hoya de la pendiente, en una especie de pliegue del terreno [...].

"La marcha de aproximación, que era la parte más molesta de la subida, había finalizado. Si todavía no veíamos el Comaloforno, oculto tras su contrafuerte Este, al menos veíamos las aristas y los neveros que nos separaban de la cima. Dejando el lago al sur para evitar unas grandes

pendientes de nieve, nos dirigimos hacia la brecha. Nieves en placas, guijarros y cornisas rocosas: pronto, la verdadera cima apareció de ese modo, a través de una extraña *ventana* abierta en su arista Este, erizada de obeliscos. Una chimenea nos situó, sin ninguna complicación, sobre la cresta del Comaloforno al Besiberri, sobre el estany Gémena. Unos minutos más y recorrimos la cresta, manteniéndonos sobre esa vertiente. A las 9:35 h estábamos buscando las tarjetas de visita bajo la piedra rectangular que coronaba la pequeña torreta del Comaloforno”.

Le Bondidier inauguró su tanda de *excursiones topográficas* en este puntal con fama de excelente mirador. Plantado sobre sus 3.028 metros [él calculó una cota de 3.032 metros] podría planificar sus siguientes objetivos. Además de poner a trabajar a su equipo de medición:

“Las vistas valían más por su conjunto que por los detalles de sus precipicios, desplegados un tanto por todas partes en torno a la cumbre, por los desgarros de sus crestas y por el aspecto de los hielos de los estanys de Gémena, que aparecían a nuestros pies como desde lo alto de un balcón. La cima era estrecha: tanto, que una vez que instalé mi plancha de triangulación, apenas pude evolucionar en torno a ella sino mediante las contorsiones de un payaso. Tuve que realizar ciertas anotaciones en equilibrio inestable mientras que el prudente Sansuc me sujetaba por la chaqueta para así impedir que terminara midiendo la altura de todos estos cortados mediante un sistema contundente que, sin embargo, ningún manual recomienda”.

La tarea se completó a toda prisa, pues las nubes se presentaron para ocultar con presteza los Montes Malditos. Tras recoger el material, Le Bondidier consideró la posibilidad de pasar hasta otra atalaya no muy lejana. A fin de cuentas, solo eran las 10:00 h. Fue una mala idea, como no tardaría apenas nada en comprobar...

2.08. Cierta rimaya del Besiberri Sur

Louis Le Bondidier se había presentado en las montañas del noroeste de Lleida con un objetivo claro: desenmarañar los últimos misterios del Massís de Besiberri. Desde un campamento de dos tiendas instalado en Cavallers, su grupo iniciaría las trepadas de exploración hacia las atalayas superiores. Para el primer embate, nuestro pirineísta y el guía Jean-Marie Sansuc se decantaron por el pic de Comaloforno. Sigamos, pues, con el texto de *Un mois sous la tente dans les Pyrénées catalanes et aragonaises* (1907), para conocer cómo discurrió la segunda parte de aquel denso 22 de julio de 1905...

Desde la punta del Comaloforno, la cordada francesa se fijó en sus prometedoras perspectivas por el flanco norte. La cima meridional del grupo de Besiberri constituía una tentación demasiado fuerte para el dúo formado por Le Bondidier y Sansuc. El relato del primero nos servirá uno de los párrafos más emocionantes de la conquista pirenaica:

“Regresamos a la brecha para bajar la chimenea. Desde allí seguimos la arista de sur a norte sobre neveros reblandecidos. En el momento en que llegábamos a la base de la cima, una nube se enganchó a ella. Teníamos que elegir entre una chimenea de nieve muy vertical o unas placas de roca casi

lisas. Tras pensarlo, nos decidimos por el roquedo. Sansuc saltó la rimaya y, sobre una estrecha cornisa, se detuvo para buscar un paso. De forma maquinal avancé hacia él y...

"-¡A mí, Sansuc!

"De pronto, sentí cómo la nieve se hundía bajo mis pies. Instintivamente, eché mis codos hacia atrás para quedarme arqueado sobre el borde de la rimaya. Pero con los pies en el vacío no lograba hallar un punto de apoyo para alzarme. Poco a poco sentí cómo la nieve se iba hundiendo bajo mis codos. Pasaron unos segundos que se hicieron largos. A mi grito, el guía se había girado, pero se hallaba mal situado sobre su cornisa, por lo que tuvo que pensar bien sus movimientos. Al final pudo bajarse y tenderme su piolet: lo agarré y, entonces, me alzó a fuerza de riñones. Seguido, Sansuc me agarró por el cuello de la chaqueta y, de un tirón, me puso sobre la nieve, fuera de la inoportuna grieta.

"Un tanto descorazonados debido a aquel incidente, renunciemos al Besiberri Sud por esa jornada, para batirnos en retirada un poco como esos zorros que lo hacen ante un pollo, jurando que ya se lo comerán otro día".

Perseguidos por una tormenta, Le Bondidier y su auxiliar decidirían apuntar hacia las tiendas que se apreciaban junto a Cavallers. Más tarde pudieron enterarse de que sus predecesores en la ruta de conexión Comaloforno-Besiberri la habían resuelto de un modo más habilidoso: Brulle siguió en 1902 toda la cresta; Peyta se decantó en 1905 por rodear hacia el este dicha última cumbre hasta la llamada brecha de Trescazes. Como premio de consuelo, en el campamento les aguardaba Peye con trece truchas recién pescadas para la cena...

El 23 de julio de 1905 tampoco fue una fecha para el descanso. Con objeto de resarcirse por las dificultades que les opuso el Besiberri Sud, Le Bondidier quiso subir a un tresmil mucho más amable. De este modo humorístico adelantaba el resumen su itinerario:

"El día en que exista un *Sindicato de Iniciativa* en Caldes de Boí y un hotel de altura en el estany de Cavallers, se podrá escuchar este diálogo:

"El viajero: *Por favor, ¿el camino hacia la punta Alta?*

"El conserje: *El primer corredor a la derecha y, después, itodo recto!*

"Así es; poco más difícil resulta subir a la punta Alta. Pocas ascensiones se pueden describir con menos palabras".

Aun con todo, dada la popularidad actual de este vértice leridano, resulta difícil no brindar la crónica de su ascenso por el grupo de Le Bondidier, que para la ocasión se completó con Dencausse y Sansuc... Una aventura que arrancarían a las 6:00 h, cuando el trío abandonó las tiendas de campaña a orillas del estany de Cavallers:

"Atravesamos el torrente a unos quinientos metros sobre el lago, en un lugar donde se dividía en varios brazos. Las aguas eran bravas y, el baño de pies, obligatorio. Un corredor se abría ante nosotros, si bien su parte baja resultaba impracticable. Después de buscar, hallamos por la izquierda otro que nos condujo a una cornisa donde, sobre herbazales inclinados, regresamos a la canal principal.

"Fuimos por laderas de césped inclinadas y, como la víspera, hallamos unas pedrizas más cómodas y, enseguida, más fáciles. Las laderas de las dos pendientes, en las cercanías del lago, son abruptas casi por todas partes. Son una especie de serie escalonada de pequeñas cornisas de hierba dominadas por cortados a pico [...]. Si una vez arriba es difícil perderse, por el contrario, en el descenso resultaría muy fácil perderse, para errar durante horas en busca de los raros pasos.

"A las 7:20 h y sobre los 2.200 metros, descubrimos un gran bloque de roca con un abrigo de pastor que podría servir como base a los turistas que, sin cargar con tiendas, desearan estudiar este macizo [...].

"Desde el Comaloforno habíamos visto dos grandes chimeneas que bajaban desde la pequeña brecha al sur de la punta Alta. La de la derecha nos pareció la más practicable: primero resultó fácil pero, más arriba, terminaría bifurcándose. Fuimos por la izquierda, si bien sus guijarros se volvieron muy inestables y, a cada instante, las grandes piedras rodaban. Por suerte, solo éramos tres: en una caravana numerosa, los primeros hubieran lapidado a los últimos. En la brecha (a las 9:30 h, sobre los 2.970 metros), consideramos que la cresta era lo suficientemente mala como para preferir su cara Este. Tras un poco de gimnasia, sobre las 9:45 h nos hallábamos ante las ruinas de la torreta alzada por Schrader el 14 de agosto de 1880.

"Siguiendo las comparaciones clásicas, hacia el este se percibía todo un *bosque de picos*, aunque fuese un bosque en el que ningún árbol llamaba nuestra atención en particular... Ante toda esta *democracia* [de montañas, según proclamara en su día Henry Russell], apenas teníamos *conocidas* y, mucho menos, *amigas*... Quizás por esta razón del todo subjetiva, por ese lado, el paisaje nos parecía corriente".

Una vez más, las operaciones de triangulación se vieron un tanto desbaratadas por la nueva amenaza de tormenta por el horizonte. Para la ruta de retirada, el trío optó por el otro corredor donde "no había riesgo de asesinar a los compañeros con algún bloque". Sin embargo, por seguir unas trazas difusas, posiblemente de cabras, terminarían perdiéndose por unas cornisas aéreas:

"Este paso malo quedó pronto resuelto mediante un rápel con la cuerda atada a un árbol. Se ha hablado mucho del papel de la cuerda en los Pirineos: cierto es que raramente resulta indispensable, pero, ¡cuántas pérdidas de tiempo, búsquedas molestas y riesgos de accidente evita! En el día de hoy sirvió para acortar nuestros paseos, más bien sin encanto, sobre las cornisas, haciéndonos ganar tiempo y evitando que nos sorprendiese la tormenta que estalló nada más llegar al campamento".

Parece interesante dejar que descansen por un instante la cuerda y los piolets, para relatar una curiosa anécdota de la acampada. Tuvo lugar durante la noche siguiente: sobre las 1:00 h, cuando se escucharon por el exterior unos ruidos misteriosos que terminarían sobresaltando a nuestros *durmientes*. Eran como unos choques repetitivos sobre la tela de una de las tiendas que luego se extinguían de forma repentina, acompañados por pasos amortiguados sobre la pradera. Los franceses recordaron entonces alguna de las malas

experiencias de sus antecesores con delincuentes en el Pirineo central. Le Bondidier explicó así lo que pudo ser una *Noche de Walpurgis*:

“Pasaron unos minutos, y luego se acercó de nuevo ese ruido sobre la hierba. Contuvimos la respiración. Un choque contra la tela, otro... Por nuestros cerebros desfilaban los recuerdos de esos bandidos que atacaron a Russell en el Cotiella. Y los hispanos que pasaron junto a nosotros durante la tormenta no tenían buena pinta... Con el cuidado de unos *pieles rojas* que van por el sendero de la guerra, desatamos en silencio algunos cordones de la tienda y sacamos afuera las cabezas. Nada: había noche cerrada y sin luna, con el cielo cubierto de nubes. No se veía ni a un metro. Seguido, después de un intervalo de silencio, volvieron esos ruidos misteriosos. Había que tener las ideas claras... Uno de nosotros empuñó el revólver, el otro un piolet y un tercero la linterna, que encendió de forma repentina, y salimos. Abajo, sobre el roquedo, una sombra se delató, ¡para desaparecer de repente! Nos precipitamos hacia allí. Nada. Era la sombra de un bloque de roca sobre otro que desapareció al ser iluminada por la linterna. En torno a la tienda de los guías no había nada sospechoso: roncaban. Volvimos a nuestra tienda en semicírculo, para así batir el terreno y ver si alguien se escondía. Hubo un juramento sordo y el ruido de un cuerpo que caía... Era el hombre del piolet, que acababa de caer, tras tropezar con una de las cuerdas de la tienda, que la luz vacilante le había impedido ver. Por fin, un grito ronco: quien portaba la linterna la había dejado caer al suelo antes de dar un salto de leopardo:

“-¡Lo tengo!

“En efecto: agarrado por uno de sus miembros, el culpable se debatía angustiado... Bajo la luz de la linterna se podía ver su boca retorcida y todos sus miembros moviéndose de forma convulsa, como si tuvieran resortes, en su afán por escapar... Con los ojos fuera de sus órbitas, nos lanzó, en mitad de nuestros estallidos de risa, un *craoa* de espanto... ¡Era una rana, alpinista e inofensiva, que se empeñaba en escalar las paredes de nuestra tienda durante un paseo nocturno!”.

Batidas de batracios aparte, Louis Le Bondidier todavía guardaba cuentas pendientes con el massís de Besiberri.

2.09. Acrobacias leridanas al modo de 1905

En esta tercera entrada dedicada a la llamada *recapitulación* del Besiberri abordaremos las últimas operaciones en la zona completadas por el grupo de Louis Le Bondidier. Siempre de la mano de su apasionante obra sobre *Un mois sous la tente dans les Pyrénées catalanes et aragonaises* (1907)...

Así, la jornada del 24 de julio de 1905 brindó abundantes materiales antropológicos al rico anecdotario de su campaña exploratoria. Recolectados en el mundo de los hombres, que no en el de las montañas, cuando nuestro consocio descendió para avituallarse a Caldes de Boí. Le acompañaban Sansuc y Carrère: este último, al parecer, deseaba relacionarse con alguna de las mozas que allí trabajaban...

En dicho establecimiento, la presencia de aquellos visitantes del Norte despertó la curiosidad general de los turistas que tomaban sus aguas: “¡Los

habitantes de la comarca no hablan más que de esos *gabachos* que duermen allá arriba, en el valle alto!”. Aunque nuestros pirineístas tuvieron algún problemilla con los cambios de sus compras o con los precios que quería les imponer un mulero local por ayudarles en su siguiente traslado, no nos entretendremos en asuntos tan prosaicos. Será más oportuno centrarnos en las nuevas tandas de ascensiones.

La aventura del 25 de julio arrancó a las 5:00 h para Le Bondidier, Dencausse y Sansuc. Nuestro trío salió hacia los estanys de Gémena con objeto de buscar las laderas occidentales del Comaloforno. Dado que planeaban el estudio desde el aire de este sector, lo primero fue encaramarse sobre el pic d’Avellaners (2.982 metros). Dicha cumbre había recibido visitas previas de diversos foráneos: Packe y Dashwood (25 de agosto de 1866); Russell y Barrau (julio de 1869); Fontan, Raphaël y Castex (18 de octubre de 1900); Descamps y Raphaël (3 de septiembre de 1901). La mayoría dejó sus tarjetas en la torreta de piedra cimera. Sin embargo, la meta real de nuestros pirineístas era el Besiberri Nord. Pasemos directamente a la crónica *lebondidierana* para conocer los detalles de la que pudo ser una *tercera absoluta* a este *tresmil* leridano:

“Bajé a la colladeta [d’Avellaners (2.886 metros)] con pena: sería preciso renunciar al Besiberri Sud tras la faena que su rimaya me había jugado hacía tres jornadas. Y desde la cumbre del pic d’Avellaners, ¡parecía tan fácil! Pero la brisa se alzaba cada vez más y, sobre todo, quería hacer la cima Nord. Así pues, desdeñando por esta vez la Sud, nos lanzamos por las primeras pedrizas y neveros del collado. Cortando horizontalmente las fáciles pendientes de nieve, doblamos un espolón rocoso: nuestro *3.004 metros* [hoy se otorgan 3.009 metros al Besiberri Nord] se hallaba justo enfrente. Entre él y nosotros solo aparecía un nevero y su muralla, con una falla estrecha. Subiendo directamente sobre una nieve dura e inclinada en la que nuestro guía tuvo que tallar peldaños, llegamos a la parte baja de la chimenea. Era de bloques inestables: había que desconfiar de ellos, pues incluso los más grandes rodaban, como tomados por el vértigo, con una facilidad deplorable. Se impuso hacer zigzags sobre cornisas para contornear dicho obstáculo: hubo allí gimnasia y equilibrios. Arribamos de este modo a lo más alto de la chimenea, que no era lo más alto de la montaña, pues justo enfrente aparecía un nuevo corredor. Para llegar arriba sería preciso pasar por una vil cornisa casi de rodillas, pues el roquedo que la dominaba era extraplomado. Por debajo se abría el vacío. La segunda chimenea resultó menos áspera, aunque sus bloques fueran aún menos sólidos. Por fin alcanzamos la cresta estrecha y, a las 11:00 h, a la cumbre. El panorama desde el Besiberri Nord era notable [...]. Por el mediodía se apreciaba la serra de Montardo [de Caldes] dando el fondo y, como en un segundo plano..., el Besiberri Sud.

“El Besiberri Sud: ¡iel, de nuevo él! Cuando acabó nuestra frugal comida y encendimos las pipas, involuntariamente, terminaba volviéndome siempre hacia el sur. Una ráfaga de viento había dispersado las nubes: la jornada sería soberbia...

“Los hombres primitivos moraban en mitad de una naturaleza poblada por dioses, semidioses y demonios. El alpinista que vive alejado del mundo cede pronto a esta tendencia ancestral: involuntariamente suele dar vida a sus picos. Los puede ver tan pesados como amazacotados, con el aspecto leal de un gran dogo que no le haría daño ni a un niño. A otros los vería osados como las agujas de una catedral, o bellos y orgullosos como las mujeres bonitas que no se rinden sino ante la audacia. Y otros serían como seres caridosos y leprosos que resultaban tan siniestros y traidores como esos duendes que escupen piedras por la espalda. Para algunos habría muchas simpatías y, para otros, repugnancia.

“Al contemplar a este en concreto, pensé que me decía: *Ya lo ves, tengo el lomo redondeado y soy un buen chico para los demás. Pero tú no me has tenido ni me vas a tener. Te he tendido la trampa de mi grieta y tú te has marchado. Y te he presentado luego la amenaza del mal tiempo y me has abandonado. Hace tres días que estudias un problemilla de la topografía pirenaica, pero para hallar la solución sería preciso que te instalaras sobre lo alto de mi joroba. Y como el Espitau de Vielha queda lejos, nunca me tendrás.* Parecía como si aquella masa inerte e inmóvil, desde lo alto de su arrogante actitud y de su eternidad..., ise burlara de mí!”.

Una vez más se comprobaron las tarjetas que había enterradas bajo el hito del Besiberri Nord, firmadas por los hermanos Spont, Nils de Barck y Sansuc (7 de agosto de 1899); Peyta, Passet y Trescazes (18 de junio de 1905). Para nuestro cronista, era tiempo de tomar alguna decisión. Sin embargo, a su compañero Dencausse, el Besiberri sureño “no le decía nada”. Así, mientras éste bajaba hacia los estanys de Besiberri, Le Bondidierapuró la jornada junto a Sansuc. La parte final del ascenso a un Besiberri Sud que al menos ya había visto humanos sobre su cima en cinco ocasiones, la afrontó en solitario:

“A despecho de parecer irreverente, les diría a los alpinistas novatos: en las victorias montañeras, como en las de *Don Juan*, no se deben tanto a la violencia como a la tenacidad. Si un pico se resiste, dejadle hacer. Si se encrespa, dejadle que pase su crisis nerviosa. Pero estudiad su punto débil, el defecto de la coraza, y dedicaos a pensar mucho durante la espera, poned algo de energía en el ataque y un punto de velocidad en el ataque final. Así capitulará. Por ello, media hora después de haber dejado a mi bravo guía, solo en la cima del Besiberri Sud degusté la satisfacción de una victoria salpimentada con un punto de venganza”.

Sobre aquel *tresmil* tan ansiado, nuestro consocio no dejó de recordar a sus hipotéticos vencedores: Packe y Dashwood, el 25 de agosto de 1866. Ni tampoco de censar a esos predecesores que habían dejado su tarjeta de visita bajo el montón de piedras cimera: los Spont y Sansuc (31 de julio de 1898); Descamps y Raphaël (3 de septiembre de 1901); Brulle, Astorg y Castagné (23 de julio de 1902); Peyta y Célestin (20 de junio de 1905). Los futuros historiadores del macizo bien que le podían agradecer a este hombre su meticulosidad... Después de varios avistamientos desde otras cumbres con la aliada y el clisímetro con colimador, Le Bondidier determinó que el Besiberri

Sud se alzaba a 3.020 metros sobre el nivel del mar [hoy le adjudican 3.024 metros]. Misión cumplida.

Poco más dio de sí aquel 25 de julio de 1905: nuestro cartógrafo *amateur* abandonaba tan excelente mirador a las 15:15 h, después de haber estudiado a fondo el contorno. Sin embargo, el descenso hasta el Espitau de Vielha, donde se reuniría con toda su cuadrilla, condujo a Le Bondidier hacia una traza en la que se vio forzado a practicar nuevos ejercicios de "gimnasia de clowns", entre roquedos verticales..., con una caída incluida que, en principio, le hizo creer que tenía una pierna rota. Por los pelos, el Besiberri Sud no terminó cobrándose su desquite.

Una vez situados en el referido Hospital, las peripecias de estos galos tan inquietos resultaron de lo más coloristas. Le Bondidier ahorró poca tinta en sus epítetos:

"¡No dispongo de la pluma de Alejandro Dumas para describir este cuchitril pintoresco y ahumado! En torno a una mesa de madera gruesa, manchada de grasa y vino, unos arrieros bebían. En mitad de la sala, otro hombre degollaba a un cordero: su sangre se coagulaba sobre el suelo en manchas rojas que lamían unos perros famélicos. En un rincón una mujer de edad indeterminada acunaba a un crío que parecía aullar... A nuestras buenas tardes nadie respondió, nadie giró siquiera la cabeza. Un arriero con las piernas separadas y el brazo en alto con una bota, dejaba correr un reguerillo de vino tinto sobre su garganta, tragándolo con una serie de *glu-glús* tan rítmicos y sonoros como gárgaras... Flotaba en el ambiente un olor indefinido y desconcertante: a cocina, aceite, sudor, grasa y sangre.

"-*Agua y un poco de vino* -pidió mi compañero, que hablaba catalán.

"Repitió tres veces su petición ante la mujer, que parecía muda como una estatua. Finalmente, ésta se levantó y, un cuarto de hora después, puso ante nosotros lo que le habíamos solicitado".

Durante la cena, compartieron mesa con unos montañeros de Barcelona que dominaban el francés. Uno de ellos, cierto ingeniero anarquista que había estudiado en París amenizó la pitanza con un mitin libertario. Nuestro narrador quiso aderezarla con cuatro notas sobre la gastronomía local:

"La cocina con aceite rancio es espantosa. Parece que hayan vertido en cada plato el residuo de un viejo quinqué. He degustado la comida imposible de la costa oriental de Córcega, los pollos asados con mermelada de Bélgica y Holanda, el pesado *sauerkraut* de Colonia. Aquí, por primera vez, mi estómago se ha rebelado. Como en nuestras mochilas no quedaba ni un gramo de víveres [...], tuve que fumarme la pipa, consoladora de los días de hambre".

Quedaba todavía lo más estrambótico de todos aquellos *lances de posada*: la pernocta. Pero, mejor, que el propio Le Bondidier explique la experiencia en los lechos del alojamiento con su estilo tan lírico como mordaz:

"¡Oh, las noches de España! No resultáis bellas sino en las novelas o bajo una tienda de campaña. Jovencitas que, con la nariz sobre estas hojas, las pasáis pensando en un idilio: soñad con serenatas, mandolinas y balcones, con noches tibias, aires balsámicos y perfumes de rosas... Conservad vuestros sueños, pero no tratéis de realizarlos en el Espitau de Vielha o en sus

sucedáneos, en el fondo de esos valles de Aragón y Cataluña donde cada albergue es más rico que la reserva de un laboratorio de parasitología. Guardad vuestros sueños y, si queréis realizarlos, id más arriba, mucho más arriba, hasta los 2.000 metros de los valles oscuros, y así podréis, en un claro de luna de una noche azulada, escuchar la dulce serenata de un reguerito de agua, que no es sino la mandolina de la montaña”.

Para no dejar mal sabor de boca también brindaremos las impresiones del pirineísta al punto de la mañana, tras su amanecida en ese Espitau de comienzos de siglo XX. Porque, justo antes de tomar el camino hacia los *Montes Malditos*, se volvió para admirar el paisaje circundante:

“Jamás un albergue tuvo un decorado más magnífico que este circo de bosques espesos. Los árboles no tienen la silueta atormentada y trágica de los pinos de las cotas altas, sino un aspecto sano y poderoso... El cuadro es de una serenidad relajante”.

Aunque haya cambiado mucho el territorio en los ciento catorce años transcurridos desde la visita de Le Bondidier, sus loas hacia el massís de Besiberri seguirán prevaleciendo sobre cualquier otra consideración.

2.10. Primitivo esquí de montaña en la Ribagorza

Hoy viajaremos en el tiempo en busca del más primitivo esquí pirenaico. Por fuerza, con un claro acento francés en sus inicios. Así, a la sombra de la sección de Toulouse del *Club Alpin Français*, funcionaba desde 1907 cierta *Sports d'Hiver Association*. El 22 de diciembre de 1913 se quiso relanzar la entidad bajo el nombre de *Ski-Club Toulousain*. Al punto, sesenta jóvenes se adhirieron a la misma, un número que pronto engrosó gracias a la difusión realizada en ambientes universitarios. Fernand Rives centró sus esfuerzos iniciales en adiestrar a estos neófitos sobre la meseta de Superbagnères... Con las nieves de los *Montes Malditos* centelleando por el sur, tan terriblemente cautivadoras. No extraña que sus cimas ingresaran pronto en el listado de objetivos.

A mediados de marzo de 1914 la asociación gala se decidió a tentar una montaña de renombre: el Aneto. El grupo estaba liderado por el veterano Louis Falisse, quien conduciría hacia ese *Monarca* que tan bien conocía a unos jovencísimos Jean Arlaud, Édouard Lacq y Roger Martin. Resulta interesante reconstruir esta aventura a partir de los textos del primero de estos novatos, ya desde su resumen para el *CAF de Toulouse* (1914), ya desde sus póstumos *Carnets* (1965).

Los pintoresquismos de nuestro cuarteto se iniciaban durante su traslado hasta Luchon en bicicleta con las tablas adosadas en el lateral del cuadro. Sin embargo, en la ciudad termal hubo que alquilar unos mulos para que transportasen sus pesados esquís hasta los primeros manchones de nieve. En cuanto al descenso desde el Portillón de Benasque hasta la Renclusa, resultó más que penoso para Arlaud, quien “apenas podía darse cuenta de nada si no era por los movimientos de los esquís y por su inclinación, si es que descendía; durante las paradas, se veían caer copos de nieve a toda velocidad por los lados”. La dura aproximación finalizaría con un acto vandálico: como el refugio

de la Renclusa, aún sin terminar, estaba cerrado, los franceses forzaron la puerta a golpe de piolets... El tiempo mejoró poco con la albada siguiente, lo cual no impediría la intentona:

“Viento violento durante toda la noche [en la Renclusa]. A las 7:00 h se calma y podemos salir. Portillón Inferior a las 10:00 h; descansamos tres cuartos de hora y seguimos la larga subida en zetas por el glaciar, bajo un sol tórrido, hasta la collada de Coronas, que alcanzamos a las 14:00 h. En dos ocasiones, los esquís se nos escaparon de los pies y entonces fue preciso realizar descensos alocados para atraparlos. A las 14:45 h estábamos al comienzo del Puente de Mahoma y tuvimos la alegría de fotografiar por primera vez unos esquís plantados en mitad del paso. Por desgracia, el Puente no era sino una larga arista de hielo absolutamente infranqueable: a la vista del poco tiempo que teníamos, no pudimos alcanzar el extremo de la cumbre por unos pocos metros. A las 17:00 h estábamos de regreso en la Renclusa”.

Sin embargo, durante aquella ascensión, frustrada por unos metros, se revelarían ciertas discrepancias operativas entre los tres jóvenes *cafistas* y su aguerrido líder:

“Una cosa nos exaspera un poco: Falisse sigue una técnica consistente en no subir sino por pendientes débiles, lo que nos obliga a trazar inmensas zetas, muy apretadas. Bajo las tablas no lleva cuerdas, sino un simple trozo de cuero *antiderrapante* [a falta de focas], colocado por debajo de su fijación”.

Estaba claro: una nueva generación pedía paso a sus mayores... En el curso de la retirada, se produjo un nuevo percance: cuando trataban de escapar de la tormenta, a Falisse se le rompió la punta de una espátula. Por suerte llevaban encima una de esas piezas de cinc que se atornillaban por delante para que hiciese el papel de la espátula perdida. Aun con todo, el hombre bajaría hasta la Renclusa muy entorpecido por dicho recambio.

Es posible rematar el tanteo de 1914 al Aneto gracias a Jean Escudier. En una revista *Altitude* de 1948, este camarada de Jean Arlaud describía sus inicios con las tablas, de un modo bastante colorista, dentro del artículo sobre “L’exploration acrobatique des Monts Maudits par Arlaud et le Groupe des Jeunes”:

“Dieciocho años. Dos ojos de miope parpadeando bajo una boina alpina, larga guerrera de paño y bandas de tela por las pantorrillas: este esquiador de la prehistoria que acaba de vencer [sic] al Aneto no era sino Arlaud en sus comienzos. Primera gran ascensión, primer *tresmil* pirenaico. A su regreso dijo: *Bajo el puerto de Benasque, por la noche, las brumas y la borrasca nos tragaron... Durante horas, buscamos a ciegas la Cabaña de Cabellud... Y la encontramos. Fue una noche atrozmente glacial.* Cuando, algún tiempo después, comenzó a llevarnos cada dos inviernos a los *Montes Malditos*, más que la conquista de las cimas vírgenes, Arlaud venía a buscar el recuerdo de su primera gran jornada en la montaña. Y se sentía encantado, inflamado por la tradición, por ver a la naturaleza prestándose a dicha evocación [...]. En 1914 Arlaud hizo el Aneto con esquís [sic] junto a Falisse, veterano de la primera ascensión. Volvió allí en febrero de 1923. Desde 1922 quiso establecer la tradición de las *Navidades Benasquesas*: un año de cada dos, pues el otro se

consagraba a la familia, Arlaud venía para pasar las vacaciones de fin de año en esta acogedora Villa española. Aunque sus objetivos variaban, el cuadro era idéntico: en 1922 fue el Gallinero; en 1930, el macizo de Posets; en 1928 y 1932, los *Montes Malditos* [...]. Prudentemente, Arlaud tenía por principio no aventurarse nunca en invierno sino por regiones conocidas”.

El gran historiador ha adelantado el temario de las próximas entregas. Bien: abordemos entonces la siguiente... La *temporada blanca* de 1920-1921 discurriría con verdadero brío para el *Groupe des Jeunes* del CAF: en la primera quincena de febrero, los de Toulouse ya habían ascendido a la tuca de Mulleres y puesto en marcha un par de ensayos en torno a los Posets. Nos centraremos en esta última montaña, una de las metas de Arlaud tras ser desmovilizado del Ejército galo al término de la Gran Guerra.

La primera con tablas al *Virrey del Pirineo* había sido planeada inicialmente para el invierno de 1920, mas hubo retrasos en su ejecución; entre otros motivos, por cuenta de la mala salud del franco respecto a la peseta. El proyecto del *Ski-Club Toulousain* se reactivó cuando Ludovic Gaurier informó a Jean Arlaud, en diciembre de aquella misma añada, de que Louis Falisse y Louis Robach tenían en mente ganar la cota 3.375 m con sus tablonos. Por entonces, en Francia se creía que era un objetivo poco propicio al *deporte blanco*: “inesquiable”, se llegó a decir. Arlaud iniciaría su cerco en enero de 1921, siendo rechazado en dos ocasiones, ya por la lluvia, ya por las nevadas. Una de ellas, junto al pionero Robach. La desarrollada entre el 16 y el 23 de febrero de 1921 sería la buena.

Arlaud conformó el equipo a partir de sus amigos Raymond d’Espouy, Léonce Mandeville, Henri y Jean Sabadie. El primero de ellos, como resulta bien sabido, un futuro socio de honor de *Montañeros de Aragón*... Situaremos a nuestro quinteto del GDJ en Luchon, hasta donde se accedía con rapidez en ferrocarril. Los jóvenes arribaban con no pocas dudas debido a la novedad de este ascenso con tablas y al peso de sus mochilonos. Con un sano temor a las avalanchas. Máxime, cuando descubrieron que la nieve empezaba en el mismo Hospice de France.

El 17 de febrero los pirineístas afrontaban muy temprano el ascenso de La Picada: a las 4:45 h. Lograron vencer dicho collado sobre las 14:15 h, con los estómagos bien alimentados tras un picnic a base de salmón y pollo, regado con tinto procedente de la bodega de nuestro Espouy. No sin dificultades, descendieron al Plan d’Están medio esquiando, medio destreando por nieves de pésima calidad. Como estrategia logística, escondieron parte de sus vituallas en las cercanías de la Renclusa. A las 17:30 h accedían al Hospital de Benasque, donde ocultaron un segundo depósito. Con los esquís a la espalda, la bajada hasta Benasque se les hizo “larga como un día sin pan”. Nos detendremos con su anecdotario en el Alto Ésera, buceando un poco entre los *Carnets* (1965):

“Acogida entusiasta en la Fonda Sayó. Espouy fue presentado [en broma] como *diputado en Cortes*, por lo que le hicieron toda suerte de reverencias. La cena nos retuvo, debido a sus múltiples platos, hasta las 23:00 h, cuando apagaron los fuegos. La media de las horas a las que nos fuimos

despertando fue las 7:45 h (entre las 4:30 y las 8:00 h, según cada caso). A las 8:15 h nuestro grupo estaba reunido ante un delicioso chocolate: considerando que iría bien con otras bebidas, nuestro camarada Espouy hizo traer una botella de champán, con lo que terminamos declarando por unanimidad que el champán es el complemento obligatorio del chocolate español. Turrone y pastas variadas cerraron nuestro menú. Dimos una vuelta por la Villa. Hubo nuevos repartos de víveres y material y, a las 11:45 h, dejábamos Benasque con los esquís a la espalda, acompañados por los *buenos días* de toda la población. Hubo un encuentro con el entierro del hijo de un carabinero al que habían abierto treinta veces el vientre y, cada vez, le extraían de cinco a seis litros de líquido. Los carabineros permanecieron indiferentes ante nuestro paso”.

El periplo de los franceses continuó hacia Eriste, donde se internaron por las montañas. Hacía bastante calor y la ruta de aproximación estaba tomada por los bojes. Aun con todo, juzgaron que era “un valle soberbio”. Por lo demás, el cartógrafo Espouy aprovechó para rectificar algunos datos en el mapa de Schrader... Solo cuando las cumbres de los Posets se mostraron por las alturas, pudieron calzar las tablas: de un modo repentino, las nieves se habían adueñado del valle. El descubrimiento fortuito de una cabaña de pastores les decidió al vivaqueo. Los cinco huéspedes tendrían que apretarse un poco en su interior... Y llorar a bien a gusto por esa humareda que se formó cuando encendieron el fuego.

Arlaud y los suyos se despertaron sobre las 0:30 h del día 19. Lo primero de todo, prepararon una chocolatada “que les diera alas para saltar hasta los Posets”. Pero la marmita se cayó al suelo, por lo que fue preciso contentarse con un desayuno a base de *agua chocolateada*. A las 2:00 h los de Toulouse estaban en marcha, sufriendo un despiste de ruta que les hizo perder bastante tiempo. Pronto descubrieron que habían pernoctado en la cabaña inferior de la Aigüeta, que no en la superior, como creían. Era el inicio de su lucha contra toda suerte de dificultades, reflejadas al detalle en los *Carnets*:

“4:30 h. La base de un gran corredor nivoso, avistado la víspera cuando nos elevábamos desde el fondo del valle, en dirección sur-oeste-noreste. La nieve está mejor. Comenzamos a elevarnos con rapidez. Hay placas de nieve y rocas. Seguimos hacia un collado al norte de la base del pico de Perramó. Las estrellas tintinean. Es preciso abrirse paso tallando con el piolet a la luz de la linterna eléctrica, necesaria para calmar las emociones de quienes no llevan piolet o no tienen clavos en la suela de las botas.

“5:45-6:00 h. Bocado con los primeros resplandores del día. Frío de lobos. Cambio de dirección hacia el norte para ganar, a las 6:30 h, una brecha que bautizamos como brecha de la Estrella, sesgando la segunda línea de crestas que separa el valle de Eriste del de los Posets. Continuamos la marcha en dirección oeste, algo por debajo del cordal de la cresta.

“7:00 h. Paso por debajo de una brecha que tendríamos que haber tomado. Se contornea con esquís el alto del valle y pasamos por encima de un laguito. Después tiene lugar una escalada penosa con los primeros calores del sol que nos lleva, a las 8:00 h, a una brecha que desciende al sur de los

Posets. Las Espadas aparecen, ligeramente separadas de nosotros por una segunda cresta. Bocadillo sobre un roquedo.

"8:45 h. Bajamos un poco sobre la otra vertiente, en torno a una cubeta. Después, subimos hacia una segunda..., ¿brecha sin nombre que comunicaría el valle con el que sube al col de Las Espadas? La caravana se muestra llena de confianza a la vista de los Posets, que aparecen llamativamente cerca. El *señor diputado* [nuestro consocio Espouy] dice que resulta duro un bautizo así, pero declara, mientras succiona una naranja con los esquís a la espalda, imitando el grito de un cerdo para facilitar su deglución, que jamás se había sentido tan bien. Mandeville le recrimina al sol sus ardores. Decidimos dejar aquí los esquís y llevar uno para las fotos.

"9:40 h. Ataque a las pendientes *verglaseadas* de los Posets, utilizando al máximo los tramos de guijarros y rocas. En dirección noreste y luego norte, hasta la cresta. Desde aquí, por toda la cresta: hay que tallar numerosos peldaños. Pasamos una parte de la cresta nevada con un pie en una vertiente y el otro en la otra. Las naranjas (últimas municiones) son tragadas de forma integral. No hay dificultades serias.

"10:50 h. La cumbre [de los Posets]: ihip, hip, hurra! Hay gritos variados. También apretones de manos mientras se procede a bautizar como miembro activo [del *Groupe des Jeunes*] al *señor diputado* [supuestamente, Espouy]. Tomamos sidra espumosa. Almuerzo sobre la cumbre. Los Posets deben de estar furiosos por esta invasión invernal, pues nos prodigan sus caricias glaciales. A pesar del viento, permanecemos sesenta y un minutos sobre la cima".

El descenso hasta donde habían dejado la mayor parte de las tablas se llevó a cabo sin problemas. A partir de esa brecha, el viento gélido cesó. Comenzaba la fase más divertida de estas *primeras esquizadas* sobre la segunda cota pirenaica:

"Retomamos los esquís. Abandonamos la ruta de subida y bajamos directamente, en amplios deslizamientos por el valle, al sur de la cresta rocosa que seguimos a la ida. La nieve estaba mejor a pesar de algunas placas de textura jabonosa que se hundían cuando pasábamos o que hacían el oficio de frenos. El *señor diputado* [Espouy] evitó pasar por los lugares donde había alguna marca de caída [...]. A las 15:30 h estábamos de regreso en la cabaña donde pasamos la noche. Recuperamos el equipo de vivaqueo y, siempre sobre los esquís, iniciamos el descenso del valle. Nos pareció muy corto".

Los cinco franceses tardaron poco en estar de vuelta en la vega del Ésera. Parece interesante repasar el trato desenfadado con los habitantes de sus principales núcleos:

"17:15 h. Eriste. Atravesamos el pueblo. Todas sus gentes se reúnen y nos siguen [...]. Después, el camino entre Eriste y Benasque nos parece más largo que a la ida. Sin embargo, Mandeville y Arlaud disputan una carrera con un coche y la ganan por varios cuerpos de ventaja, llegando a Benasque a las 17:45 h. Reagrupamiento de la caravana. Desfile por la Villa, con la habitual escolta de *muchachos* hasta la Fonda Sayó, donde nos aguardaba la tradicional

copita de anís, el baño de pies y una suntuosa cena, seguida de una sesión de fonógrafo afónico, cítara y coros.

"22:00 h. Realizan una consulta a nuestros hombres de ley: ¿una mujer frívola puede tener derecho a heredar una casa en Benasque? Y otras dos al aspirante a médico: un hemipléjico y un T. P. [¿una enfermedad poco honorable?]. El asistente acepta las consultas con la secreta esperanza de que tendrán lugar mañana. La mayor parte del grupo se duerme sobre sus sillas cuando apagan los fuegos.

"La caravana decide convertir esa jornada [del 20 de febrero] en día de descanso. La misa de las 8:00 h comienza a las 9:45 h. Visitamos la iglesia y las demás curiosidades de Benasque. Toda su población, informada de la presencia de cinco *gabachos* que han regresado de los Posets, espía nuestros menores movimientos y trata de determinar quién de nosotros es el *señor diputado* [de nuevo, nuestro Espouy]. El almuerzo en Casa Sayó no resulta inferior en nada a la cena, sino todo lo contrario: arroz, salchichas con habichuelas, jamón, huevos, costillas de cordero, crema, sidra. Reaparece el porrón".

No nos demoraremos demasiado con el resto de vagabundeos del grupo de *Arlaud* por Benasque, Eriste, Guayente y Sahún. Solo apuntar que, en uno de estos núcleos, explicaron a un octogenario que se ganaban la vida "cantando por los pueblos y los albergues"... Tras el crepúsculo hubo concierto en la capital del Alto Ésera y, seguido, otra comilona. Al día siguiente cargaban sus aperos sobre un mulo que guiaría un tal Miguel, a cambio de diecisiete pesetas, y regresaban a las regiones nevadas. Las últimas anécdotas en Benasque no dejan de tener su puntillo de originalidad:

"Salida con música. La caravana, reunida en el patio de la Fonda, interpreta las más bellas canciones de su repertorio: la *Canción del Viejo Sarrio*, la *Madelón de la Victoria*, la *Tirolesa de los Pirineos*, etcétera. Los nativos se detienen con estos acordes de guitarra y mueven la cabeza. Partimos después de tomar una copita de anís junto a las fijaciones *Huitfeldt*. Amarramos las mochilas [en el mulo] y desfilamos. Adiós emocionado del personal de la Fonda. Promesas de regreso: ¡adiós, adiós!".

Por la tarde nuestro quinteto alcanzaba el refugio invernal de la Renclusa. Su objetivo era el Aneto. La mañana del 22 se vio claro que el riesgo de temporal era fuerte, por lo que se cambió por el pico de Paderna. Sin embargo, no pasaron del ibón del mismo nombre debido a una nevada... Solo restaba el retorno a Francia antes de que los puertos fronterizos quedaran cerrados. Lo lograron por muy poco.

Nuestros protagonistas volvían a Luchon el día 23 de febrero de 1921, despertando la curiosidad de los viandantes por el tizne de sus rostros: "Unos, negros por el sebo; otros, blancos por la vaselina mezclada con talco". Las cosas de los sistemas de antaño para protegerse del sol invernal...

2.11. Niños en el Balaitús y el Aneto

Cada vez se constatan chicos más jóvenes sobre las cimas. En ocasiones, muy por debajo de la línea de los diez años. Pero no es éste un fenómeno tan

reciente como se pueda creer. A lo largo de los siglos XIX y XX el, digamos, *pirineísmo infantil* firmó diversas páginas sobre los grandes puntales de la cordillera.

Acudamos en primer lugar al apodado como *Cervino Pirenaico*. Una montaña que nunca ha tenido fama de *facilona*. Aun con todo, en el número 130 de la *Revista Ilustrada de Alpinismo Peñalara* (octubre 1924) aparecía cierto trabajo sobre una actividad poco usual: "Un niño de ocho años sube a la cumbre del Balaitús". De este modo desglosaba la noticia su autor, un discreto A. V. cuyas iniciales, muy posiblemente, correspondían a Antonio Victory:

"De nuevo volvemos a encontrarnos en la historia de nuestro excursionismo con el Murmuré o Balaitús, esta vez para recoger una nota grata [después de algún accidente]. En este verano, y en la ascensión efectuada por nuestro camarada Luis Díaz, un muchacho de ocho años, hijo del guía de Sallent, Eustaquio Urieta, ha llegado a la misma cumbre, demostrando ser un alpinista excelente. Con una seguridad increíble en un chico de tan corta edad fue venciendo todas las dificultades que presenta la áspera ascensión al Murmuré por la vertiente de Arriel, aumentadas en ese día por haberse helado la nieve recientemente caída. Sin embargo, el pequeño Urieta, sin ayuda de nadie, alcanzó la cumbre. *Peñalara* registra satisfecha esta ascensión al Balaitús. En ella se consagra nuestro joven asociado Luis Díaz, nuevo pirineísta que poco antes hizo sin guía el Monte Perdido, y el niño Eustaquio Urieta Guillén, que el año pasado nos acompañó gozoso en una breve excursión por las inmediaciones de Sallent en la que se nos mostró como un excelente marchador y entusiasta montañero. Hoy es ya un verdadero alpinista, que debuta el arisco Murmuré. Es esta una ascensión que, al llamarnos viejos ya a algunos, recoge el fruto de otras propagandas [...]. En Eustaquio Urieta Guillén saludamos a una nueva generación de guías concedores de su terreno y entusiastas de su tierra que, educados en la escuela de su padre [el célebre guía y delegado de la *RSEAP*, Eustaquio Urieta Pueyo, apodado el *Lobo de Sallent*], de amor a su suelo y al excursionista, contribuirá eficazmente al desarrollo de la afición a la montaña en nuestro país. *Peñalara*, al felicitar a ambos, envía un equipo de alpinista al valiente niño Urieta, futuro buen guía, como estímulo en su carrera, con tanto éxito empezada".

Esta suerte de *récord* tensino tendría sus consecuencias al otro costado del Pirineo oscense. Un territorio más propicio a este tipo de actividades, dado que en los Montes Malditos era donde mayor pujanza se había observado en cuanto al tema del *pirineísmo infantil*. Tales ascensiones adquirirían cierto aire de competencia soterrada al instaurarse una especie de trofeo para premiar al más joven sobre el *Techo* de la cordillera. Acaso el momento álgido de este proceso se podría situar entre la primavera y el verano de 1926. Pero, mejor que resumir, accedamos una vez más a la revista *Peñalara*. En su número 161 (mayo de 1927) se leía este curioso texto sobre las "Notables ascensiones al Aneto, por dos muchachos de diez y once años", sin firma alguna a la vista. Nos interesa de forma especial a los socios de *Montañeros de Aragón* a la vista de ciertos apellidos célebres de esta asociación:

“En la anterior temporada de verano, el gran Aneto, gigante del Pirineo, vio hollada su cima por los dos más jóvenes alpinistas que han logrado alcanzar los 3.404 m a que se eleva sobre el nivel del mar. El día 24 de julio de 1926, el niño de once años Fernando Almarza, acompañado de su padre, el capitán de Ingenieros Lorenzo Almarza, y de cuatro padres Jesuitas (entre los que se contaba el padre Zurbita, director del Colegio del Salvador de Zaragoza, de donde es alumno el niño), culminaron la elevada cima guiados por Antonio Abadías.

“Pocos días después, el 16 de agosto del mismo año, hizo la misma ascensión el niño de diez años José Abadías, alumno del Colegio de Saint-Gènes de Burdeos, acompañado de su padre, el guía oficial de *Peñalara*, Antonio Abadías. José Abadías Sayó llegó a la cumbre sin dar muestras del menor cansancio, demostrando sus envidiables dotes de escalador que le auguran una serie de éxitos para sus sucesivas empresas alpinas; he establecido un *récord* que es difícil batir. No en vano, es hijo del *León del Aneto*, el popular guía de los Montes Malditos, Antonio Abadías, que pronto subirá al Aneto por la trescienta vez.

“Es notable que las aptitudes montañeras de esta familia se trasmitan por herencia: quizás en España es el único caso que conozcamos de una familia de guías [*sic*], caso tan frecuente en Suiza. El abuelo del héroe que hoy celebramos fue el malogrado guía del Aneto, José Sayó [...]. De la expedición en que tan felizmente ascendió el joven *recordman* formaba parte mosén Jaime Oliveras, que, testigo presencial de aquella catástrofe a que nos referimos, después de ocho años de ausencia en España. Detuviéronse los excursionistas en el lugar del accidente [el Puente de Mahoma] y unas preces dirigidas por mosén Oliveras fueron fervorosamente contestadas en sufragio de aquellos que rindieron el tributo que a veces cobra la montaña en sangre [...]. El Aneto se dejó vencer por un muchacho de diez años y esta es la mejor muestra que abona su bondad y mansedumbre. José Abadías Sayó ha dedicado a *Peñalara* una banderita que agitó en sus manos al llegar a la cumbre, la cual figurará en nuestro archivo montañero. Es propósito de la Junta Directiva conceder una Medalla al entusiasta muchacho que no desmiente la raza de la que procede”.

Por suerte se pueden ampliar estos datos con los comentarios que nos dejó uno de sus protagonistas en 1997. De esta manera recordaba Fernando Almarza Laguna de Rins su aventura de 1926:

“Mi padre [Lorenzo Almarza Mallaina] me entrenó para subir a la montaña, como es lógico, con gran cariño. Tenía la ilusión de que yo subiera al Aneto siendo el más joven que lo había hecho hasta entonces. Para evitar el agotamiento por mi corta edad, procuró, antes del evento, hacer conmigo escalonadamente excursiones cada vez más largas: primero Guayente, luego Cerler, después Batisielles, el Hospital, el pico de Cerler, etcétera. Y así hasta que me consideró en condiciones de poder superar sin demasiada fatiga las seis horas de marcha hasta la Renclusa, y las otras seis que hay desde allí hasta el Pico. La verdad es que organizó todo como se hacía entonces: con gran esmero y procurando prevenir el peligro que pudiese suceder. Lo primero

era calzarme adecuadamente, cosa difícil porque tenía once años y no había entonces medida de botas de montaña. Por lo tanto, me las arreglé con las del colegio, a las que Lorenzo, el zapatero-montañero de Benasque, puso con gran ilusión y, como pudo, unos clavos. El resto de la indumentaria, lo de siempre: medias y jersey de lana, y también un pasamontañas y bufanda. Como compañeros de cordada, iban José Abadías, alias el *León del Aneto*, y guía oficial del *Centro Excursionista de Catalunya*, [José Cereza] *Fades*, mi padre y, para completar la expedición, una colección de jesuitas jóvenes residentes en Guayente a los que mi padre engañó, y que subieron con las sotanas remangadas y rolladas a la cintura, más de uno en alpargatas. Todo estaba preparado: el día 13 de julio de 1926 salimos de Anciles para dormir en la Renclusa. Al día siguiente, a las 5:00 h, oíamos el grito estentóreo de rigor de Abadías de *iAnetoooo...!*, con el que despertaba a los turistas: todos fuera de la cama y arriba. El día fue magnífico y todo se desarrolló con felicidad. De esta forma yo conseguía la medalla que el club *Peñalara* de Madrid tenía ofrecida al más joven que pisase el Aneto, trofeo por el que mi padre tenía gran ilusión. Pero, ¡oh, disgusto!: no llegué a poseer la medalla, pues Abadías, que tenía un hijo dos o tres meses más joven que yo, esperaba mi ascensión con paciencia para subirlo a él al poco tiempo”.

Por lo demás, a Fernando le editaron un interesante opúsculo sobre *La conquista de la cumbre del Pirineo. Pico de Aneto, 3.404 m* (1964). Entre otros datos, censó allí estas ascensiones infantiles. Como se verá, se trataba de un asunto que venía de lejos:

“La edad del excursionista más joven que ha subido al pico de Aneto ha tenido también sus variaciones y la historia de este que podíamos llamar *Récord de Juventud*, es la siguiente:

“A los dieciséis años, el 1 de septiembre de 1857, por Alice Prévost.

“A los catorce años, el 7 de septiembre de 1861, por Georges Godillot.

“A los trece años, el 29 de agosto de 1888, por Andreo Sebastiano (hijo del dueño de la Renclusa).

“A los once años, el 14 de julio de 1926, por Fernando Almarza.

“A los diez años, el 16 de agosto de 1926, por José Abadías (hijo del guía y guardián del refugio de la Renclusa, Antonio Abadías).

“A los nueve años, el 14 de agosto de 1934, por Chantal d’Espouy [hija de nuestro consocio Raymond d’Espouy].

“A los nueve años, el 19 de agosto de 1962, por María Pilar Almarza (mi hija, pocos días después de cumplir los ocho años)”.

Está claro que un club como *Montañeros de Aragón* tenía que ascender al Aneto a sus niños mejor preparados del periodo heroico. Ya fueran españoles como franceses.

2.12. La exploración de los Alanos en 1926

Algunos cronistas sostienen que la *década de oro* del montañismo aragonés discurrió entre 1926 y 1936. Unas añadas en las que la carencia de equipo e inexperiencia clamorosa se tuvieron que compensar con grandes dosis de entusiasmo. Donde, además de logros en el terreno deportivo, se

establecieron robustos lazos con el más que asentado pirineísmo de la vertiente norte. Un claro ejemplo de estas relaciones con los, digamos, *hermanos mayores*, sería la solicitud de artículos a *pesos pesados* galos como Ludovic Gaurier o Aymar de Saint-Saud. Nos centraremos en una de las interesantes colaboraciones de este último explorador, donde se narraba uno de sus recorridos para esclarecer embrollos cartográficos en los Valles Occidentales...

El texto de nuestro socio de honor, Aymar de Saint-Saud, que hoy nos ocupa se publicó en el número 43 de la revista *Aragón* (abril de 1929). Allí se presentaría titulado como: "En el Pirineo aragonés. El Pico y la Mesa de los Tres Reyes. Las Tajeras-Los Alanos". Produce cierto orgullo ver cómo las peripecias de este miembro de la prestigiosa *Pléyade* del pirineísmo francés se asomaban entre las páginas del órgano del *Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón*. Luciendo un interesante prólogo del futuro vicepresidente de *Montañeros*, Pascual Galindo:

"Hoy se honra nuestra querida revista *Aragón* publicando este interesantísimo artículo del conde de Saint-Saud, autoridad indiscutible en materias montaÑeras y cartográficas. Ha envejecido en el continuado recorrer y estudio del Pirineo aragonés, de tal modo que, con toda justicia, merecería el título de fundador y patriarca del pirineísmo aragonés. Es también presidente de la *Comisión Franco-Española de Topografía y Toponimia del Pirineo*. El artículo que nos ha enviado es muy digno de apreciar y aún será de óptima ilustración para quienes tengan la paciencia de leer la serie de nuestros artículos sobre "Excursionismo y Toponimia". La excursión que describe el conde de Saint-Saud, realizada en el año 1926, es completamente paralela, y a veces coincidente de la que, en el pasado agosto de 1927, realicé en compañía de mi querido amigo, el capellán de la Ciudadela de Jaca, don Leoncio Martínez, y que nuestros lectores encontrarán con el tiempo en esta revista: partiendo de Ansó, visitando el valle y montañas del Roncal desde el valle pintoresco de Zuriza, escalamos el puerto de Lescun, y más tarde continuamos, subiendo sobre Zuriza, hasta llegar a la Casa de la Mina, Guarrinza, Aguastuertas y Estanés. El artículo del conde de Saint-Saud, con observaciones personales, viene a corregir noticias de comisiones oficiales que dieron lugar a errores diplomáticos de frontera. Es una nueva prueba de que ha llegado el momento de no despreciar los estudios de los particulares y de la colaboración que a veces pueden y deben recibir de ellos los estudios oficiales".

Centrémonos ahora en las andanzas de Saint-Saud. El inquieto Conde entraría en el Alto Aragón Occidental bien acompañado por un trío de féminas: dos de sus hijas, la mediana Adine y la pequeña Isabelle (de Plinval, desde 1913), así como por la niña *doceañera* de esta última, Marguerite... En cuanto a la mayor de sus hijas, Cécile, había abandonado Francia junto a su marido. De haber permanecido en Burdeos, sin duda que se hubiera unido al grupo... Regresando ya al reconocimiento del veterano cartógrafo, no tardaremos en apreciar el interés de unas observaciones donde no he querido tocar lo más mínimo su toponimia:

“Era julio de 1926. Dos de mis hijas y la hijita de una de ellas, Marguerite de Plinval, de doce años de edad, y yo, acabábamos de dejar nuestro campamento al pie del pico de Añalarra, después de haber asistido a la ceremonia del Tributo de las Tres Vacas, que tiene lugar todos los años, el 13 de julio, en la frontera franco-navarra. Nuestro nuevo campamento estaba cerca de la verdadera cabaña de Ansabe, que figura con este nombre en el mapa francés a 80.000 llamado *Carte du Dépôt de la Guerre*.

“Nos proponíamos trepar al pico y la punta de los Reyes (llamada por los franceses la *Table des Trois-Rois*, o *Tabla de los Tres Reyes* en el mapa de Navarra del coronel Coello). Esta montaña *gemelada* (así la llaman los aragoneses) es interesante aunque resulte una desconocida para los turistas. Los libros que tratan de ascensiones a los Pirineos hablan poco de ella y los guías tampoco cuentan nada. A mí me ha parecido útil, en calidad de viejo excursionista por todas esas sierras del Pirineo aragonés en las que he contribuido a hacer mapas, el consagrar algunas líneas a este doble pico y a dos de sus vecinos en la muy notable publicación del *Sindicato de Iniciativa de Aragón*, que me ha concedido el gran honor de pedirme que redactase algunas páginas sobre las bellas montañas vecinas de la frontera.

“El nombre tan característico de punta (*Table des Trois Rois*) se debe a que sobre ella se juntaban los reinos de Aragón, Navarra y Francia. Aquí se plantea una cuestión muy interesante. He dicho antes *montagne jumelée* (montaña de *gemelas*) y, en efecto, tiene dos puntas muy separadas una de la otra por una depresión en forma de silla cuya altura es de 2.390 metros; la punta occidental, llamada en francés *pic des Trois Rois*, tiene 2.434 metros, mientras que la oriental, llamada en francés *Table des Trois Rois*, no tiene más que 2.416 metros. Sobre esta habría una roca en forma de mesa con los nombres de las soberanías delimitadas; pero dicha mesa de piedra ha desaparecido.

“Se ha escrito que, siendo tal pico el punto culminante de este pequeño nudo histórico, sobre el cual debía encontrarse el nudo geográfico, que la punta llamada *Table (Mesa)* pertenecía enteramente al territorio del municipio francés de Lescun. Es verdad actualmente; es decir, desde el tratado de delimitación de 1856, pero no debía de ser así en otro tiempo, como voy a demostrar. Y, manteniendo las distancias con la realidad, ¿no era natural que esa montaña con forma un tanto cuadrada y rechoncha, bien visible desde los tres reinos, fuese designada como la *Mesa de los Tres Reyes*?

“En realidad, la línea de división entre las cuencas del Ebro y del Adour (Mediterráneo-Atlántico) que forma la frontera, no pasa ni sobre la Mesa ni sobre el pico, sino entre los dos: donde está la pequeña depresión o silla que los separa. Para llegar a esta silla, primeramente (quince minutos desde el campamento) pasamos a la fuente de Escuesto (1.600 metros). Si hablo de esto es para señalar la propiedad singular que tienen sus aguas de roer, de absorber más bien, la carne que cae allí. ¿Acababa de caer un carnero? Pocos días después, no quedaba nada de él. Más lejos se encuentra la fuente de Mascaru. Cerca de allí habría uno o dos puertos franco-aragoneses llamados Escuesto, que en el hablar aragonés significa *montaña pelada*; los turistas lo

llaman por error puerto (fronterizo) de Ansabe. Se le llama también puerto de Ansó: hay huellas de un sendero.

"Por unas cornisas un poco difíciles a veces, llegamos a la silla de la que he hablado. Entonces nos dirigimos a la izquierda hacia el pico, que es preciso abordar por el este-noreste. La roca es sólida, no hay ningún peligro. Volvemos a descender a la silla y, en la Mesa de los Tres Reyes, desayunamos y descansamos. Describo a mis hijas el soberbio panorama que se extiende ante nuestros ojos: en España, todas las sierras de Los Alanos (no hablo de las montañas más bajas de Navarra), el macizo imponente del Bisaurín y el vecino de Bernera; a lo lejos, hacia el este, el pico de Ossau y hasta el Bataitús; detrás de nosotros, esas agujas recortadas que se llaman de Ansabère, en el Petragema. Parece incluso que se ve el célebre Moncayo.

"[Édouard] Wallon, ese geógrafo apasionado por el Pirineo aragonés a quien no se le ha hecho bastante justicia, dice en un artículo que consagra a la Mesa de los Tres Reyes en el *Anuario del Club Alpin Français* (de 1883), que hay más allá del Petragema una punta que parece interesante, la punta de Las Tajeras, cuya posición deja algo indecisa. ¿Por qué no intentar esta ascensión? Tan pronto fue pensarlo como ejecutarlo. Al día siguiente nos levantamos también con la aurora. ¡Ay, esas salidas con el fresco de la mañana desde un punto elevado! (tan de desear para unas piernas viejas como las mías); ieselas llegadas desde temprano sobre las cimas, antes de que las densas nieblas suban por el fondo de los valles!

"Son apenas las 7:00 h (hora española) cuando entramos en Aragón por el collado de Ansó (2.115 metros), que no hay que confundir con el de Escuesto, llamado algunas veces puerto de Ansó. Este nombre de col de Ansó sería más exacto que col de Ansabère o de Petragema (*Petragemme*), como dicen los franceses. *Petragemme* es una deformación bearnesa de la forma aragonesa *petragema*, deformación de la castellana *piedra gemela*, que es una denominación excelente de las agujas vecinas del collado, muy acentuadas, sobre todo, vistas desde ese pla de Ansabère que los franceses designan bajo el nombre de *Aiguilles* (y también *Demoiselles*) de Ansabère. Dudábamos cómo subir a Las Tajeras (que los pastores llaman asimismo *punta Cinza*), cuya cima quedaba oculta. Avances, retrocesos, ascensiones en pequeñas caminatas, y vueltas alrededor de las cornisas. En estas circunstancias, nuestro guía, Jean-Marie Salles, de Gavarnie, que nunca había estado en esta región en la que nos encontrábamos, se portó muy bien y fue merecedor de elogios.

"La cima de esta hermosa montaña, completamente aragonesa, es bastante redondeada (2.356 metros). Por todos lados se enderezan las escarpadas montañas del Cherin-Aciotello-Quimboa, que parecen dominarnos. El lector querrá perdonar al viejo topógrafo de los Pirineos españoles las líneas siguientes. Apenas llegué a la cima quedé sorprendido y comencé a preocuparme. Los mapas franceses de esta región, incluyendo el de Wallon, del cual no son más que una copia, ¿serán inexactos? Por desgracia, sí [...]. Lamenté mucho no haber llevado mis instrumentos de triangulación. Hay todavía muchos rincones que determinar en el Pirineo aragonés y cuestiones del detalle que hay que escrutar de cerca. Mientras examinaba la susodicha

cuestión, mis intrépidas hijas miraban otra cosa. Durante los días precedentes, como hoy, desde lo alto de tan excelsos miradores, nos había sorprendido la importancia del macizo de Los Alanos, que separa los dos altos valles de Echo y de Ansó, y que fue estudiado por Édouard Wallon. Yo mismo, hace más de cuarenta años, me había detenido, al salir de Ansó, sobre el pico central de Los Alanos (2.156 metros). Animé a mis hijas para que lo ascendieran rápidamente, mientras [mi nieta] Marguerite y yo, junto con el guía de Lescun que venía con nosotros, preparábamos nuestro campamento.

"Mis hijas [Adine e Isabelle] partieron con Jean-Marie Salles. La ascensión del Alano, bastante alejado todavía, fue realizada muy deprisa, pues estaban de vuelta al campamento, mucho antes de la noche, arribando desde el col de la Chourique, pero fue muy penosa. En los mapas encontraron ciertas imprecisiones desde el punto de vista orográfico. Así, el punto anotado 2.389 metros que llevaba en el mapa francés [a escala] 80.000, el nombre de *Forca de Alano* era un punto geodésico de segundo orden del trabajo francés, no publicado, del coronel Coraboeuf. Se llamaba *Nova d'Arraco* en el *Memorial du Dépôt de la Guerre*, en su artículo sobre la "Description des Pyrénées". La Forca de Alano, estación de triangulación de Wallon del 27 de agosto de 1879, estaba en el este-sureste de esta *Nova*, llamada por él *Nava*, y tenía una altura ligeramente inferior (2.336 metros). Mis hijas no ascendieron más que al pico septentrional de Alano, que estaba a 2.357 metros de altitud, porque esta *Nava* había estado oculta a su vista todo el tiempo de su ascensión, cuando ellas creían que la ascendían. Al llegar al pico norte se vieron separadas de la *Nava* por una profunda depresión cuyo dibujo no estaba bastante acentuado en el mapa de Wallon.

"Para llegar allí tenían que dejar Las Tajeras y bajar un poco por el alto valle de Lacherito que va a la Casa de la Mina (cerca de cual se encuentran antiguas tumbas, sobre el origen de las cuales los sabios no están de acuerdo), bordeando los flancos escarpados del Chimboa y dejándolos a la derecha. En el puerto muy pedregoso (2.160 metros) llamado paso del Gato, encontraron a un aldeano que con dificultad pudo pasarlo con un borrico no cargado. Borearon enseguida el flanco occidental y ferruginoso de los picos Ferrorías y Piedraficha, para llegar a la parte superior del vallecito que desciende al Castillo de Echo. Entonces treparon por el oeste pasando sobre cornisas difíciles hacia una brecha muy acentuada que separa el Alano Norte de este del Sur (*La Nava*). Creyéndose en la depresión dibujada a 2.189 metros por Wallon, se elevaron hacia la derecha y hacia el norte para alcanzar el pico de 2.357 metros. Me dijeron que al llegar allí no habían ascendido más que a la segunda punta de la altitud del Alano. Cerca de ellas, hacia el sur, estaba la primera con una torrecilla, y al sureste la de la estación goniométrica de Wallon, la Forca de Alano.

"Eran las 15:00 h. Una vez que volvieron a la brecha no pensaron que tendrían tiempo de subir a la Nava y volvieron a tomar el itinerario de la mañana, volviendo a Francia por el puerto fronterizo de la Chourique [...]"

Es una pena que esta *edad de oro* del montañismo aragonés se interrumpiera, como tantas cosas, con el baño de sangre de 1936. Y que, tras

este, costara tanto retomar las relaciones con los amigos del lado norte de la frontera...

2.13. El caso Palomera

Entre los pirineístas de antaño existió casi siempre gran interés por identificar las cumbres que ascendían o que planeaban visitar. Por lo general, preguntando a cuantos montañeses hallaban a un lado u otro de la muga. El grueso de nombres de nuestras montañas se obtuvo a través de amistosos interrogatorios a guías, cazadores y cabreros.

En las diversas crónicas de los Montes Malditos se narran, un poco por encima, ciertas pesquisas lingüísticas que emprendiera por estas regiones Louis Le Bondidier a comienzos del siglo XX. Recuérdese: un socio de honor de *Montañeros*, además de uno los principales eruditos de esta cadena.

Los investigadores del Pirineo de antaño dedicaban su tiempo y talento a estas montañas básicamente por cariño hacia ellas. No extraña, pues, la ingente cantidad de páginas que Le Bondidier destinó a tratar de dilucidar "¿Cuál es el nombre del punto culminante de los Pirineos?". Un trabajo tan extenso como concienzudo, destinado al *Monarca* durante los años cuarenta del siglo pasado.

Pero acudamos ya a esa porción de su recolecta de nombres sobre el terreno realizada junto al pastor Ramón Palomera en julio de 1905. Fue a resultas del encuentro casual en el valle alto de Ballibierna, sobre los 2.300 metros de la majada de Llosás, donde el gallo descubrió una cabaña de piedra baja cercana a unos pinos hendidos por el rayo:

"La habitaba un español que, según lo que suponen quienes nunca han vivido largo tiempo entre los autóctonos, hubiera tenido que estar perfectamente informado sobre las montañas y los nombres de las montañas que lo rodeaban.

"En efecto: cada verano desde hacía veinticinco años, subía con sus rebaños hasta Llosás y pasaba muchos meses al pie del pico [de Aneto]. Pero, para Ramón Palomera, el único habitante de la residencia humana más cercana a la cota 3.404 metros, la cima que dominaba la cabaña era simplemente *la Punta*. El pastor benasqués no disponía en su vocabulario de ningún nombre especial para denominarla. El que nosotros pronunciamos ante él no le evocó recuerdo alguno, observación alguna, contradicción alguna, crítica alguna. Al pico que nos imponía con su masa nunca le había dado designación: era *la Punta*, una *punta* como también lo eran otras *puntas* (pues en su mente no las diferenciaba) de los demás picos que nos rodeaban, coronando este circo, tan risueño en la parte baja y tan feroz en esas crestas donde viví diez jornadas que, quizás, resultaron las más bellas de toda mi carrera pirineísta.

"La *Punta* fue exactamente el mismo término genérico que me pareció entender, cierta tarde del mes de agosto de 1903, delante de la débil fogata encendida bajo el roquedo que servía como cabaña, al pastor de Góriz, que era como designaba al Monte Perdido.

“Los motivos por los que, dos o tres veces al año, subía hasta allí y, bajando por el collado del Cilindro, seguía hasta la brecha de Tucarroya, no tenían nada que ver con la poesía de las altitudes o el deseo de ver bajo otro aspecto las montañas que le rodeaban: sencillamente iba a buscar bajo las piedras de la cima o sobre la mesita de la chimenea del refugio [de Tucarroya] esas cosas tan extremadamente raras y preciosas en todo el Alto Aragón: unas botellas.

“Por otra parte, creo que Ramón Palomera, el pastor de Llosás de 1905, no hacía sino perpetuar las tradiciones de sus ancestros”.

Pero vamos ya con el segundo acto de este vodevil toponímico que nos transmitiera nuestro culto consocio, Louis Le Bondidier. Esta vez, servido cuando quiso abordar el “Origen y empleo local de la *punta d’et Chibau*” de Benasque:

“En la actualidad [1942], el orden de altitudes de los picos principales de los Montes Malditos, ¿es algo que desconocen las poblaciones que viven a sus pies? ¿Acaso no los diferencian a través de nombres distintos? Evidentemente no lo hacen. También es cierto que el carabinero del Hospital [de Benasque] y el patrón de la posada benasquesa repetirán, para la ocasión, al viajero de paso, esos nombres que han oído pronunciar a otros viajeros. Resulta igualmente probable que, si se les pregunta, respondan que esos nombres son de la región, que existían desde tiempos inmemoriales y que han llegado así hasta nuestros días.

“Esos nativos se equivocan y, sin quererlo, equivocan a quienes les escuchan. Sobre el empleo local, sin reflexionar, sin pensar en verificar y sin tratar de demostrarlo, ellos concluyen que tiene un origen local: el distingo entre lo que se emplea y lo originario les parece, por una parte, extremadamente sutil y, por otra, sin interés.

“Los toponimistas que, con gusto, consideran a *las gentes de la zona* como a una especie de pitonisas de las cuales se debe registrar sus oráculos sin someterlos a crítica y sin rebuscar sus orígenes, a veces sospechosos en cuanto a su inspiración, incurren seguidamente en la misma confusión y asignan la misma autoridad toponímica a un nombre de origen extranjero empleado por los locales que a un nombre verdaderamente local.

“Un ejemplo típico de este tipo de error y de la facilidad con la que un neologismo puede introducirse en la toponimia me fue proporcionado en los Montes Malditos por Ramón Palomera, ese pastor de Llosás que, en 1905, no tenía para designar al pico de 3.404 metros [el Aneto] otro nombre sino el genérico de *la Punta*.

“A finales de 1913 [Henri] Brulle, con quien estaba en correspondencia por cuenta de ciertos rincones poco conocidos del macizo de los Posets y del reverso de los Montes Malditos, me escribió para contarme que, habiendo acampado, el verano anterior [de 1912] cerca de la cabaña de Llosás, había escuchado al viejo pastor cómo designaba al pico de Ballibierna bajo el nombre de *punta del Chibau*. Ese nombre local tan extraño, que hasta entonces jamás había sido utilizado en la literatura pirineísta, le intrigaba a mi corresponsal, quien me preguntó lo que sabía y lo que pensaba al respecto.

"La explicación resultó tan simple como inesperada.

"Ese pico de Ballibierna que alza con orgullo frente a la cabaña de Llosás su cara abrupta y convulsa, se divide, si no geográficamente, al menos históricamente en dos cimas: la Occidental (3.067 metros), que es la más elevada, y la Oriental (3.055 metros). Entre ambas existe una arista calcárea de la que Russell había dicho: *Es inútil pasar, aun a riesgo de perder la vida, sobre la extremidad occidental, separada de la otra, que asimismo constituye una cima, a través de una laja calcárea en la que los dos pies de un hombre apenas caben.*

"Ya he explicado en el relato de una campaña por Cataluña y Aragón, realizada en el verano de 1905, las conversaciones que sostuve, varias noches seguidas, dentro de su cabaña ahumada, sobre la famosa laja de calcáreo, la *Taillante* [el Tajo del Ballibierna], y las dificultades de su travesía. Incluso se estableció una apuesta entre los porteadores, uno de los cuales, Peye, dijo que la pasaría no solo a caballo, sino de pie.

"Ramón Palomera, quien en 1905 lo ignoraba todo sobre el pico y no le atribuía nombre alguno, retuvo dichos propósitos [de Peye], confirmados porque se jugó una botella de [vino] *rancio* de la que, naturalmente, él se tomó su parte. Así, cuando ocho años más tarde Brulle le preguntó el nombre del pico, le respondió con toda naturalidad: la *punta del Chibau*, o el pico sobre el que se pasa a caballo [origen del hoy Paso del Caballo].

"Se lo comenté a Brulle y el incidente no tuvo continuidad, toponímicamente hablando. Pero si, como hubiera podido pasar, yo hubiese fallecido de la grave enfermedad que por entonces padecía, o si no hubiera podido comunicarme con Brulle, sin duda que habría anotado este vocablo algún toponimista ardoroso, ansioso de reformas, que habría pedido el retorno al *nombre local* recogido en boca del pastor de Ballibierna. Un regreso en apariencia tanto más legítimo y necesario, dado que dicho vocablo, procedente de la particularidad de una ascensión terminal, parecía demostrar que el pastor, sus colegas o sus ancestros conocían todos los detalles del pico, al que habrían subido".

Así anotó cómo se escribía la crónica toponímica del Pirineo uno de nuestros más célebres Socios de Honor...

2.14. Adiós a Raymond d'Espouy

Hace ahora sesenta y cuatro años desaparecía bajo una avalancha de nieve uno de nuestros pirineístas más reputados. Un hombre que era familia tanto de Henry Russell como de Henri Brulle, y amigo íntimo de Jean Arlaud. Un cartógrafo que colaboró con los croquis de la guía de Jean Soubiron, rectificando algún error de los mapas de Franz Schrader en los Posets o en el Cotiella. Cuyo nombre pasó, tras su muerte en la Frèche, a una cima de este último macizo. Me estoy refiriendo a Raymond d'Espouy.

Nuestro hombre había nacido en tierras del Alto Garona: más concretamente, en Magnoac. Desde muy niño aprendió a dibujar con los sacerdotes de Garaison, por lo que, en cuanto creció, se trasladó a París para cursar Bellas Artes. Durante la Primera Guerra Mundial serviría en las oficinas

de la cartografía militar gala, lo cual terminó de fijar su vocación como *fabricante de mapas*. Amigo y compañero de Arlaud, ingresó prontamente en la sección escaladora del *Groupe des Jeunes*, dependiente del *Club Alpin Français* de Toulouse. Tal podría ser la rápida ficha de quien fuera socio de honor de varias asociaciones deportivas hispanas. Entre ellas, de *Montañeros de Aragón*.

Lo español tuvo siempre gran importancia en la vida de nuestro protagonista. Porque hablar de Espouy es hacerlo igualmente del *Papé* y del *Quijote*, dos apodos suyos que se referían tanto a un carácter benévolo y paternal, como al parecido físico con el personaje cervantino. Habrá que explicar en esta primera entrada, un poco por encima, cuál fue su papel como dinamizador de las relaciones entre franceses y españoles al término de la Segunda Guerra Mundial...

Tras los conflictos que recorrieron, cada uno a su vez, ambas laderas pirenaicas, la interrupción de los nexos entre los montañeros de las dos naciones fue casi total entre 1936 y 1945. Puede decirse que la reactivación de lazos se produciría a través de cierta carta de Jorge Ferrera, presidente del Grupo de Alta Montaña del *Club Muntanyenc Barcelonès*, dirigida al homólogo del *Groupe des Jeunes*, un 28 de septiembre de 1948. En ella agradecía el envío de varias revistas *Altitude* y de dos libros de Arlaud por mediación de cierto exiliado en Andorra. Seguidamente se produjeron intercambios epistolares y propuestas de confraternización. Unas iniciativas no siempre comprendidas por las autoridades de uno y otro lado de la muga.

Aquí intervendría Raymond d'Espouy, quien parece que, según el historiador Jean-Victor Parant, ya estaba afiliado desde los años treinta tanto al *Centre Excursionista de Catalunya* como a *Montañeros de Aragón*. A tenor del mencionado erudito, Espouy se mostró siempre dispuesto a realizar cuanto fuese preciso para "aproximar a los pirineístas de ambos países". De hecho, en la Asamblea del mes de diciembre de 1948 del *GDJ* del *CAF-Toulouse* fue nombrado responsable de "relaciones franco-españolas". El pirenaico comenzó a planear encuentros con los deportistas del sur de la cordillera a partir de 1949. Parant explicó en 1990 que "Espouy, quien no perdía el tiempo, hizo preparar las direcciones de las sedes de ciertos clubs españoles".

Se enviaron, pues, diferentes cartas de salutación, y varios clubs españoles respondieron: en primera instancia, el *CEC*, el *CMB* y la *RSEA Peñalara*. El ya mencionado *GAM* de la segunda de estas asociaciones fue más allá: mandó una delegación a Francia liderada por Ferrera y cuatro colegas más; entre ellos, Joaquina Baruta... Pero monte atraviesa, en pleno ambiente invernal. El quinteto catalán calzó los esquís para acudir a su cita sobre la línea de la frontera, un 3 de abril de 1949. Este histórico encuentro con la delegación gala de Henri Cases tuvo lugar en el nevadísimo Pas de Porc, un portillo de la zona de Nuria-Font Romeu. Los catalanes llevaron como regalo una botella vino, siendo obsequiados con cigarrillos franceses...

El siguiente intercambio de insignias y banderines de clubs de ambas naciones tendría lugar pocos días después: aprovechando las vacaciones de

Pascua, en el curso de un ascenso con tablas al Aneto, varios deportistas de Francia y España coincidieron de un modo casual.

Raymond d'Espouy contactó rápidamente con Francisco Peire, otro futuro socio de honor de *Montañeros*, que por entonces era secretario del CEC para "asuntos exteriores". De esta manera pudo prepararse el *meeting* franco-español del 26 de junio de 1949, organizado con motivo de la inauguración del refugio Estasen. A esta cita entre franceses y catalanes, acudirían igualmente los representantes del *Peñalara*, encabezados por otro de nuestros célebres socios de honor: el madrileño Julián Delgado Úbeda, por aquellas fechas presidente de la *Federación Española de Montañismo*. Sin olvidarnos del, a no mucho tardar, igualmente socio de honor de *Montañeros* y presidente del *Club Muntanyenc Barcelonès*: Ramón de Semir... Todos ellos, unos montañeros consumados que antes de las guerras Civil y Mundial, ya habían establecido nexos. Sobre todo, de la mano del desaparecido Jean Arlaud.

Al mes siguiente, las reuniones se trasladaron hasta el valle de Benasque con motivo de la inauguración refugio de Estós. Aquí intervendrían, por fin, los representantes del montañismo aragonés. Espouy y sus delegados atravesaron el puerto de Oô para personarse ante ese nuevo refugio que iban a regir unos amigos añejos de los miembros del *GDJ* como eran los miembros de la familia Sayó benasquesa. A las saluciones entre Julián Delgado y Raymond d'Espouy se sumó el presidente de *Montañeros de Aragón*, Tomás Tomás Ichaso. Los lazos entre galos y aragoneses se establecieron mucho más firmemente en la segunda jornada del encuentro: durante el ascenso al pico de Posets, la joven francesa Marcelotte Bosc se accidentó, siendo socorrida por el capitán médico José María Serrano, uno de los fundadores de *Montañeros* en 1929... Y en el ascenso posterior al Gourgs Blancs para homenajear al fallecido Jean Arlaud con la instalación de una placa cimera, Tomás Ichaso cargó con la misma durante uno de los relevos.

En el verano de 1949 se produjeron nuevos encuentros franco-españoles. Por ejemplo, durante la inauguración Abrigo Michaud a los pies del Balaitús, donde coincidió el responsable de la *Sección de Sallent* de *Montañeros de Aragón*, Antonio Fanlo, con otro socio de honor de esta entidad como Louis Sallenave...

Así y todo, la gran cita de aquella fértil añada se concretó el 27 de noviembre de 1949 en la Fortaleza Lourdes. El objetivo era retomar un viejo proyecto de nuestro viejo conocido, Louis Le Bondidier, reactivando esa *Federación Franco-española de Montañismo* que fundara antes de la Gran Guerra. A pesar de los esfuerzos de Delgado y Espouy, el proyecto no fue posible debido a las múltiples suspicacias de la época. Sobre todo, por parte de las autoridades del costado norte. Al menos, de aquella asamblea se logró una agilización de trámites para que los montañeros atravesaran la raya fronteriza.

El gran momento de la cooperación entre ambas familias montañeras fue 1950. Un año que *arrancó* el 5 de enero a través de un Congreso Franco-español en Mayrègne. De nuevo Delgado y Espouy fueron sus organizadores. En el curso del mismo se hicieron públicos los nuevos miembros de honor del prestigioso *GDJ*: Julián Delgado, Ramón de Semir, Francisco Peire, Tomás

Tomás... Aunque el presidente *maño* no pudo asistir a este evento en el Haute-Garonne, cuenta Parant que envió a una representación regional:

"Por el lado aragonés vinieron José Ricardo Abad Botella, más conocido como Pepe Abad, miembro de la directiva de *Montañeros de Aragón*, y Tomás García Pardo, del comité directivo de *Peña Guara*, Huesca".

La Jornadas de Jaca del 22 y 23 de abril de 1950 constituirían el siguiente jalón de esta "internacionalización del Pirineo". Justamente, su objetivo prioritario fue la puesta en marcha de cierto "Comité Francoespañol de Pirineísmo" por la unanimidad de los clubs de ambos lados..., a pesar de las trabas de la administración gala. De esta última nación asistirían Suzanne Bacarisse y Raymond d'Espouy entre otros, siendo recibidos en Jaca por Julián Delgado, Ramón de Semir..., y por los *Montañeros* Tomás Tomás, Pepe Abad, José María Serrano y Luis Paúl. Con este último deportista barbastrense, Espouy establecería contactos tan frecuentes como amistosos. De tales Jornadas salió un secretario primero por tres años, Pepe Abad, que sería asistido por Raymond d'Espouy. Éste impondría la insignia del *GDJ* al presidente Tomás Ichaso en el magnífico decorado de San Juan de la Peña.

Sin duda alguna, aquellos fueron los mejores años del "asamblearismo pirenaico": en septiembre de 1950, Margalida Le Bondidier acogía en la Fortaleza de Lourdes una reunión del llamado *Comité Franco-Español Pirenaico*. Entre los hispanos se contó con la presencia de Julián Delgado, Pepe Abad, Tomás Tomás, Luis Paúl, Ramón de Semir...

En diciembre de 1950 se consolidaba aquella edad de oro de la confraternización entre franceses y españoles con la elección de Raymond d'Espouy como presidente de ese *Groupe des Jeunes* que fundara Jean Arlaud en 1920. Entre otros le votaron varios *Montañeros* presentes como Delgado y Tomás. Seguido se abordaron cuestiones pendientes en asamblea con participación de los delegados aragoneses: Pepe Abad y Andrés Izuzquiza.

De 1948 a 1950 se pusieron las bases de la actual colaboración y amistad que reina entre los colectivos montañeros de Francia y España. Contando entre sus artífices a Tomás Tomás, Pepe Abad o Andrés Izuzquiza, unos directivos de *Montañeros* que tuvieron a bien nombrar socios de honor de esta asociación a personalidades tan destacadas como Julián Delgado Úbeda, Francisco Peire, Ramón de Semir, Suzanne Bacarisse..., y Raymond d'Espouy.

Fue este un proceso de reciprocidad que discurriría a lo largo de 1950, tras el nombramiento del presidente de *Montañeros de Aragón*, Tomás Tomás Ichaso, como miembro honorario (con el número 254) del *GDJ*. En la misma tanda fue otorgado ese privilegio poco usual a otros socios de honor de *Montañeros*, como el madrileño Julián Delgado Úbeda (nº 249, 1950), el barcelonés Francisco Peire Autran (nº 250, 1950) o el barcelonés Ramón de Semir Arquer (nº 253, 1950). Hasta entonces, el *GDJ* solo había concedido dicha distinción a unas dieciséis personalidades del alpinismo como Henri Beraldi (1928), Henri Brulle (1928), Georges Cadier (1933), Armand Charlet (1947), Jean de Costes (1938), Jean Fourcassié (1945), Georges Gaubert (1941), Karekine Gurekian (1950), Jean Lescaméla (1947), Louis Mothe (1921), Robert Ollivier (1937), Rudolf Pilat (1934), Louis Robach (1946), Louis

Roustan (1924), Jean Senmartin (1925) o Pierre Vergez-Lacoste (1953). Todo un listado de lujo.

Así se explica que el montañismo aragonés sintiera de un modo especial la muerte de Raymond d'Espouy. Sobre todo en su club de Zaragoza. El número 30 del *Boletín de Montañeros de Aragón* (I Época), correspondiente a marzo-abril de 1955, recogía su pérdida en varios apartados, como desde el texto donde se hablaba de la inauguración del local de Gran Vía 11, un 21 de abril de 1955. Andrés Izuzquiza tuvo que adelantar tan pésima noticia:

"El reverendo padre Agustín Díez, agustino, bendijo el local y, a continuación, rezó un responso por los socios fallecidos; en especial, por el eterno descanso de nuestro socio de honor, el señor Raymond d'Espouy, muerto el 20 de febrero último en accidente de montaña cerca de Luchon".

En próximas entregas habrá que seguir recordando a ese gran amigo del montañismo español que fuera Raymond d'Espouy...

2.15. La desaparición de Papé

En una primera entrada hemos repasado, un poco por encima, alguna de las facetas de la notable *vida asociacionista* de Raymond d'Espouy. Hoy nos centraremos, sobre todo, en ese accidente de esquí de montaña que le costó la vida el 20 de febrero de 1955. Una tragedia de la que hay datos de sobra, lo cual no resulta del todo habitual, tratándose de un suceso relacionado con el *Groupe des Jeunes* del *CAF-Toulouse*. Al parecer, los archivos de tan importante entidad fueron quemados de un modo fortuito durante una manifestación política.

El cronista oficioso del *GDJ*, Jean-Victor Parant, reconstruyó con frecuencia buena parte de las actividades de los tolosanos. Por ejemplo, desde su obra sobre *Jean Arlaud et le Groupe des Jeunes* (1991). En dicho libro se describen escenas desgarradoras. Una de las más impactantes, sin duda alguna, es la que bajo el título de "La muerte de Papé", contenía el informe de Yvon Denard, jefe de la travesía con esquís programada entre el Hospice de France y la Renclusa. Dadas las relaciones de Raymond d'Espouy con las principales asociaciones montañeras españolas, parece oportuno traducirlo al completo:

"Valle de la Frèche, 20-21 de febrero de 1955.

"[Raymond d'Espouy] Se había unido a nosotros el sábado por la noche para ayudar en esa colectiva a la Renclusa que preparábamos desde hacía varios meses y que debía constituir el colofón de nuestra temporada invernal. Pensábamos que todo estaba previsto. Los participantes se habían fogueado tras una salida de entrenamiento en el Entécade. El material estaba a punto. Los monitores resultaban más que abundantes y estaban formados prácticamente por miembros del *GDJ* de Toulouse. La colectiva había sido fragmentada en equipos de vivac y equipos de marcha. Los problemas de alojamiento, de alimentación y de itinerario habían sido resueltos lo mejor posible.

"Dos reuniones en Toulouse, el miércoles y el jueves, habían permitido ajustar los últimos detalles y cerrar las inscripciones. Solo una carta de la

Fonda Sayó de Benasque nos planteó cierta incógnita: las autoridades españolas estaban sobre aviso y era posible que no nos dejaran pasar la frontera. Afortunadamente, la llegada de *Papé* [Raymond d'Espouy], el especialista en relaciones franco-españolas, vino para resolver este último problema. La marcha hasta el Hospice de France resultó un tanto trabajosa debido al verglás, por lo que nos acostamos bastante tarde.

"El domingo por la mañana nos despertamos a las 6:00 h. Durante la noche había caído una veintena de centímetros de nieve fresca. Todavía caían algunos copos. Hacía frío. Pero el tiempo estaba calmado y el techo de nubes muy bajo. La predicción de la meteorología de Toulouse-Blagnac había dado buen tiempo durante al menos dos jornadas, por lo que decidimos dar la salida pensando en tener la suerte de salir de las nubes antes del paso de la Escalette.

"El equipo de balizaje partió a las 6:45 h, como estaba previsto, y el equipo escoba un poco antes de las 7:00 h. Ese arranque relativamente pronto estaba pensado para permitirnos, con un ritmo tranquilo y pausas generosas, llegar al refugio [de la Renclusa] lo bastante temprano como para organizar la estancia.

"La nieve no se hundía demasiado y trazar la huella resultaba fácil, por lo que la caravana adoptó el dispositivo número uno: el equipo de vanguardia realizó en solitario la huella y los *trazadores auxiliares* pudieron tomar bajo su tutela a los *montañeros de base*. Así, fueron constituidos unos grupos pequeños de tres o cuatro que se intercalaron entre los cuatro líderes y el equipo escoba. Para mayor seguridad, habíamos distribuido diez mapas del itinerario, obtenidos a partir del plano del CEC, aunque apenas hubiera probabilidades de perderse. El equipo de vanguardia hizo una huella segura. Una vez salimos del bosque, viró a la derecha. Una llanura amplia fue así atravesada. Nos situamos a la vista de la faja rocosa que cerraba el valle. La traza pasó entonces al otro lado del arroyo. La subida se iniciaba allí; por otra parte, fácil. Se entró entonces en la niebla. El equipo escoba estaba formado por cinco miembros del GDJ entre los que se contaba a su presidente, Raymond d'Espouy. Llevaba dos botiquines, un trineo portátil y espátulas de recambio [para los esquís rotos]. El equipo de vanguardia, una vez viraron a la derecha, abordó entonces esa pendiente de 300 metros que llevaba a la base del corredor de treinta metros que constituía la clave del paso hacia la zona superior.

"En dicha ladera Raymond d'Espouy decidió volverse al Hospice, pues sus esquís estaban mal reglados y eso le estorbaba en los giros. A decir verdad, hasta ese momento habíamos encontrado todo eso normal, y pensamos que era la solución más prudente.

"La prueba acababa de empezar, el refugio [Hospice de France] estaba a una media hora de esquí y el itinerario resultaba evidente siguiendo la huella que acabábamos de trazar. Sin duda, entonces estábamos preocupados sobre todo por el paso del grupo por el áspero corredor que nos dominaba. Estaba fuera de toda duda que ni *Papé*, ni ninguno otro de los nuestros tuvo la menor sospecha de estar cometiendo una imprudencia. Pensábamos que nuestro

amigo tenía la misma posibilidad de unirse a nosotros encabezando a un segundo grupo que debía de abandonar el Hospice más tarde, si es que el tiempo se despejaba.

"El equipo de vanguardia estaba ahora en mitad del corredor. La nieve parecía bien y los pasos se daban sin esfuerzo sobre esa costra. La caravana comenzó a atar los esquís a las mochilas y a surtirse de ramitas para balizar la ruta en caso de tener que regresar entre la niebla.

"Raymond d'Espouy me propuso darme el salvoconducto que llevaba en la mochila para facilitar nuestro cruce de la frontera. Me negué, para evitar que perdiera más tiempo. Si hubiera aceptado, se hubiese salvado, pues hubiera bastado que perdiese o ganara un minuto para no quedar atrapado en la única colada que iba a descender durante esas dos jornadas en todo el valle. Pero no teníamos la menor idea de eso. Nos abrazamos, como siempre, sin la menor tristeza ni sombra alguna de presentimiento. Y nos separamos.

"Por debajo del corredor, una media hora más tarde, un golpe de ventisca descendió de las mesetas superiores, obligando al equipo de cabeza a buscar otro camino. Tras un breve consejo de guerra, pensamos que era mejor no tratar de forzar el paso, decidiendo el regreso. El corredor fue descendido a pie, y después la gran pendiente con los esquís, siempre entre la niebla. Algunos apreciaron por la izquierda una avalancha que no habían visto durante la subida.

"Hubo reagrupamiento general sobre la meseta. Fue entonces cuando el tiempo se despejó por completo unos minutos: las mesetas de Campsaur brillaban bajo el sol. Sin embargo, era demasiado tarde para volver a salir hacia la Renclusa. Regresamos al Hospice poco antes del mediodía.

"Raymond d'Espouy no estaba allí.

"Lo primero que pensamos fue que había subido hacia el Campsaur para aprovechar el buen tiempo, con un grupo de Montauban de quienes vimos sus trazas. Sin embargo, entre todas las conjeturas que contemplábamos cierta inquietud comenzó a formarse. Finalmente decidimos subir para ver más de cerca la avalancha del valle de la Frèche.

"Estábamos allí en tres cuartos de hora. Un fragmento de cornisa se había desprendido del sector de arriba, bajo el pico de la Mina, arrastrando una nieve fresca que fue más abajo canalizada por un cuello rocoso. La pendiente fue barrida en toda su amplitud y la colada terminó como un cono de aproximadamente treinta metros de anchura hasta el arroyo.

"La inspeccionamos con atención: nuestras huellas de subida evitaban completamente esta avalancha, pues pasó por la otra orilla. Ninguna huella de descenso aparecía cortada por el alud, aunque algunas pasaban sobre el cono inferior y lo utilizaron para pasar el arroyo. Subimos a pie toda la zona sospechosa, buscando en vano un objeto que pudiera dar un fundamento objetivo a esa inquietud que comenzaba a tomarnos. Finalmente, sondeamos sistemáticamente con nuestros bastones toda la zona de formación de la colada, que parecía poco espesa.

"Como no había en el Hospice una sonda de avalanchas, agotamos nuestras posibilidades de actuación.

"El regreso de la caravana del Campsaur nos arrebató nuestras últimas esperanzas razonables. Un equipo permaneció en el Hospice. Otro descendió a Luchon para prevenir a nuestros amigos del Socorro en Montaña y ponernos a su disposición. Courrèges y Prada tomaron desde ese instante la dirección de las operaciones, y el grupo de auxilio fue organizado por los CRS.

"Al día siguiente, durante toda una jornada bella y fría, trabajamos en la avalancha bajo la dirección de Malus y de Céréza. Sondeamos con varas de hierro todo el cono del alud y excavamos hasta el arroyo unas zanjas de tres metros de profundidad sin encontrar nada.

"Una esperanza loca comenzó a renacer. No quedaba más que una zona de diez metros por explorar. Y fue allí donde una sonda hizo contacto con la mochila, a dos metros de la superficie. Con una presteza silenciosa excavamos un foso y enseguida vimos esa mochila con los esquís fijados detrás, atravesados, todavía con sus pieles de foca puestas.

"Entonces fue cuando llegó Philippe d'Espouy junto a su mujer, y Dencausse, quienes arribaron directamente desde Toulouse. Formamos un círculo, barridos por la emoción, cuando Haurillon, ayudado por Marcel Parant, desenterró con lentitud los esquís y después la mochila, apareciendo seguido el cuerpo de nuestro amigo. Estaba apoyado sobre el lecho mismo del arroyo, en lo más profundo de la avalancha. Hicimos una cadena para sacarlo de allí. Marcel le cerró los ojos.

"Subimos el trineo y colocamos encima el cuerpo. Las sombras ya tomaban el fondo del valle. Todo el grupo estaba allí, unido cerca del trineo que iba a escoltar. Entonces iniciamos con lentitud el último y conmovedor descenso, llevando a Raymond d'Espouy al valle".

Sigamos con las fases últimas del drama. En un principio, Raymond d'Espouy fue enterrado en Magnoac. Así, el 23 de febrero de 1955 un multitudinario cortejo fúnebre acompañó a su cuerpo, trasladado hasta la iglesia parroquial sobre un carro recubierto de flores y arrastrado por dos bueyes blancos. Luego sus restos fueron llevados al cementerio; esta vez, a hombros de sus compañeros del *GDJ*, quienes eran precedidos por Marcel Jolly y Maurice-José Jeannel, portadores de su piolet y de su cuerda. Más adelante, en el mes de agosto de 1956, *Papé* fue trasladado hasta el camposanto de Mayrègne, donde actualmente descansa.

Como es natural, se escribieron obituarios a uno y otro lado de la divisoria pirenaica. Nos quedaremos con los de la vertiente sur. Entre ellos, destacan estas palabras que le dedicara José María Colomer Torrent:

"Para nosotros, los montañeros españoles, pirineístas por encima de todo, su muerte fue una dura pérdida. Al otro lado de la cadena fronteriza, era nuestro mejor capitán, nuestro *Don Quijote*, como le llamaban nuestros camaradas aragoneses. Siempre dispuesto a romper una lanza en favor de sus amigos españoles. Siempre luchó contra la indiferencia y la incomprensión de uno y otro lado, con el fin de que las relaciones montañeras franco-españolas fueran lo que siempre hubieran tenido que ser: una gran familia unida por los mismos ideales".

Insistiendo en la línea de buscar la significación que adquirió *Papé* entre nosotros, resulta igualmente conveniente atender a cierto párrafo que le destinó Enrique Herreros un 26 de febrero de 1955. Bajo el título de "Ha muerto Raymond d'Espouy", así hablaba desde la revista de la *RSEA Peñalara*:

"Era el decano de los pirineístas franceses. Para él los Pirineos no tenían frontera con nosotros. Él se extasiaba con las cosas de España, por minúsculas que fuesen, como yo me puedo extasiar en el Louvre [...]. Una estirpe de montañeros galos se extingue con él. Puede decirse que era el continuador de la línea que empieza con Ramond y sigue en Russell [...]. Raymond d'Espouy ha muerto en la nieve de una avalancha –empleamos el galicismo como un homenaje más– formada en una ladera de sus Pirineos. ¿De los nuestros? ¿De los suyos? Es igual, para él todos los montañeros eran hermanos. Estoy seguro que en el último segundo él vio la mano del Señor, llamándole a su seno".

Vamos a cerrar, por hoy, con otro de sus camaradas del sur de la divisoria. El entonces presidente de *Montañeros*, Tomás Tomás Ichaso, se ocupó de la redacción de estos párrafos dolientes que anunciaban que "Raymond d'Espouy ha muerto". Una despedida emotiva desde el número 30 del *Boletín de Montañeros de Aragón* (marzo-abril de 1955):

"El domingo 20 de febrero [de 1955], Raymond d'Espouy no regresó de una excursión por el Pirineo. Salió del Hospicio [de France] con una caravana del CAF de Toulouse. Al pie del couloir de la Fraiche, d'Espouy se separó de sus camaradas. Después...

"Rechazados por la fuerte ventisca, ante el paso de la Escaleta, la caravana [de esquiadores] retrocedió al Hospicio de Luchon. D'Espouy no regresó. A media tarde fue iniciada su búsqueda, que hubo de abandonarse con la noche. Al día siguiente, después del mediodía, su cuerpo fue encontrado por los guías Céréza y Haurillon, en una vaguada bajo un alud de nieve.

"La noticia llega a nosotros y nos llena, por lo inesperado, de sorpresa. No podemos creer que *Papé* haya desaparecido. Que aquel montañero, aquel hombre bueno, aquel amigo entre los amigos, aquel camarada montañero entre los camaradas de la montaña, nos haya dejado.

"Después, el dolor. Dolor por la pérdida del hermano mayor en la montaña, del maestro, de uno de los mejores de nosotros.

"Más tarde, tras la oración, la resignación, el recuerdo.

"Cierro los ojos y veo a Raymond d'Espouy cuando todavía era para nosotros *el buen Papé*, venciendo grandes dificultades, llegar al campamento de Pedraforca. Aquella noche, en aquel fuego de campamento, fue ya *Papé*.

"Su accidentado viaje hasta Pedraforca tuvo solamente un objetivo, hablarnos de España y Francia como él sentía que debían ser las relaciones entre nuestras dos naciones hermanas. Nos habló del Pirineo y nos decía que no era, no debía ser, la frontera natural que nos separase, sino el lazo que nos uniera. En su amor sin límites por el Pirineo, en su amor por España, veía en aquél como el escenario donde debían liquidarse para siempre todas las rencillas que, a través de la Historia, han separado a España de Francia.

"Luego, merced a su infatigable y afortunada labor, juntamente con la también intensa de nuestro presidente nacional [de la *FEM*], Delgado Úbeda,

fue creado el Comité Hispano-francés de Pirineos. En Jaca y organizado por *Montañeros de Aragón*, se celebró la primera reunión conjunta de este Comité. Allí estuvo también *Papé*, y allí su palabra nos dio lección de amor a la montaña, a la nuestra, al Pirineo.

"Al año siguiente fue Lourdes el escenario de la segunda reunión del Comité. Allí fuimos nosotros y allí nos recibió *Papé*. Estábamos en Francia y, sin embargo, junto a él estábamos en casa, estábamos en España, tal era el españolismo que su sola persona irradiaba.

"También en Estós, en la Renclusa, en... todos los sitios. Allí donde hubiera un campamento de españoles, allí, si D'Espouy lo sabía, estaba *Papé*.

"Su casa fue la casa de todos los españoles. En Magnoac hemos estado muchos. En la Tour, la famosa Tour de Mayrègne, hemos pasado jornadas inolvidables.

"Veo a *Papé*, alto, seco, enjutos, cabellos blancos al viento. Su estampa física y moral nos recordaba siempre la de nuestro *Quijote*. El *Quijote francés*, le llamábamos, y este quijotismo suyo le llevaba a dar a todos, todo lo que le pertenecía: su casa, su consejo, su ayuda.

"Su cargo de Delegado en Francia de la *Federación Española de Montañismo* le exigía mucho, pero él sabía dar más, mucho más de lo que su representación le obligaba.

"En fin; mi pluma, llevada por el conocimiento de su persona y de lo que él hizo por el pirineísmo, no pondría fin a su labor, si el espacio disponible lo permitiera.

"*Papé*: la montaña que tanto nos da, que tanto te dio a ti, que tanto nos exige, pues se lleva aquellos de los nuestros mejores, te ha llamado consigo. Católicos fervientes, como eras tú y somos nosotros, respetamos el destino que Dios se digne concedernos, pero no podemos dejar de envidiar tu paso al Más Allá. Tu gran amor fue la montaña. Dios por su mediación te llamó y tú acudiste a su llamada y en sus brazos dejaste este mundo de miserias para alcanzar, así lo deseamos todos, la felicidad de la montaña eterna en el Cielo.

"Pero tú, nuestro *Papé*, no te has ido de nosotros.

"Si bien tu cuerpo ya no está aquí, si ya no podemos estrechar en nuestro pecho, el tuyo de hermano, tu espíritu, tu recuerdo, sigue y seguirá perenne a nuestro lado, y quiera Dios que el día que nos llame en Él, estemos juntos de nuevo y hagamos juntos otra vez escaladas, excursiones, travesías por las gloriosas montañas celestes de las que tú ya gozas.

"Raymond d'Espouy, *Papé*, por tu alma: Padre nuestro...".

Estiraremos un poco más el recuerdo de *Papé* con una especie de carta de adiós, redactada por uno de sus mejores amigos, años después del drama. Pero eso será ya en la siguiente entrega...

2.16. Obituario con retraso para el Quijote Francés

En el mundo pirineísta se han dado abundantes casos de homenajes a ese amigo que ha partido para siempre. Muy emotivos en su mayoría. Véanse, por ejemplo, las despedidas del grueso del colectivo a Henry Russell en 1909 y

en otras conmemoraciones de su biografía. Hoy nos centraremos en el entorno de ese *Papé* desaparecido en la avalancha en la Frèche de 1955.

Uno de sus más fieles compañeros en el *Groupe des Jeunes* fue Maurice-José Jeannel. Firmante de un libro, tan encantador como buscadísimo, que ha sido objeto de diversas reediciones: *Heures pyrénéennes* (1945). En alguna de las tiradas se incrementaron sus páginas con el texto de "In memoriam: Raymond d'Espouy". Posiblemente en la de 1972, más que en la de 1986. Sea como fuere, las líneas que ahora mismo sirvo constituyen una suerte de misiva de despedida hacia quien fuera su maestro y amigo. Vamos ya con estas *horas pirenaicas* y con el sentido adiós de Jeannel a su *Papé*:

"Las circunstancias del drama son más que conocidas en todo el Luchonado. Habiendo salido del Hospice [de France] el domingo 20 de febrero [de 1955] con una caravana numerosa del *Club Alpin Français* de Toulouse, Raymond d'Espouy se separó de sus camaradas al pie de los corredores de la Fraiche. El lugar era peligroso, especialmente con tormenta de nieve.

"Rechazada por el viento algo antes de la Escalette, la caravana bajó a su vez hacia el Hospice. Raymond no estaba allí. A la tarde comenzó la búsqueda, que fue abandonada durante la noche. Finalmente, al mediodía de la jornada siguiente [21 de febrero], el cuerpo de nuestro amigo fue descubierto sobre la vaguada, bajo una avalancha de nieve en polvo, por los guías Céréza y Haurillon. Tales fueron, creo yo, los hechos...

"Ese enero último [de 1955], en Saint-Mamet, te vi por vez última con vida, mi querido y viejo amigo *Papé*. Como en otras muchas ocasiones, bajando de tu Tour [de Mayrègne] -de esa Tour donde *los jóvenes siempre bailaban-*, nos habías hecho el honor de pasar la noche con nosotros. Juliette se había apresurado a limpiar la mesa para que pudieras, según era costumbre tuya, desplegar los mapas, cartas y revistas que extrajiste del macuto. Durante largo tiempo discutimos sobre ese puntal que se percibía al este del Ardiden cuya denominación incierta hacía que considerases, con cierto escrúpulo, como inacabada tu mesa de orientación del Ger. Y, después, leí la página que habías escrito en memoria de tu amigo Ozon, fallecido ese septiembre último [de 1954] en el Balaitús. Te dije cuánto me gustaba el tono que, libre de todo convencionalismo, simple y noble a tu manera, habías dado a ese último artículo: *¡Ya sabes, ya sabes! ¡No me olvido de que cuento contigo para escribir el artículo al que tengo derecho cuando me mate en la montaña!* No era esa la primera vez que me lo pedías y, como en las ocasiones anteriores, te respondí sonriendo que podía contar con ello..., ipero en acuerdo de reciprocidad! ¡Pensando que ya había pasado tu edad de morir en la montaña! ¡Como si hubiese una edad apropiada para morir de amor ¡Como si hubiera una edad para un corazón ardiente como el tuyo! Tú mismo habías escrito: *El pirineísmo es un acto de amor. La discreción de las zapatillas de escalada, el calor del pecho desnudo: he aquí el aspecto de nuestro abrazo... Y hacemos el amor en silencio, como murmuraba la voz de Arlaud durante las veladas...*

"*Papé*, ¡si supieras lo pesada que me ha resultado cumplir hasta ahora semejante promesa, tan alegremente intercambiada! Tu muerte no me permite

olvidar esa grandeza impresionante que te salpicaba en la vida tanto tu sencillez como tu indulgencia inagotable. No me siento digno de hablar de ti. Si lo hago es porque tu confianza me obliga a hacerlo.

"Acabo de recibir la carta de uno de nuestros amigos. Avisado demasiado tarde como para darte un último adiós, me dijo lo muy disgustado que estaba por no haber podido llevar hasta Breuil *algunas presencias capaces de aumentar la comunión de sentimientos, que ciertamente se experimentaron, aunque fuese en un número reducido*. Terminó con estas palabras: *¡Fue un gran señor, tan humilde y tan puro!*

"No hubiera podido, en tan pocas palabras, describirte ni explicarte mejor. Gran señor, que lo fuiste, como nadie lo es ya. Esa sangre heredada de San Luis, de la que justamente tan orgulloso estabas, esa sangre roja y ardiente que corría por tus venas, era la de los caballeros andantes, más atentos de causas justas y de aventuras que de herbazales para el forraje. Tú mismo escribiste: *Sobre nuestro planeta rico en remolinos, no está vetada la distinción de las dos especies que se agitan para su supervivencia: burgueses en pantuflas y aventureros seguidores de estrellas. Estaremos en el lado bueno si elegimos la Aventura; y la montaña permanece todavía, a pesar de todo, como su terreno de juego*. ¿No habían llegado al fondo de tu verdad tus tan queridos amigos de España, cuando con su sentido aún tan vivo de lo épico, te llamaban, afectuosamente, su *Don Quijote*?

"Precisamente en ese físico tan justamente revelador de tu alma, algo en ti evocaba de forma irresistible al gran pescador de lunas y al matador de molinos de viento. Esos molinos de viento que eran la mezquindad, la envidia, el odio y la necedad. Eran los intereses implacables ante la pérdida de tu lago de Loustallat donde, más aún, las mezquinas trampas administrativas alzadas para frenar ese impulso que te había puesto en cabeza de la solidaridad montañera franco-española... Atacando a esos molinos de viento, sabías bien que rompías una lanza tras otra sin abatirlos, arriesgándote a ser arrojado al polvo bajo las burlas de los más corrosivos. ¡Te daba igual! ¡Si era preciso que, por una cuestión de honor, ciertas cosas fueran dichas o hechas, cómo estar presente, llamarse Raymond d'Espouy, y no decirlas o hacerlas! Querido *Don Quijote*: si estuve siempre a tu lado en todos tus combates, no fue sino como tu *Sancho Panza*. Y eso hace que me sienta mal.

"¡Un gran señor, como tú lo fuiste! No desconfiabas de nada ni de nadie, salvo de los soberbios, de los fascinados por el dinero, el músculo o el poder. Y cuanto más desconfiabas de ellos, más les sonreías. Con la altura precisa para que se sintieran molestos por haber alzado los ojos hacia lo que no comprendían en absoluto –ni querían comprender–, a sus mezquinas acciones y a su mezquina gloria. ¡Un gran señor, tan puro!

"Y, por añadidura, ieso iba parejo con ser un gran señor tan humilde! Con los demás, con nosotros, todos los demás, los operarios de los teleféricos, las niñas de los albergues, los campesinos de Oueil o de Magnoac, los guías de montaña..., tu superioridad moral no te servía sino para encontrar, a través de la sencillez, el camino de sus corazones. Tú, que conocías bien el precio del

riesgo y de los sudores. Ni un ser humano, ni un solo animal en dificultades te hubiera visto pasar sin que tomaras parte de su pena o de su esfuerzo.

"Un gran señor, tan humilde, que guardaba sus vacas bajo una gran boina de pastor. Que iba a recoger el heno de los demás cuando el suyo permanecía bajo la amenaza de la tormenta. Y que iba por nuestros valles, la frente iluminada por la luz de las cumbres, bajo ese aspecto divino que debía de recordar al de San Francisco de Asís...

"Porque tú vivías bajo la mirada de Dios. No se podría evocar tu memoria sin hablar de la fe ardiente que te animaba. Una fe con raíces profundas, aunque discreta, que jamás le impidió que, por el ejemplo, resplandeciese. Te recuerdo dejando el campamento al alba para acudir a la misa en algún pueblo lejano. O ayudando en las celebraciones de las misas en picos ascendidos para allí comulgar y que tu corazón se elevara a pleno cielo de los tresmiles. Pero cuando el agnóstico que soy saluda al cristiano que tú fuiste, saluda a todos aquellos esfuerzos: fue toda una vida amasada por el Evangelio. Si es cierto que el árbol debe de ser juzgado por sus frutos, decir que tú fuiste un buen apóstol de su Señor. Tú fuiste quien le hubiese ayudado a echar a los mercaderes del templo y quien se hubiera alegrado de ver llegar a él a los niños. También quien, siguiendo su misma lección, no buscó en esta vida otras riquezas que las del espíritu y el corazón.

"La montaña no podía sino darte esas cosas, por lo que ella colmó tu vida. Tu ciencia como cartógrafo y tu talento como pintor hallaron allí un terreno a su medida. Nosotros les debemos tu mapa de los Posets, así como tus vistas panorámicas de Laguian y de la Côte de Ger, por no citar sino las obras que te resultaban más queridas. Pero, a los sesenta y tres años, tú tenías cosas mucho mejores que hacer que regodearte en el pasado. Tu entusiasmo y maravillosa juventud eran fértiles en sueños novedosos, como tus proyectos de dibujar la mesa de orientación del Taoulet o de reconstruir la del pic du Midi [de Bigorre]: *Ya lo verás; cuando vayas al Midi, acudiré para que estemos juntos, y entonces...* Para ti era la perspectiva de un nuevo poema donde la Ciencia y el Arte se aliaran para expresar su cariño por las montañas. No era sino [Franz] Schrader y el espíritu de la Pléyade [de Beraldi] los que decían a través de su pluma: *Cada uno de nosotros ha descubierto en un macizo lejano ese valle secreto –como Russell su Valle Azul [de Salenques]–, o reencontrado en el curso de alguna ascensión un laguito tranquilo, ignorado por todos, ausente de los mapas... Esas alegrías –ya lo hemos visto– todavía son posibles. Pero cuando los últimos desiertos pirenaicos hayan sido conquistados, no será sino en la exactitud perfecta de las futuras producciones cartográficas y en una búsqueda de la expresión del efecto del relieve, buscando hallar el parecido de los altos macizos como a seres vivos, como degustaremos la mejor de las satisfacciones: la del sabio concienzudo, la del artista sensible o la del simple turista que hallan en esa obra honesta finalmente realizada toda la belleza del modelo.*

"Tú no hubieras amado tanto a la montaña si tu alma de artista no te hubiera regalado esas alegrías puras. Solo le faltaba que ese clima que uno había elegido como el mejor supiera florecer la amistad. Porque la amistad fue

también una de las palabras claves de tu vida. Sobre tu viejo anorak figuraban estas letras bordadas en rojo: *A.M.* ¿Quién sabía que tales eran las iniciales del club a la par muy cerrado y muy abierto en el que tú soñabas y que hubiera tomado el nombre de *Amitiés Montagnardes* [Amistades Montañeras]? En tu espíritu y en tu corazón había reunido allí a los compañeros de alegrías. Allí hubieran podido codearse desde el ardiente escalador hasta el viejo cartógrafo alimentado de archivos, desde el brillante esquiador hasta el literato capaz de devolvernos el sentimiento de las montañas. Allí se hubiese hallado al veterano de los campamentos de Arlaud, todavía fiel a sus ideales y a sus canciones, junto con el espeleólogo con el que ibas en busca de nuevos motivos para admirar los esplendores del mundo y amar la vida.

"Era un sueño lo de esas *Amitiés Montagnardes*... ¿Pero acaso no lo realizaste ese día en el que tu muerte nos reunió a todos?

"Para ti, la amistad era, ante todo, la alegría de dar. La comida que llevabas en tu mochila la habías elegido en función de los gustos de los demás. Tu saco de dormir y tu hermosa chaqueta de *duvet* [plumas del cuello de la oca], ¡cuántas veces sirvieron a los mal equipados! Tú jamás tenías hambre, ni frío, ni sed, sino después de todo el mundo. Tu temor a molestar a los demás no tenía igual, sino comparado con el de nunca molestarte con lo de los otros. En tus últimos instantes, sin duda que fueron tus últimas preocupaciones: que nadie se molestara por ayudarte o por morir contigo...

"Un día tuviste que dejar a un camarada agotado en las alturas del Bachimala. Descendiste sin él a Pouchergues. Pero fue para volver a subir con los *duvets* y vivaquear junto a él. Tiritaste durante toda la noche. Cuando conocí la historia, te reprendí por haber llevado a esa aventura a un compañero así. Tú me respondiste: *¡Si hubieras visto lo bellos que estaban los Posets aquel día! Ese hombre no lo olvidará jamás.* Le habías dado algo mejor que tu ayuda y tu saco de dormir: un recuerdo imperecedero. Dar, siempre dar, y lo mejor de uno mismo. ¿Qué importaba que los beneficiarios no estuvieran a la altura del regalo? Tú subrayabas mediante un toque de ironía que no eras en este mundo el más incauto, pero que te comportarías tan indulgente y bondadoso como si lo fueras.

"Querría hablar de nuestra amistad, de la amistad entre nosotros dos. ¿Pero qué podría decir de ese Lézat bajo la nieve en una tarde de octubre, de ese Marboré con esquís en un maravilloso día de abril, o de tantas otras jornadas? Y, por lo demás, resulta demasiado difícil. Nuestra amistad se pierde en esa noche de los tiempos en la que los campamentos de Arlaud agrupaban sus tiendas en las orillas risueñas de Sant Maurici. Tú llegaste tarde y habías colgado la tienda-paraguas de tu tío [Henri] Brulle de las ramas de un pino, cerca de la mía. Debías de estar soñando cerca del lago cuando percibí unas llamas. Tu tienda ardía. Entre los dos sacamos tu pequeña [tienda] *Benedict*, incluso sin estar del todo despiertos.

"Algunos cabellos grises coronaban ya tu frente amplia. Tenías cuarenta y un años y yo dieciséis. Me impresionaste con tu aureola de veterano de la epopeya *arlaudiana*. Tú eras el Señor de los Posets, su cartógrafo, el primero en haberlos ascendido con esquís. Y tu Espina d'Espouy decía tu nombre en los

desiertos al sur del monte Ausera. Eras un montón de cosas que admiraba, aunque a una distancia respetuosa.

"En la actualidad, Breuil, tu casa, ha sido como nuestra casa. Anne, tu mujer, se convirtió en amiga de mi mujer; tus hijos, nuestro hermano y hermana, así como mi hijo se convirtió en uno de esos nietos con los cuales la porción de infancia que se salvaguardó en ti se llevaba tan bien.

"No me acuerdo de cuándo me atreví a tutearte, ni de cuándo nos convertimos en amigos, ni de cuándo se encanecieron tus cabellos. Ni siquiera sé cuándo te convertiste en *Papé*. Esos recuerdos se ahogan entre la bruma de unas lágrimas que no puedo reprimir. Es mejor guardar esos recuerdos demasiado dolorosos e íntimos, pensando en el pudor sentimental que te hacía describir de esa montaña tan amada: *Un ligero sedimento en el fondo de la memoria, algunas cristalizaciones en el corazón, ¿no es todo cuanto debe de quedar de los regresos de allá arriba?*

"Si pudiera servir como consuelo a quienes tanto te amaron, vestido con tu viejo anorak, tú has muerto en pleno combate, tal y como habrías elegido morir. Pero aún no era el momento. Teníamos necesidad de ti, de tu afecto, de tu ejemplo. Sin ti, los Pirineos no serán más bellos, jamás. No lo serán porque a sus nieves y rocas, a estas montañas, les va a faltar el alma que tú sabías darle, allí donde nos reencontramos tus amigos.

"Adiós, *Papé*, Gran Señor de los Montes, tan humilde y tan puro".

Aquí interrumpiremos el respetuoso recuerdo de aquellos días intensos que enmarcaron la desaparición de *Papé*. El asunto de cómo fue otorgado su nombre a una cima del grupo del Cotiella en 1957 quedará para mejor ocasión...

III. BIBLIOGRAFÍA CORRELATIVA

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Tres niditos para Saint-Saud", en: *Blogs de Desnivel*, 30 de junio de 2009.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "La voluntad de los ausentes", en: *Blogs de Desnivel*, 21 de julio de 2009.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "El Conde y el porrón", en: *Blogs de Desnivel*, 29 de junio de 2012.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "El último tresmil del Pirineo", en: *Blogs de Desnivel*, 1 de noviembre de 2012.

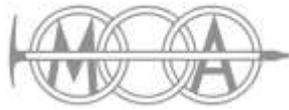
MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Soldadesca, saqueos y mujeres que aúllan", en: *Blogs de Desnivel*, 7 de junio de 2013.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Mimi la Encantadora", en: *Blogs de Desnivel*, 4 de octubre de 2013.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Le Bondidier y la recapitulación de un macizo", en: *Blogs de Desnivel*, 1 de octubre de 2014.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "La rimaya más puñetera del Besiberri Sud", en: *Blogs de Desnivel*, 8 de octubre de 2014.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Gimnasia y equilibrios al estilo de 1905", en: *Blogs de Desnivel*, 16 de octubre de 2014.



MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Los tolosanos y la Ribagorza invernal", en: *Blogs de Desnivel*, 28 de febrero de 2015.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Los niños de las montañas", en: *Blogs de Desnivel*, 20 de abril de 2015.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "La exploración de los Alanos en 1926", en: *Blogs de Desnivel*, 13 de septiembre de 2015.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Manual para toponimistas ardorosos", en: *Blogs de Desnivel*, 16 de febrero de 2018.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Recordando a Raymond d'Espouy", en: *Blogs de Desnivel*, 20 de febrero de 2019.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "La muerte de Papé", en: *Blogs de Desnivel*, 4 de marzo de 2019.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Una carta para Espouy", en: *Blogs de Desnivel*, 11 de marzo de 2019.